

DON MODESTO

(JOSÉ DE LA LOMA)



DESDE LA BARRERA

— PRÓLOGO DE —
SOBAQUILLO

A mi buen amigo y compa-
ñero Antonio Asenjo, periodista-
ta estable y cellerado nuestro
Industrial

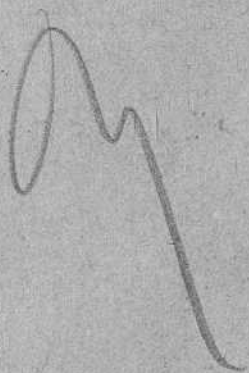
Con el verdadero afecto de

Don Modesto

25 de Mayo 1910

Desde la Barrera

11



DON MODESTO

(JOSÉ DE LA LOMA)

DESDE LA BARRERA

Dos palabras sobre el Guerra,
cuatro sobre Fuentes y algu-
nas más acerca de Bombita,
* * Machaquito y Gallito * *

PROLOGO

DE

SOBAQUILLO

+

Descorriendo el cerrojo

Don Modesto será, efectivamente, todo lo modesto á que le obliga su popular apodo; pero lo que es por esta vez, el «record» de la modestia quien se lo gana, ó se lo bate, como se dice ahora, es el ultramodesto *Sobaquillo*.

Porque *Don Modesto* me querrá y estimará tanto cuanto él dice que me estima y quiere (y de cierto que no lo dice con la boca chiquita); pero, amigo, ¡vaya un papel de lucimiento el que *Don Modesto* ha tenido la humorada de encomendarme en la verdadera y brillante fiesta taurina con que obsequia á los aficionados en el presente libro! ¡El papel de *Buñolero*!...

Ya el de prologuista, en términos generales, es de los menos envidiables en el redondel literario. Por lo regular, quienes se encargan de tal faena son los que *viderunt annos Petri*, como suele decirse de los Papas que «más han alargado la gaita» en la sede pontificia. Todavía menos halagüeño que el papel de esos fósiles, reducidos á hacer de rodrigones ó de dueñas, es el del prologuis-

ta taurino. ¿Qué viene á hacer, en resumidas cuentas, más que descorrer el cerrojo del portón, y dejar que el lector se divierta á su gusto con lo que le suelta el ganadero, vulgo autor del libro, sin hacer aquél el menor caso de lo que haya podido opinar el *Buñolero* al dejar paso franco á los capítulos en puntas? ¡Ay de mí! Lo mismo que si me viera en un espejo, me veo ahora en la triste figura de aquel Carlos Albarrán, de arrugada memoria, que dejó su apodo como titular de una función en el funcionamiento y en el funcionarismo de las funciones de toros.

Y dicho esto, y descorrido el cerrojo... *¡allá va la liebre!*

Que no es liebre, como de sobra sabes, discretísimo lector, al saber de qué se trata y quién lo trata, sino toda una corrida completa (y aún con toro de gracia, que es lo que va al final) de artículos claros, boyantes, nobles, con buena sangre, recio empuje y excelente trapío. Milagro patente en estos tiempos de decadencia taurina por todos conceptos... No; yo no participo del optimismo que ilumina y aviva cuanto escribe el vehemente y entusiasta *Don Modesto* con su ágil, agudo y nervioso estilo. Mas tampoco es esta la ocasión de venir á corromperle las oraciones, ni de descolgarse con tales ó cuales rebajas á lo tío Paco.

Lo que hago, á fuer de haber sido cocinero antes que fraile, ó sea revistero antes que *Buñolero*, es admirar sinceramente de qué modo, con el escaso, menudo y flojo carbón que suministra la tau-

romaquia actual, acierta *Don Modesto* á mantener el fuego sagrado del apasionamiento, de la discusión inquieta, de la exaltación en pro ó en contra, en estas materias que á muchos amantes de la fiesta, con serlo muy probados y muy finos, les dejan ya más helados que un carámbano.

Pero *Don Modesto* no es de los que tienen «el pescuezo frío», como dice Guerrita en su expresivo lenguaje. Aun los aficionados que más disientan de ciertas opiniones del autor de este libro, aun aquellos mismos que le han obligado á «desembuchar» cuanto en las presentes páginas saca á la plaza, á toda luz y á todo trapo, sin rodeos ni distingos, deben quedarle muy agradecidos por seguir prestando su ardimiento generoso á la decrepita «fiesta nacional». Y crónica, debate ó comentarios taurinos que carezcan de esa llama vivificante, son como olla sin sal, caracoles sin salsa, flor sin aroma, y corrida de toros sin sol, sin vino, sin mujeres guapas, sin ovaciones... y sin gritas.

Pues si la «afición» debe gratitud á quien tanta fe y calor pone en el empeño de mantenerla «en activo servicio» á pesar de desengaños y mojigan-gas, ¿qué diremos de los señores del pelo trenzado, que parecen ser hoy, por sus incorregibles corruptelas y su incurable egoísmo, los más indiferentes ante el *fuego sagrado*, ya que no ante la *luz divina*?... Montera en mano, deben desfilas todos ante quien se erige en su campeón, contra viento y marea. Pero «¡qué sé yo que te diga,

Andrés! Ya es viejo aquel apotegma que tanto gustaba de repetir Frascuelo: «*Tener un amigo torero es como tener un duro falso.*» Claro está que siempre ha habido, hay y habrá honrosas excepciones; pero las excepciones son precisamente para eso: para confirmar la regla.

Y no más, impaciente lector, sino volver á correr el cerrojo, en la esperanza firme de que estos «desahogos de su corazón», como dijo Espronceda, que *Don Modesto* saca al redondel sean declarados *toros de bandera* por todos los buenos conocedores y catadores, á quienes Dios Nuestro Señor, por la intercesión de San Lucas y la Verónica, conserve el cuero y el pelo durante muchas yerbas.



SOBAQUILLO

El por qué de este libro

Este libro no se debió escribir nunca. Hay cosas torcidas que no conviene enderezar. Tentado estuve varias veces de arrojar al fuego el montón de cuartillas antes de pasarlo á la letra de molde. Pero á esta tentación se opuso otra más fuerte, más enérgica, más avasalladora. La de pener las cosas en su verdadero lugar, tapando la boca con razones de á puño á un sin fin de vocingleros, tan ahitos de soberbia como huérfanos de meollo, que con sus gritos y aspavientos han puesto la «cosa taurina» en un estado de miseria y lástima, que da grima verla. Y como en el infecto montón de basura se ha tratado de envolver mi nombre, atribuyendo á mi pluma juicios interesados é intenciones bastardas, perjudiciales en grado sumo á la fiesta nacional, hago el sacrificio de «echar el pecho fuera» y tomo la palabra por algunos minutos, con el santo propósito de decir unas cuantas verdades, sin ánimo de molestar, pero decididamente resuelto á hablar claro y cara á cara.

Nada tengo, nada soy, nada debo á nadie. Los

que me juzguen un *agradecido*, se equivocan lastimosamente. Sólo tengo que agradecer bondades y atenciones á todos. Atenciones y bondades que han sido pagadas por mí, como corresponde entre personas cabales y bien educadas. Estoy en paz con todo el mundo.

Vean en estas páginas, los que leyeren la expresión sincera de mis opiniones particulares, en lo que respecta al espectáculo nacional.

¿Con qué títulos me presento al público? Con ninguno. Soy un aficionado que lleva veinticuatro años viendo toros; que no ha perdido ni una sola corrida de las verificadas en ese lapso de tiempo en la Plaza de Madrid, y que viene escribiendo de estos asuntos catorce ó quince años consecutivos.

No creo en los «grandes inteligentes». De toros entendemos todos un poco. Mucho, nadie. Me hacen reir los que en el casino, en el café ó en la calle hablan del toreo, como si fuesen los únicos poseedores de sus secretos, y miran al resto de la humanidad por encima del hombro, compadeciéndola ó despreciándola.

Ríanse ustedes también.

Si el arte de torear obedeciese á leyes fijas, todos, ó casi todos los españoles, mataríamos toros. Y entonces se ajustarían las contratas de veinte á treinta pesetas, una con otra.

Porque es un arte—como todos—instintivo, de inspiración, «oportunistá», para el que se necesita una suma de elementos físicos y psicológi-

cos, muy difícil de conseguir, es por lo que resulta insignificante el número de los buenos toreros.

De estos buenos toreros quiero ocuparme yo en este libro.

Dos palabras sobre el Guerra, cuatro sobre Fuentes y algunas más acerca de Bombita, Machaquito y Gallito, creo que han de darme tela cortada y suficiente para charlar un rato, y ocasión para que, en un aspecto muy relativo, resulte la conversación interesante.

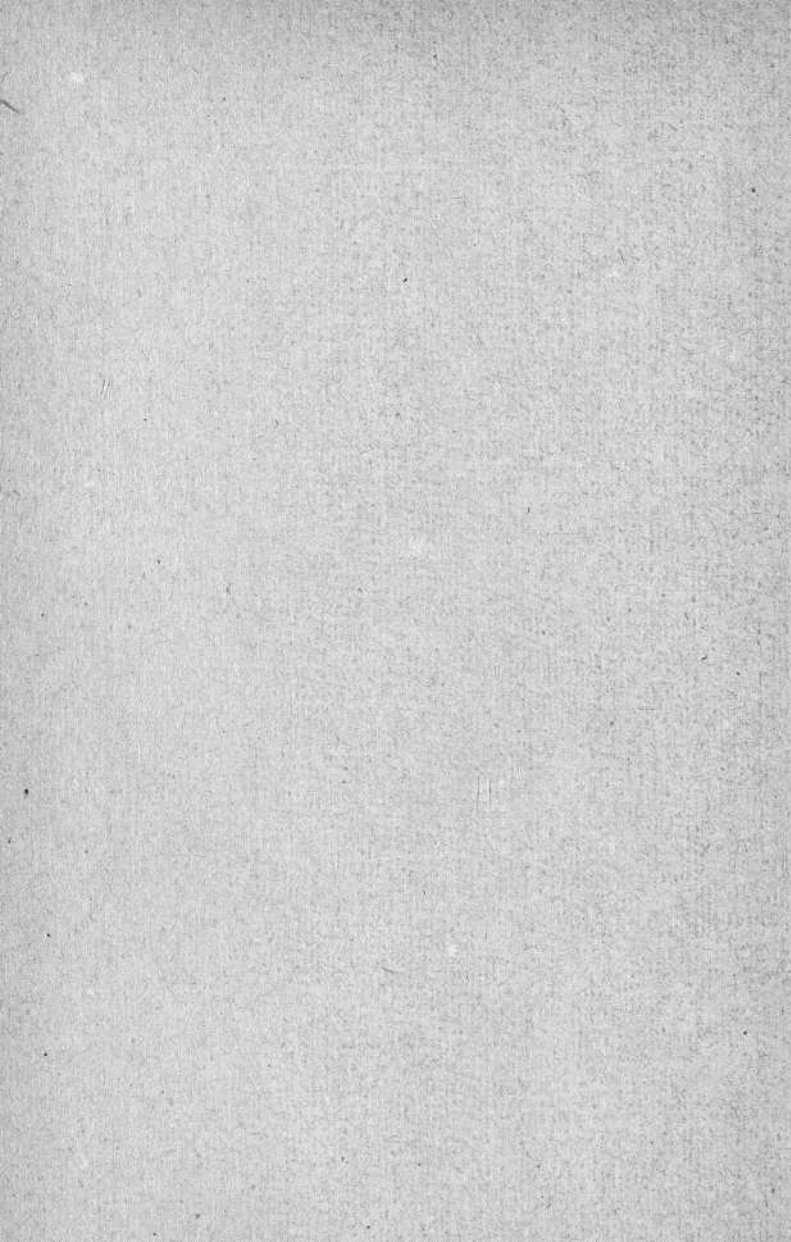
Escribo este libro porque siento la invencible necesidad de echar fuera unas cuantas verdades, que nadie proclama, porque es más cómodo dejar rodar el tiempo sin procurarse molestias ni quebraderos de cabeza, pero que están, que viven en la conciencia de todos los buenos aficionados. Al pan, pan, y al vino, vino. Esta ha sido siempre mi divisa.

No me duelen prendas, y me «lanzo al ruedo» con las piernas bien templadas y el corazón boyante, rogando á mis lectores la consabida benevolencia, porque habrán comprendido que la empresa es dura, peligrosa y muy superior á mis fuerzas.

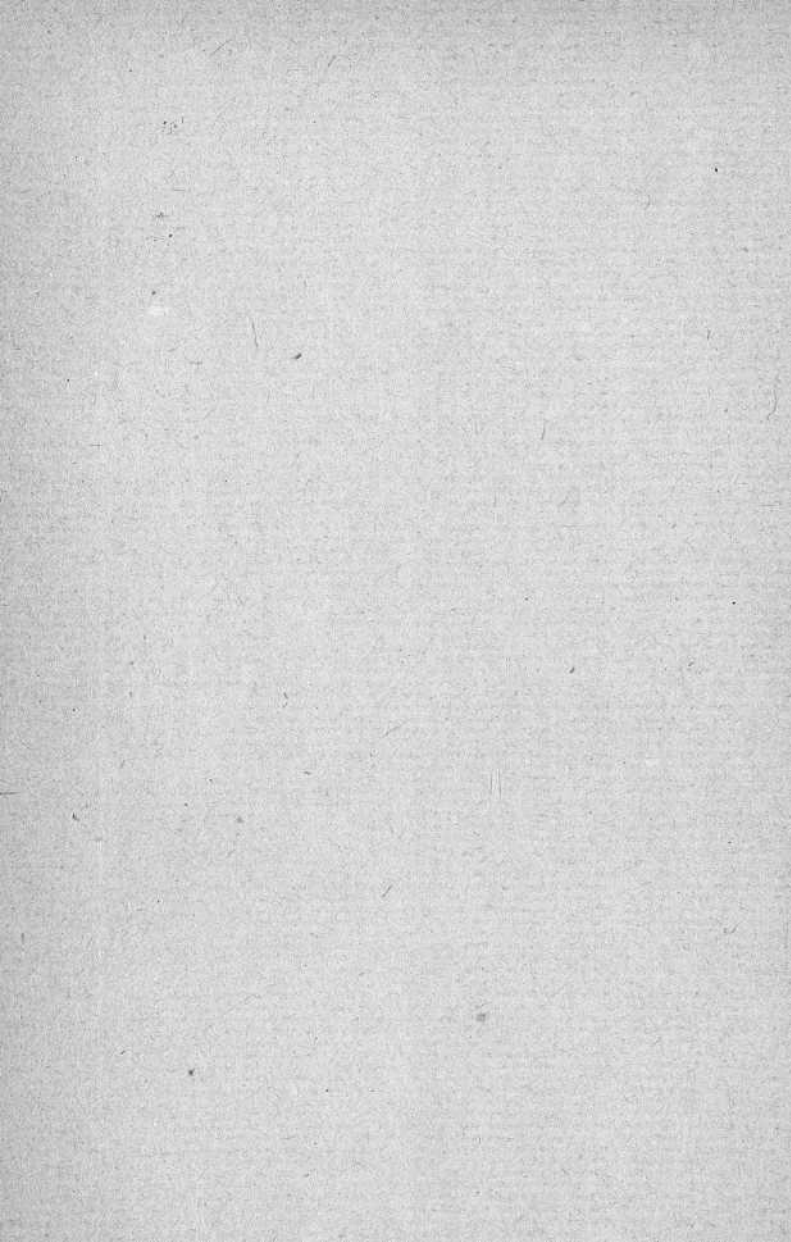
Soy un modestísimo novillero, encerrado en el anillo con un miura incierto, receloso y avisado. Un verdadero criminal que busca el bulto, y acabará por encontrarle.

Me estoy viendo en «el hule».

Piedad... y árnica.



Rafael Guerra
(Guerrita)



Dos palabras sobre el Guerra

Guerrita ha sido el lidiador de reses bravas más grande que ha existido.

Ni antes, ni después del Guerra pisó la arena de los circos un torero de tan excepcionales condiciones, de tan soberana inteligencia, de tantos y tan variados recursos para la lidia.

Pero no fué un artista «á lo Lagartijo», ni un fenómeno de pundonor como Frascuelo.

Y, sin embargo, la figura de Guerrita en la historia de la tauromaquia lo llena todo, y hace palidecer el vivísimo fulgor de aquellos dos grandes astros que brillaron en el cielo taurino con más intensa luz que ningún otro; de aquellos colosos de coleta que elevaron el toreo á una altura enorme, la mayor que jamás alcanzó.

El tiempo de Guerrita no puede compararse en grandeza y entusiasmo con los tiempos de Lagartijo y Frascuelo.

En Guerrita, precisamente, comienza la decadencia del toreo. Al cortarse la coleta el gran torero de Córdoba, era ya la fiesta nacional un ridículo remedo de lo que en otra época fué.

Parece extraño que tal cosa sucediera, cuando

el torero más completo que ha existido, electrizaba á los públicos con arrogancias y guapezas, nunca igualadas por nadie. Y, sin embargo, á poco que se medite, se explicará este fenómeno como la cosa más sencilla y natural del mundo.

Guerrita no fué un artista del toreo. No se lanzó á la peligrosa aventura de matar toros, impulsado por la llama ardiente de la inspiración, por ese sagrado fuego del arte que ha hecho inmortales en la historia de la humanidad á Velázquez, á Beethoven, á Goethe, á Alighieri, á Cervantes... Guerrita fué un industrial hábil y frío calculador que se dejó la trenza, entendiendo que la Naturaleza, pródiga y amable, le había dotado de espléndidas aptitudes para la lidia. Si acaso hubiese creído que, fabricando bolas de billar, iba á conseguir el renombre y la posición que alcanzó en la arena de los circos, pues Guerrita, seguramente, no hubiera existido en la historia de la tauromaquia; y yo, por tanto, no emborronaría ahora estas cuartillas para ocuparme de él.

Guerrita no fué un «implacable enamorado» del arte taurino, como lo era Salvador.

El ideal de Frascuelo en su larga y accidentada existencia fué siempre el mismo, y á él lo sacrificó todo: salud, posición, amistades y afecciones del alma, profundas é inextinguibles. Su ideal era «llegar con la mano al pelo». Y llegó muchísimas veces, casi siempre, y hasta con la carne agujereada y los huesos rotos.

Aquel arte supremo, maravilloso, único de

Lagartijo — arte de soberana inspiración que sólo se da en el genio tocado por la gracia divina—, y aquel inconcebible acopio de vergüenza torera, que era la característica de Salvador, proporcionaron á la fiesta nacional días de glorioso recuerdo, los de mayores y más legítimos entusiasmos, los que dejan en la historia honda é imborrable huella. Por eso estas dos grandes figuras de la tauromaquia subsistirán al volar del tiempo, y jamás logrará hundirlas en el olvido la implacable pesadumbre de los años.

Si se me permitiera un simil de pintura, nombraría en este momento á Goya y Velázquez, genios supremos en el arte, y junto á sus nombres colocaría el del hábil, el del soberbio copiador de sus lienzos inmortales, que consigue imitar la manera de uno y otro con tan suprema maestría, que el vulgo, en su rápido juzgar, no acierta á distinguir el original de la copia.

No sé si me explico bien. Guerrita ha hecho todo lo que hicieron Frascuelo y Lagartijo, y algunas cosas más. Pero nunca el espíritu sutil del inteligente pudo confundir la grandiosa obra de Velázquez con la del su felicísimo copiador.

Nunca fué Guerrita un Goya de la muleta como Lagartijo. Nunca un Velázquez del volapié como Frascuelo. Y, sin embargo, es notoria é indiscutible la superioridad de Guerrita sobre estos dos tremendos lidiadores. Superioridad que consiste precisamente en lo que he pretendido probar en el párrafo anterior. Guerrita hizo todo lo que

hicieron Lagartijo y Frascuelo, y muchas cosas más.

De Guerrita podrían apuntarse, á miles, las faenas de muleta que no se hubiera desdeñado de refrendar el propio Lagartijo. De Guerrita recuerdo yo estocadas—á centenares—de las que daba Frascuelo.

Pero Guerrita lo hacía todo sin trabajo ninguno. Para él no existían peligros ni dificultades.

Dotado por la Naturaleza de maravillosas facultades y de un conocimiento de las reses, rayano en lo inconcebible, convertía á los toros en animales inofensivos, y hacía con esto desaparecer la emoción de la posible tragedia.

Frascuelo se jugaba la vida en cada embite. Guerrita, por virtud de sus asombrosas aptitudes, no se jugaba nada.

Pongamos bolas en los pavorosos pitones de los cornúpetos y sufrirá la fiesta nacional un golpe de muerte.

La sensación del peligro en que se halla el diestro cuando contiende con el bruto, es el único aliciente gallardo de la lucha, es la sangre que le da vida y calor. El toreo, sin el temor «al hule», pierde todo su vigor y su mayor grandeza.

Bueno; pues para Guerrita todos los toros estaban embolados. Es decir, lo estaban para el público, porque no experimentaba el escalofrío del terror, viendo al Guerra frente á un toro.

No existía el peligro. El lo conjuraba, no con su arte ni con su bravura, sino con otros elemen-

tos que la Naturaleza, generosa, le quiso conceder.

Los médicos de servicio podían tranquilamente ir á darse un paseo cuando toreaba Guerrita. Su intervención había de ser innecesaria. Con Guerrita no había «drama», y sin drama no es posible sostener el interés y la emoción entre los espectadores de una fiesta de toros.

De aquí partió, á mi juicio, la inquina del público contra el Guerra.

Todas esas leyendas de que su carácter, retraído y hosco, le restaban amigos y admiradores; de que su escasa afición á prodigar el dinero le había creado una reputación de «avaros», cuyos efectos se traducían en manifestaciones de desagrado y disgusto; el no tener enfrente un diestro que pudiera competir con él, todo, todo absolutamente fueron razones de infantil fundamento, aducidas por los que deseaban ahondar en las causas que motivaban la actitud del público para con el lidiador más completo que ha existido.

Y fué, créanme ustedes á mí, lo que yo digo.

Guerrita era un hombre que se enriquecía fabulosamente explotando aptitudes naturales, y se enriquecía en una profesión que á muchos había proporcionado heridas crueles y á otros la muerte. Guerrita se estaba haciendo de oro «de rositas», como dicen los oriundos de la calle de la Comadre.

Para Guerrita los toros eran animales domesticados que obedecen á la voz del domador. En el

circo ecuestre hubieran tenido mejor escenario sus faenas y sus hazañas.

Y, sin embargo, mataba y toreaba los mismos toros que los demás. Los mismos que Lagartijo y Frascuelo, no con el depurado arte de aquél, no con el pavoroso arranque del segundo; pero los mataba y toreaba admirablemente, y hacía con ellos todo lo que sabía que habían hechos otros, y muchas cosas que se le ocurrían á él por primera vez.

Para él el torco no tenía secreto ninguno. Dominaba los obstáculos con singular sencillez, con increíble facilidad, y el terrible bruto era en sus manos un incauto é inocente corderillo.

Por eso, cuando la hostile actitud del público le anunciaba una bronca feroz por este ú el otro motivo, podía permitirse el lujo de exclamar:

—Ezo zerá hasta que yo quiera.

Y, en efecto, en cuanto quería, con un capotazo, con un desplante, con un par de banderillas, trocaba los silbidos en tremebundas ovaciones.

Pero no fué un artista á lo Lagartijo. No fué un fenómeno de pundonor como Frascuelo. Lo repetiré una y mil veces.

Viendo torear á aquellos grandes colosos, se experimentaba un escalofrío de emoción que calaba hasta los huesos.

Viendo á Guerrita, se suspendía el ánimo ante aquel asombroso derroche de facultades, ante aquel enorme conocimiento del toreo.

¡Fogata de virutas! Me parece de perlas la

frase. Grandes llamaradas, mucho humo, mucho palmotear y muchos alaridos de alegría. Y después, ya de vuelta de la Plaza, casi un pequeño recuerdo de lo que se había visto una hora antes.

Los otros dejaban en el corazón profunda huella. Sus estupendas hazañas se discutían apasionadamente, y se recordaban á todas horas y en cualquier momento. Las de Guerrita se disipaban como el humo al poco tiempo de haberse realizado. Habían sido grandes, magníficas, enloquecedoras. Pero sin estrambote.

¡Fogata de virtutas!

Guerrita se cortó la coleta, dicen que dolorido de las injusticias del público y amargado por las hieles de la desilusión.

Yo creo que se fué de los toros porque había llegado á donde se propuso llegar.

Frascuelo y Lagartijo, de haber podido conservar las facultades físicas de la juventud, no se habrían retirado nunca, aunque un caprichoso hacendista hubiera dado en la idea de exigir una crecida contribución á los toreros para ejercer su arte. Hubieran muerto en la miseria, pero hubieran toreado hasta morir.

Pero Guerrita no se había de pasar toda la vida fabricando bolas de billar.

Creyó llegada la hora de convertirse de fabricante en jugador, y ahora le tienen ustedes en Córdoba haciendo carambolas de precisión, con una habilidad y un arte, que quizás Vigueaux y Solsón envidiarían.

El admirable copiadore de las obras de Goya y Velázquez, hecha su fortuna, arroja lejos de sí pinceles y paleta, y no vuelve á poner la planta en el Museo, en el gigantesco templo de la Pintura, donde halló ambiente y ocasión para cimentar su fama.

Aseguran los que se honran con su trato que Guerrita ha doblado su capital—en magníficas operaciones—desde que se fué de los toros. Por lo visto, resulta tan admirable administrador como estupendo torero. Y es que Guerrita es un ser excepcional, favorito de la suerte y mimado por la diosa Fortuna; de los que nacen uno cada cien años.

Yo estoy seguro de que si le llega á dar por la bibliografía, á estas horas Menéndez Pelayo sería el conserje de la Biblioteca Nacional y Guerrita el Director.

Pero D. Marcelino, conserje y todo, seguiría siendo Menéndez Pelayo, como Salvador y el gran Rafael siguen siendo Frascuelo y Lagartijo... á pesar de Guerrita.

De este Guerrita que ha sido, ¡no lo duden ustedes!, el toreo más completo que ha existido. La primera figura de la tauromaquia.

No por obra de varón, sino milagrosamente.

¡La gran corrida! ⁽¹⁾

flores que hablan

Tengo sobre la mesa donde escribo—palabra de honor—un ramito de claveles encarnados que no cambiaría por la presidencia del Consejo de Ministros, aunque haga un gesto de incredulidad el propio D. Antonio, y sonría mefistofélicamente, rascándose la barba, el auténtico D. Práxedes.

Son cuatro claveles atados con una cinta de seda azul. Huelen á gloria; vaya usted á saber si porque nacieron en la tierra de los buenos olores, porque adornaron por pocas horas la cabeza de una niña bonita ó por ambas cosas á la vez. Yo sólo sé que huelen como deben oler los claveles del cielo, si es cierto, como aseguran los poetas, que en el cielo hay claveles.

Mis claveles hablan... ¡y dicen unas cosas!

Ellos estuvieron ayer en la corrida de Beneficencia, y ellos recuerdan y comentan los magníficos lances de la gran fiesta taurina; la fiesta mejor, más lucida y más brillante de la temporada actual.

(1) Juicio crítico de la corrida de Beneficencia celebrada en Madrid el 3 de Junio de 1897

De tu pecho desprendida
 llega á mi mano esta flor ;
 su cáliz me da la vida,
 porque en él viene escondida
 una perla de tu amor

... dijo un vate.

Yo no sé cómo han llegado á mi mano estos claveles; no sé de qué pecho se desprendieron; no sé lo que traerán escondido en su cáliz: lo que sí afirmo es que hablan mucho, que se preguntan unos á otros, que se enfadan, que discurren, que disputan.

Demos la palabra á las flores. Ellas fueron el alma de la corrida; las reinas de la tarde.

Cuando habla un clavel, enmudece el cardo.

Enmudezco, pues, y desato los claveles y los esparzo por la mesa. Ellos se juntarán después.

El clavel Guerrita

Soy rojo, porque el placer
 en mis pétalos palpita.
 ¡Qué Saltillos! ¡Qué Guerrita!
 ¡Qué corrida! ¡¡Qué mujer!!

(Así empieza expresándose el clavel más bonito del ramo. Es un clavel poeta, como ustedes habrán visto. Le llamaremos, para distinguirlo de los otros, el *clavel Guerrita*. No es *reventón*, aunque está á punto de reventar de júbilo. Tardará mucho tiempo en marchitarse... ya lo verán ustedes.)

—Soy el clavel Guerrita. El primer clavel de

la tauromaquia contemporánea. Con vosotros fui á la de Beneficencia, prendido en el pecho de aquella admiradora de mi *mataor*. Formábamos un ramo lindísimo, y sujetábamos aquella airosa mantilla blanca, cerco de un rostro... ¡ay!

Vestía el niño de grosella, con golpes abundantes de oro. ¡Vaya un niño!

Desde que desplegó la muleta ante la cara del segundo saltillo, hasta que le ví en la jardinera camino de su casa, no tuve un solo instante de tranquilidad. ¡Cuántas emociones en aquel pecho que nos sustentaba!

No era para menos el caso.

Nunca llegó Guerrita á más en la lidia. Nunca creo que diestro alguno superó al gran cordobés en sus faenas de ayer tarde.

Me sentí muchas veces oprimido por la mano nerviosa de nuestra dueña, y otras tantas creí que iba á ser arrojado al ruedo, como galardón merecido al mérito indiscutible del incomparable matador; ¡mal sino el mío! Eso hubiera querido yo.

¿Os acordáis de *Aquello*? Así, con mayúscula, para mejor reflejar tanta belleza.

... Tomó al sexto con la derecha, en un palmo de terreno y de cabeza á rabo, con los pies fijos en tierra; alargando los brazos magistralmente le muleteó con arte tal, con elegancia tanta, que aquí mismo me pudra y malos perros me coman, si aquella faena no tocó en el límite de lo archisobre-monumental.

La res, hipnotizada, seguía como un falderillo

el flañear de la muleta, y el cordobés sentóse en el estribo y dió un pase, rematándole á ley.

¡Cómo suspiró el mujerío!

Dos estocadas cortas en las agujas y una superior hasta el pomo, hizo dar de hocieos al noble bruto.

Hay claveles que trastornan,
hay claveles que marean,
y hay claveles que... se clavan
en el alma de cualquiera.

¡A cuántas se las clavó ayer en el alma el clavel Guerrita!

¡Nuestra dueña, la morena hermosísima de la mantilla blanca y de los claveles encarnados, tembló de emoción...

... Ahí está el coloso, con las banderillas en la mano. ¡El sol aprieta los émbolos y se hincha de luz!

El corre al toro por derecho, sin más defensa que su inteligencia suprema y sus piernas de acero; él le recorta; él le para, dándole con los palillos en el testuz; él prende dos pares superiorísimos, enmendándose en el último, á dos pasos de la cara.

El... es El.

No se concibe lance que no ejecute, ni suerte que no practique admirablemente. De minuto en minuto se suceden las explosiones de entusiasmo.

Cuando parece que todo está hecho y dicho, va Guerra é inventa algo... un nuevo recorte...

un capotazo elegantísimo... una caricia en el testuz... ¡Qué sé yo!

¡El delirio!

Me callo ya. No hay flores en todos los jardines del mundo para obsequiar como se merece al gran torero de Córdoba.

Yo nací de color de rosa; poco á poco fuí subiendo de punto, y ayer Guerra me puso rojo de satisfacción.

Debí caer á sus pies, y no caí porque más altos destinos me esperaban. Así me lo dió á entender mi dueña, sujetándome cariñosamente.

De todos modos, depongo mi ciencia y mi belleza ante los pies del gran torero, y digo para mi cáliz:

Soy rojo, porque el placer
en mis pétalos palpita.
¡Qué Saltillos! ¡Qué GUERRITA!
¡Qué corrida! ¡Qué mujer!

El clavel Mazzantini

Yo soy el clavel Don Luis,
que vale lo menos dos.

... ¡Hablabas tú del color rojo, de placeres, de grandes toreros y de faenas brillantísimas?... Pues... presente. ¡Soy el clavel Mazzantini!

(Este clavel es también encarnado; sus hojas son hermosísimas; huele á gloria.)

Ví á mi mataor con ganas de lucirse desde que

pisó el anillo, y créeme tú que cuando él aprieta tienen los que vienen detrás que apretarse muy fuerte la taleguilla.

—Estamos conformes.

... Muy bueno D. Luis en el primer saltillo, al que tumbó, tras breve y lucida faena, de un soberano volapié. Aquello fué el principio del «gran acontecimiento».

Las primeras flores que cayeron á la plaza cayeron á los pies de Mazzantini. Los primeros suspiros que *brotaron* fueron para él.

... En aquel quite de poder á poder, en una caída al descubierto de Pepe el Largo, alcanzó D. Luis la ovación más ruidosa y merecida que en su vida habrá oído.

—Conformes.

... Y en la muerte del quinto toro muleteó con quietud, con serenidad y hasta con elegancia.

Tardó en herir, porque humillaba el bicho; pero demostró que ve y sabe, al entrar de largo para sostener la cabeza con la muleta y ganar la cara rápidamente... (Vaya una flor técnica.)

—Conformes.

... Muy oportuno al dejar las banderillas...

—En eso ya no estamos conformes, porque si el hombre estuvo hecho un hombre toda la tarde, no debió hacer caso de cuatro majaderos, que sólo van á los toros á divertirse en «meter los remos».

—Sin embargo, yo creo...

—No seas clave...zudo.

—Hizo bien, muy bien.

—¡Tú qué sabes!

(*Ambos claveles amenazan despedazarse, olvidando las conveniencias, y yo interpongo mi autoridad de dueño y obligo á callar á las irritadas flores.*)

... De todos modos, *mi mataor* no desmereció en nada del tuyo, y merezco ostentar el color rojo del orgullo y plegar mis pétalos con la satisfacción propia de que él ha cumplido como quien es.

CLAVEL 3.º—¿Qué discutís? ¡Voto á bríos!

CLAVEL 4.º—¡Voto á bríos! ¿Qué discutís?

Que soy el clavel DON LUIS,
que vale lo menos dos.

Dos claveles más pálidos

Al desatar los claveles, el clavel Reverte y el clavel Bombita han quedado en el lado opuesto al que yo ocupó con estas cuartillas.

Ambos claveles son más pálidos, menos parlanchines, comienzan á marchitarse y no exhalan perfume tan penetrante...

Son rojos también, pero rojos tímidos.

—¿Qué has visto tú?—pregunta el clavel Guerrita.

—Ví poco. Vosotros estábais en primera fila y lo tapábais todo. ¡Cuestión de postura!

En cambio, nosotros apreciamos mejor las emo-

ciones de nuestra dueña. Estábamos más cerca del corazón y...

—¿Y qué?

—Pues que Guerrita le hizo dar unos saltos que nos pareció que iba á romperse, y D. Luis en varias ocasiones le sacó de sus casillas, con aquellas cosillas que hizo.

... Yo—interrumpe el clavel Bomba—ví algo más y pude entusiasmar me en algunos momentos; pero afirmo que los dos bichos que me tocaron, aunque no de cuidado, no eran tampoco á propósito para lucirse. Herí siempre en lo alto, pero ápreté poco.

... Yo estuve sereno—dice el clavel Reverte—é hice lo que pude; pero ante dos *reventones* como vosotros... ¡cualquiera logra llamar la atención!...

—En otra corrida el trabajo de nuestros *matadores* hubiera despertado el entusiasmo en las masas; pero en la magnífica de ayer sólo podían brillar los astros de primera magnitud. Somos modestos y reconocemos que nuestro color no tiene la sangre ni la fuerza del vuestro, pero... ¿no es también bella la palidez?

... Bien hablado y bien discurrido. Doblemos nuestros pistilos ante la magnificencia de estos dos grandes compañeros; pero bañémonos en agua de rosas, que, después de todo, en un mismo ramo hemos estado y la misma cinta aprisionó nuestros pies.

—Y el mismo imperdible nos sujetó á todos en

el pecho de la hermosísima morena de la mantilla blanca y de los claveles rojos.

—Hermoso es el amanecer—Mazzantini—hermosísimo el medio día—Guerrita—pero...

¿pero acaso el crepúsculo no es bello?

como gritó el poeta al concluir su tiernísima invocación.

—Ea... se acabaron las disquisiciones romántico-aurinas—exclamo yo—; voy á poneros vuestro grillete de seda azul y en la solapa de mi americana continuaréis hablando de lo que queráis.

—¡Pido la palabra!...—grita la cinta...—Yo también soy de Dios.

La cinta de seda

... Y del Sr. Saltillo, y de los señores de la Comisión, y del Sr. Agujetas, y del Sr. Mejía...

—¡Echa tú señores!—murmura un clavel, mirando de reojo á su lindo dogal.

... Hay que hablar de todos, porque todos merecen puñados de flores, cintas de raso y palmas á granel.

... Digo que Saltillo es hoy el primer ganadero de España... que los ocho toros de ayer dejaron puesto el honor de su divisa á envidiable altura... que fué la mejor corrida del año presente, del año pasado y de otros años anteriores...

—Bueno; cállate ya, deslenguada... —grita otro clavel.

... Digo que Agujetas se portó como quien es, que Mejía presidió la fiesta con mucho acierto... que...

—¡Acabarás!

... Los señores de la Comisión han cumplido su encargo maravillosamente, dándonos una fiesta pistonuda. Y que Antonio Agustín merece un voto de gracias de los buenos aficionados... ¡Vaya una corrida la de ayer, claveles míos!

—Basta ya. ¡Se levanta la sesión!



Recojo los cuatro claveles, los ato con la cinta de seda azul y hago un lacito coquetón y caprichoso.

Flores que hablan, que huelen á gloria y que vienen de donde vienen, forman un ramo, que para regalo de príncipes quisieran muchos.

Yo no merezco el honor de lucirle en el ojal de mi americana.

Vuelvan á su antigua dueña, la morena hermosísima de mantilla blanca y de claveles rojos.

A ella brindo esta revista y el ramo de los cuatro claveles, porque ella... ¡ya la habréis conocido! es... ¡La corrida de Beneficencia!

¡Guerra!... ¡Guerra!! ⁽¹⁾

Este era el grito que se oía por todas partes.

El gran maestro cordobés electrizó ayer tarde á la afición madrileña con sus filigranas *excelsior*.

—¡Guerra! ¡¡Guerra!!—vociferaba la multitud, ébria de entusiasmo.

Y cuando el coloso tomó las banderillas, y la música batió los patrióticos acordes de la marcha de *Cádiz*, y el público saludó al torero con un formidable ¡Viva España!, confieso que sentí frío hacia el sitio de la médula—la tarde era calurosa en demasía—, agité el sombrerillo sevillano que acabo de mercarme en la propia calle de las Serpes, de la propia Sevilla, y grité también algo que no recuerdo, pero que de seguro fué:

—¡Viva mi niña!

Sí, antiguos y amados lectores míos, ¡viva mi niña! Es el grito que yo uso en las grandes solemnidades de mis sentimientos.

(1) Juicio crítico de la corrida de Inauguración, celebrada en Madrid el 10 de Abril de 1898.

¡Viva mi niña!, ó si ustedes quieren, porque les parezca mejor, ¡¡Viva mi niño!!

Ese niño de Córdoba que se trajo ayer tarde «aquellas cosas», ese que anda cada día más sobrado de facultades y que apenas puede andar por el peso que hace la sabiduría taurina que se le ha metido en la cabeza.

—¡Guerra! ¡¡Guerra!!

La Plaza, como de inauguración de temporada. El mujerío, exorbitante. Mucha mantilla blanca, mucho pañuelo de Manila y un diluvio de rosas y claveles.

Los lidiadores con sus trapitos de cristianar, la atmósfera reventando de cálida y la ansiedad pintada en todas las caras, porque se barruntaba algo.

¿Qué va á suceder aquí, Dios mío?

Nada, al fin de todo.

Entusiasmos que se deshacen en aplausos, y cátedras que se abren para enseñar á torear. El arte viene de aquella tierra. Preparemos los libros de texto y aprovechemos las lecciones del profesor.

—Mientras haya toros en España... ¡habrá poesía!—Ya lo dijo un hijo del país, no recuerdo quién.

Vayamos, pues, á los toros.

Rompamos en gritos de júbilo cuando, al compás del himno nacional, crucen el ruedo las cuadrillas andaluzas; saludemos con ruidosas palmatadas al gran califa de Córdoba, representante genuíno de las glorias de la tauromaquia, y enar-

bolando los garrotes, gritemos «con voz estentórea», como gritaba ayer tarde la alborozada multitud:

—¡Guerra! ¡Siempre Guerra!

El primer veragua y ¡Guerra!...—El cuarto veragua y... ¡¡Guerra!!

El primer veragüño se presentó en el anillo con todo el aparato que requiere la fama de la ducal ganadería.

Estampa magnífica y aires de tempestad.

Con bravura tomó las tres varas primeras; pero castigado en lo duro con un puyazo de Molina, pensó que aquello no era orgía de canela y se echó *hancia* atrás, como quien dice.

Bien banderilleado por Molina y Patatero, pasó el de Veragua á la cátedra del *grand maître*, y no de hotel, que cubría su personilla con flamante terno, verde y oro.

Ocho pases casi esculturales y un volapié magnífico.

El toro rodó á los pies del cordobés, y la concurrencia delirante comenzó á gritar:

—¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

El cuarto de Veragua cumplió medianamente en los dos primeros tercios.

Cuando los clarines anunciaron la hora suprema, Guerrita mandó retirar la gente, y solo con el

veragüeño, en los tercios del 9, le muleteó admirablemente, derrochando gracia, sabiduría y elegancia.

Otro volapié *más magnífico* que el primero... ¡y aquí no ha pasado nada!

Sombreros, bastones, botas de vino y chaquetas...

Lo cual, que el cordobés, cogiendo una de éstas en el momento en que salía del chiquero el quinto toro, le paró los pies, *chaqueteándole* con seis lances y rematando á lo maestro.

La ovación, que era ya grande, se convirtió en extraordinaria, y el dueño de la chaqueta se abrazó á la prenda, ¡oh, prenda preciosa!, y la besó amorosamente cuando le fué devuelta por el propio héroe.

Si en vez de chaqueta hubiera sido una levita, hubiera saltado algún guerrista ofreciendo mil duros por ella.

Pero cualquiera da ni un céntimo por una... americana.

Dije ya que la ovación que se tributaba al califa adquirió proporciones colosales; lo que no sé si dije es que la muchedumbre gritó á voz en cuello:

—¡Guerra! ¡Siempre Guerra!

.....

.....

Resumiendo

Guerra... Guerra... y Guerra.

Al subir Guerrita á la jardinera para regresar á su casa, se le aproximó una chula, con flamante pañolón de Manila y muchas flores en la cabeza.

No sé si era morena... pero juraría que sí.

—Usted... es lo que yo quiero—dijo encarándose con el de Córdoba.

—Y usted, ¿quién es?

—Una española como otra cualquiera. Una aficionada de pura sangre. Una que adora el arte taurino. España, si usted quiere, porque aquí todos le queremos á usted.

—¡Pues venga un abrazo!

Y la española, la chula del pañuelo de Manila, y Guerrita, el torero inconmensurable, se abrazaron con entusiasmo.

Los que presenciaban esta escena patética y original prorrumpieron en aplausos y en vítores.

—¡Guerra! ¡Viva Guerra!

*

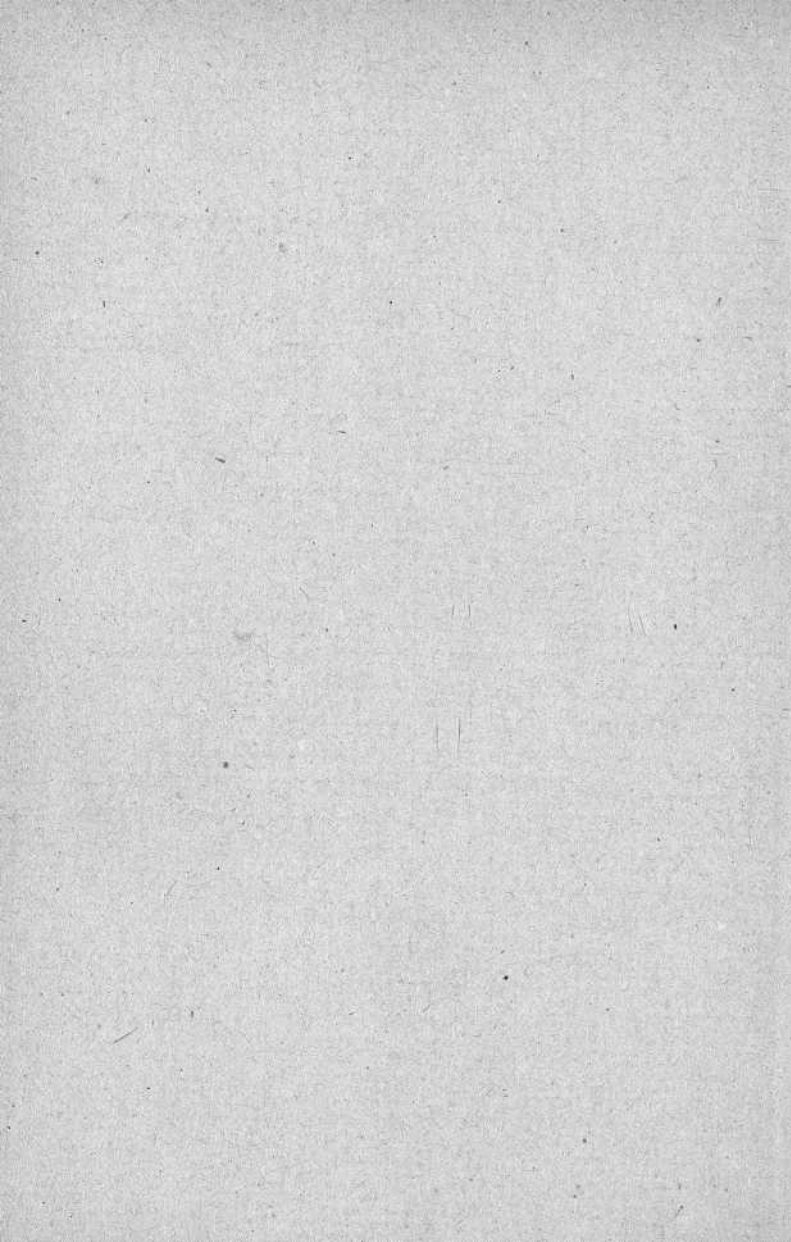
—¿Qué te ha parecido la corrida de esta tarde?

—Chico, que aquí sólo triunfa Guerra.

—Eso dice la gente.

—Claro, porque la gente de aquí ve, distingue, clasifica y... disfruta.

—Pues... ¡éle por Guerra!



¡Mejor están en Bombay! ⁽¹⁾

Relato de lo que ví en pleno Indostán inglés

Anoche, en el rápido Nordexpres de mi fantasía, arribé á Madrid, á esta famosa villa de Sánchez Toca, que toca ya en el ocaso de su grandeza taurina y del poderío de su sangre.

¡Qué viaje tan maravilloso!

Vengo de Calcuta y de Bombay, del mismísimo Bombay, de la ciudad infelicísima *do* vive matando la «terrible peste bubónica».

El mar de Oman ha mecido en débil barquilla mi cuerpo retegracioso, y en la pagoda de Momba Devi estuve á punto de ocupar por deseo unánime del pueblo indígena la hornacina *do* se aloja la venerada imagen del indio dios, por gracioso, sólo por gracioso.

¡Qué mujeres las bombayanas!

Las hay rubias, morenas, altas, bajas y regulares. Para todos los gustos.

Traigo una conquista. Morena, de ojos grandes y dormilones, labios de azúcar, al parecer, y

(1) Reseña de la corrida celebrada en Madrid el 27 de Junio de 1907

con pelo del color de la boca del lobo. La ví en la Plaza de Toros; allí también hay toros, y mordió el anzuelo en seguida. ¡Yo soy atroz!

Llevaba en la cabeza, airosamente prendida, una mantilla española, negra y de madroños, y entre el pelo y en el pecho varias rosas amarillas, que si perdieron su aroma primitivo al ser arrancadas de su tallo, tomaron, yo sé en qué momento, un olorcillo á gloria que enloquecía.

¡La gloria de Bombay! ¡Qué hermosa gloria!

Allí no hay política ni administración. Cada cual hace lo que quiere y nadie hace nunca nada censurable. En el mercado de *The Green* se dan de balde los comestibles. Las bombayanas son dulces, ardientes y cariñosas...

¡Si no fuera por la maldita peste!...

Pero vamos á mi cuento.

Asistí en Bombay á una corrida de toros.

Se anunciaban reses de un duque muy conocido en aquellas regiones, y en clase de toreadores los dos primeros diestros del Indostán inglés.

Mazzantino y Gerrilló.

La plaza es preciosa. Toda construída con madera de tek, muy amplia, muy alegre, muy sugestiva. Una plaza, en fin,

digna de ser morena y sevillana,

como la francesa de Campoamor. Que morena y graciosa son palabras sinónimas, aquí donde

moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena.

Me gustó la corrida; ya lo creo que me gustó.

El segundo toro dejó inútil para la faena al segundo espada, y cátense ustedes que Mazzantino tuvo que habérselas con los seis cornúpetos—á Bombay no ha llegado aún lo de cornúpeto—y luchó valientemente y venció en el apurado trance.

¡Ya quisiéramos aquí un torero como Mazzantino!

La gente de Bombay aclamaba con frecuencia al diestro inglés, pues no saltaba quite ni se ofrecía lance que él no ejecutara con elegancia y precisión.

¡Bravo!—grité yo, frenético de entusiasmo.

Mazzantino, que no entendía castellano, comprendió, por el retintín de mi acento, la emoción que me embargaba, y me saludó con mucha cortesía y con mucha ceremonia. El es así, fino, atento y cortés.

Vuelvo á pegar la hebra y continúo mi relato.

El primer toro del duque murió á manos de Mazzantino de dos estocadas y un descabello.

El segundo, herido ya dos veces por el otro espada, se entregó al acero de Mazzantino después de una corta buena y un descabello á pulso.

El tercero, de una alta y un descabello.

El cuarto, de una honda, ida.

El quinto, de un volapié desprendido, hasta la guarnición.

Y el sexto, de una caída, citando á recibir; un superiorísimo pinchazo, entrando Mazzantino

como un ángel, y de una buena cambiando los terrenos.

Y ahí tienen ustedes seis toros muertos en dos horas por el primer torero de Bombay.

Yo creo que este señor tiene hecho un trato con el representante de la «terrible peste», y éste le había dicho:

—Dedícate tú al ganado vacuno bravo, y á ver quién mata más en menos tiempo.

Y quedó *achicadita* la peste bubónica.

Sí, señores lectores de mi alma.

Afirmo que en Bombay hay
un señor de Mazzantino
que me pareció... ¡divino!
¡La canela de Bombay!

El Dios indio *Momba-Devi* salió de su pagoda al concluir la fiesta y estrechó entre sus brazos al héroe del día.

Todo se lo mereció el inglés.

Durante la lidia de los seis bichos ducales, no permitió que nadie se inmiscuyera en sus atribuciones, y él hizo todos los quites, uno de ellos archipistonudo; él corrió todos los toros, él dirigió, él administró y hasta él banderilleó.

¡Es mucho hombre aquél!

¡Cómo recordaba yo aquellas corridas que en Madrid nos proporciona Bartolo! Tres diestros, seis bueyes... y todos de cabeza. En Bombay quisiera yo ver á nuestro feliz empresario.

El pueblo indígena quiso sacar en hombros de la Plaza al insigne Mazzantino; pero éste, que

mejor se mata seis toros que se fuma una breva de Calcuta, porque no es fumador, dijo que no, y no se fueron.

La última estocada, cambiando los terrenos, fué suerte que se hacía en España en otros tiempos.

El diestro, tocando con la espalda en las tablas y el toro en dirección perpendicular al cuerpo del hombre, sin dar á éste más salida que los costillares. Volapié neto, clásico y de exposición.

Le consumó el diestro á las mil maravillas.

No quise ver más. Salí corriendo en dirección á la estación férrea, y al pasar junto á la *Torre del Silencio*, turbé aquella soledad espantosa con mis gritos de entusiasmo, y dije encarándome con un horrible cuervo que se limpiaba el pico en su negro plumaje:

Vuela, cuervo, vuela á España
y dile á la patria mía,
que aquí hay toros y toreros
y mujeres y alegría.

Subí en el rápido y partió éste como una saeta india, bordeando las orillas del Omán.

El cuervo abrió sus alas, las agitó majestuosamente en el vacío y partió también.



Tuve la mala suerte de tropezar en el tren con un viajero pesado y machacón. Era inglés españolizado. Hablaba mal el idioma de Cervantes, pero se hacía entender. Y, además, era aficionado á nuestra fiesta clásica, pero aficionado *retroactivo*.

—¡Qué hombres aquellos!... *Bocanegra*... *La*

gartijo, Frascuelo, Espartero... ¿Recuerda usted?

—¡Oh, tiempos aquellos! ¡Ya no volverán!

—¡Qué fiereza... qué sangre fría ante los toros!... ¿Estuvo usted en la corrida del *Gran Pensamiento*?

—No hago memoria...

—Qué *Frascuelo* aquél... Le cogió el toro cuando intentaba levantarle la cabeza para meter el brazo. ¡Horrible cornada! Yo ví la herida. Cambia el puño por aquel agujero... ¡Y en el costado!...

—¿Iría á la enfermería?

—Ya lo creo; pero antes mató el toro. ¡Qué sangre la de aquel hombre!

—¡Qué tiempos!

—¡Pobre Espartero! Aquel miura era miura de casta... ¡Qué mala intención! Alargaba el cuello para coger... ¡Maldito!

—¡Triste fin el del desgraciado *Maoliyo*!

—¡Cómo entró á matar la primera vez! En corto y apretándose. El miura le «echó mano» y le lanzó á una altura considerable. Aquel golpe fué mortal.

—¿Se fué á la enfermería?

—No se le pudo convencer. Se acercó al toro, armó de nuevo el brazo y... ¡pobre Espartero!

—¡Tenía mucha sangre aquel sevillano!

—¿Usted conoció á Angel Pastor?

—Un poco.

—Le ví coger en Valladolid. Una cornada profunda en un sobaco, con fractura de la clavícula...

—¿Entró en la enfermería?

—Cuando el toro cayó á sus pies.

—Allí en España, hay toreros de mucho corazón. He conocido muchos.

—¿Qué le ha parecido á usted el señor Mazantino?

—Superabundantísimo.

—Crea usted que es hoy por hoy el que...

—¡¡Madrid!!—grita un mozo de estación.

¡Ya estoy en Madrid! ¡Qué delicioso mi viaje por Bombay y Calcuta!



Me esperan en la estación varios amigos.

Después de los abrazos de ordenanza, uno de ellos me entrega un papel impreso. Lo leo con avidez. Dice así:

Cogida de Guerrita

PARTE FACULTATIVO

«Durante la lidia del segundo toro ha ingresado en esta enfermería el diestro Rafael Guerra (Guerrita), con una herida de desgarramiento, de forma triangular, vértice superior, y de tres centímetros de largo, sobre la articulación metacarpo falangiana del dedo anular, cara dorsal, que interesa la piel, dejando al descubierto el tendón, lesión que le impide continuar la lidia. — *Doctor Lozano.*»

—¿Es grave la herida?—pregunto con ansiedad indescriptible.

—No; no te apures. Afortunadamente, la cosa no tiene importancia ninguna.

—Cuéntame detalles, pero pronto; estoy sobre ascuas.

—Pues verás... El segundo toro de Veragua se llamaba *Estornino*; era colorao, grande y cornalón...

—Sigue.

—Llegó á la muerte huído y desparramando. Rafael, con ese arte incomparable que tú tantas veces has ensalzado, le recogió con la muleta, derrochando gracia y sabiduría.

—Continúa, por Dios...

—Entró á matar dos veces á paso de banderillas *disimulado*, y dejó dos cortas descolgadas y muy tendidas.

—Acaba...

—De repente, tira estoque y muleta, se coge una mano con la otra, y corriendo, corriendo se dirige á la enfermería. El público pregunta con angustia: ¿Qué ha pasado?... Nadie puede contestar, porque nadie lo sabe.

—¿Y qué?

—Nada; ya has leído el parte facultativo.

—De modo ¿que no es caso mayor?

—Ni mucho menos.

—Adiós, amigo—me dice, interrumpiendo el diálogo, mi compañero de viaje—. Celebraré que la herida de su torero favorito cure pronto.

—Mil gracias.

—Y recuerde siempre al gran Frascuelo del *Gran Pensamiento*, y al pobre *Maoliyo* de Sevilla, y...

—¡Adiós! ¡Adiós! (latero insoportable).

*

—¿Y tú qué opinas de todo esto?—me pregunta mi amigo, en voz baja.

—¿Qué opino yo?

—Sí.

—¿Queréis saberlo?—les grito.

—Claro.

—Pues, que... ¡MEJOR ESTÁN EN BOMBAY!

Yo, pecador... ⁽¹⁾

¡Nunca lo hubiera hecho!

Si un punto de contrición
da á un alma la salvación
y ese punto aún me lo dan...

Yo, arrodillado sobre el ruedo de mis audacias, con la frente hundida en el polvo y con el corazón hecho pedazos, entono el *mea culpa*, demando piedad á la numerosa grey del dios Rafael, y clamo con amargura infinita:

—Perdóname, ¡oh, tú, Señor misericordioso!
No sé lo que hice.



¿Por qué no saltaron los puntos de mi pluma pecadora, cuando, olvidando los indiscutibles respetos que se deben al dios de la tauromaquia, atreviéronse á trazar aquellas líneas malditas:

¿Por qué, cual á nuevo Faetón, no me alquiló el jefe del Olimpo con «rauda centella», á mí que osaba tomar las riendas del carro del Sol... de Córdoba?

(1) Publicado en *Sol y Sombra* el 15 de Julio de 1897.

Mejor hubiera sido sucumbir. ¡Cuántas amarguras, cuántos desengaños, cuántos sinsabores me hubiese ahorrado!

Pero estoy arrepentido; sí, lector paciente y generoso; estoy arrepentido.

*

—Hombre, ¿pero qué ha hecho usted?

—¿Quién, yo?

—Claro...

—No comprendo.

—¡Dudar del Guerra! Atreverse á recordar que en otros tiempos no se dejaba un espada los toros vivos por una herida de más ó menos...

—No hice más que referir...

—Calle usted, hombre; calle usted. Usted anda dejado de la mano de Dios.

—Quizá que sí.

—Antes debió usted dudar de Cánovas, Aguilera ó Mestre Martínez.

—También á veces dudo...

—Pero... del *Guerra*... del GUERRA. ¡Oh, sacrilegio inaudito!

Y á partir de este momento no tuve una sola hora de descanso.

Carta por aquí, anónimo por allá, telegrama por la izquierda, amenazas por teléfono, por correo y hasta por los rayos X.

¡Dudar del *Guerra*!

Crimen nefando, espantoso, horrible, repugnante.

*

—¿Pero usted sabe quién es el *Guerra*?

—Ya lo creo. Un señor infinitamente torero, sabio, archielegante, principio y fin del arte tau-rino contemporáneo.

—Es, por tanto, el Dios de la tauromaquia.

—Sí, señor; el Dios completamente.

—¿Y usted duda de su bondad y se atreve á censurar su obra magna? Quite usted de ahí... Calvino.

—Seré todo lo Calvino que á usted se le antoje, porque con éstas y otras muchas cosas... ¡voy echando un pelo!...; pero si la faena fué digna de censura, ¿por qué no censurarla?

—¡Censurar al dios!...

—Sí, señor... Y á toda su familia, si el caso lo hubiese requerido.

—Vaya usted de mi presencia... ateo incorre-gible... sacrílego feroz...



Un montón de anónimos.

Suman veintisiete; la edad de Cristo cuando tenía veintisiete años.

—Imbécil...

—Majadero...

—Ignorante.

—Mal aficionado.

—Miope...

—Estúpido...

Y así sucesivamente veintisiete adjetivos hala-gadores.

—¡Decir que el *Guerra* pudo concluir con

aquel toro, teniendo una terrible cornada en una mano!... ¡Habrás visto el escritorzuelo!

Un telegrama de Valencia... Número de orden, 351.—Imposible hiciera eso Rafael. Es, será siempre más bravo, más inteligente, más torero que todos juntos; usted váyase Bombay.—*Peláez*.

¡Ya lo creo que me iría! — contesté yo en el acto.

—Mal aficionado...

—Majadero...

—Ignorante...



Y, sin embargo, sigo creyendo que lo hecho por *Guerrita* aquella tarde no tenía precedente alguno en los anales de la tauromaquia.

Pero de ahora en adelante me libraré muy bien de decirlo.

Viva la gallina y viva con su pepita.

Hoy los amigos del Guerra son infinitos... no pueden contarse. Cuenta el *monstruo* de Córdoba con inmensa mayoría en el parlamento taurino.

¡Cualquiera se atreve á criticar nada al primer jefe del Gobierno!

Yo no volveré á caer en la tentación.

Ellos son los más y tienen la sartén por el mango.

¡Pobre del que contra ellos se vuelva!

Es ya axiomático aquello de que

Dios protege á los malos
cuando son más que los buenos.

La retirada de Guerrita

¡Se cortó la coleta!

(POR TELÉGRAFO)

CORDOBA 17 (8 noche.)

Guerrita, en cuanto llegó á Madrid, se ocultó en casa de su amigo Noval, para evitarse visitas inoportunas y reporters archialevosos.

Salió en el mixto de Valencia y esperó en Alcázar el paso del expreso. Llegó aquí á las siete de la mañana.

Hoy, al medio día, en la galería de su casa, donde se habían congregado numerosos amigos del célebre torero, su esposa, doña Dolores Sánchez, cortó la coleta á Rafael.

Los individuos de la cuadrilla abrazaron, llorando, al maestro. Este estaba afectadísimo. Los amigos dieron un viva á Guerrita.

(Telegrama publicado en *El Liberal* el 18 Octubre de 1899.)

¡¡Ya no es!!

Guerrita se ha cortado la coleta.

¡Ya no es!

Pero pese á quien pese, y aunque los *delirantes* adversarios del cordobés insigne digan ahora lo que seguramente dirán, ¡El fué!; y fué el primer torero del siglo.

La dinastía de los Abderramanes taurinos que fundó Abderramán I—Lagartijo—había de tener y tuvo en Guerra su Abderramán III, el Abderramán más grande de la España árabe.

Ya podéis vivir tranquilos. Ya no turbarán vuestros sueños la espantosa pesadilla del ilustre cordobés. Ya se ha cortado la coleta.

Mucho ha influido en el ánimo del maestro para tomar esta resolución la injustificada actitud de los públicos—no sólo de Madrid—de toda España, contra quien procuró siempre complacerle, haciendo lo que se le pedía, contra el que nunca mató un toro á traición, contra el torero más inteligente y pundonoroso que pisó la arena de la Plaza.

Es así nuestro carácter.

El que llega arriba, á la cúspide, despierta un odio general. Nuestro mayor deseo sería verle caer desde su altura para darnos el gusto de contem-

plar aplastada en el suelo la grandeza de ayer.

Guerra, antes de aplastarse, ha descendido voluntariamente de su puesto, dejándole vacío. Ahí está: que llegue á ocuparlo quien se sienta con alientos para ello. Me da el corazón que he de morir de viejo—y aún soy joven—, y el puesto de Guerrita estará como quedó ayer al cortarle su esposa la coleta.

Guerra, al abandonar el toreo para engolfarse en las tranquilidades de su hogar, se va sin odios ni rencores, pero amargado y dolorido.

Su fortuna, que algunos suponen en tres millones de pesetas, ha sido hecha á pulso, derrochando valor, inteligencia y gallardía, sin apartarse un momento de la cabeza de los toros.

Otras celebridades taurinas se retiraron de las Plazas cuando sus facultades, agotadas, les hacía huir el peligro, buscando muchas veces de cabeza en el callejón la seguridad de su persona.

Guerrita abandona el toreo en la plenitud de sus facultades, en el instante mismo en que, con el cuerpo entre los cuernos, convertía en toro bravo á un buey incierto y receloso.

Esta fué la faena del ultimo toro muerto en Zaragoza por el primer lidiador de reses bravas que vió el siglo que agoniza.

¿Le echaremos de menos?

Yo creo que no.

Cuando bajan las mareas, las olas igualan el arenal. Nadie puede decir luego:

—Hasta aquí llegaron las aguas.

Cuatro palabras

sobre fuentes



Fuentes

Al correr de la pluma

De las cuatro palabras que pienso dedicar al famoso torero Antonio Fuentes, dos forzosamente han de ir encaminadas á destruir una falsa leyenda que inventó algún gracioso en un rato de buen humor, y que, influido por preocupaciones sin fundamento, se ha complacido en alimentar el propio interesado.

Dice esa leyenda que Fuentes no fué nunca santo de mi devoción, y que en todas las ocasiones que me vinieron á mano, abulté sus desaciertos en mis reseñas taurinas y empalidecí el brillo de sus triunfos. Es decir, que Fuentes ha sufrido en su vida torera una persecución mía, tan encarnizada como injusta.

Poco trabajo me ha de costar lanzar al rostro de los que tal necedad propalan, un rotundo mentís.

Yo perdería con gusto cualquier cosa buena, si alguno de mis compañeros de la Prensa política ó profesional, me probaba con documentos á la vista que él había «volcado el sacco» de adje-

tivos encomiásticos antes que yo, y con mayor generosidad que la mía, al juzgar el trabajo de Antonio Fuentes.

Papeles cantan, y yo tengo bien guardadas mis revistas de toros en *El Liberal*, para cotejarlas con las que, en honor de Fuentes, hayan escrito sus más fervientes admiradores.

El juicio que me ha merecido siempre el toreo de este célebre espada, repetido está cien veces en esas reseñas, y en algunas se «bate el parche» con tal fuerza y entusiasmo, que yo mismo he pensado con frecuencia si la simpatía que me inspiraba el diestro obraría en mí, á manera de cristal de aumento, haciéndome ver como diez lo que realmente sólo valía como cinco.

Sí me sorprende que Fuentes se haya dejado convencer con tanta facilidad, dando oídos á una porción de majaderías que, ni á pura broma tomadas, harían gracia á nadie, y que, harto endeble de memoria, haya olvidado la inmensa labor periodística—inmensa por lo abundante—realizada por mí en favor suyo, para acoger chismecillos de vecindad, dichos y propalados por unos cuantos chamarileros sin oficio ni beneficio.

Fuentes se equivoca lamentablemente en este particular. No ha tenido, sin duda, en cuenta que mis deberes profesionales me obligan á la justicia y á la veracidad, y que yo nunca dije de él nada que no fuese justo y cierto. Que se me indique un solo punto en que se descubra malevolencia ó mala intención para con el célebre espa-

da, y entonces daré la razón á esos chamarileros y me declararé reo del delito que se me imputa.

Cuando en armonía con mi conciencia, de cuyos dictados y consejos jamás me separo, dirigí censuras á Fuentes por sus faenas en la Plaza, era porque, á mi juicio, las merecía.

He seguido con él la conducta que sigo con todos. Al pan, pan, y al vino, vino. Con el consuelo para mí, de que fuí siempre parco en el palo y pródigo hasta la exageración en los elogios.

A Fuentes le debo atenciones y bondades inolvidables, cuando fuí huésped suyo en su magnífica finca «La Coronela». El hombre es generoso á carta cabal, y quiso hacerme los honores de su casa, con la espléndida liberalidad de un gran señor. Pero todo ello no puede bastar para torcer mi marcha por la ruta emprendida. Ni soy buen escritor, ni soy gran inteligente, y ni mis trabajos pueden llevar valor por ninguna cualidad extraordinaria. La sinceridad y la honradez con que se hacen constituyen todo su patrimonio. Si le quitan al diablo su fama de listo, ¿qué le queda?

Sé que en reciente ocasión se dolía Fuentes de que yo le tirara cruelmente al codillo, habiendo comido en su mesa y dormido en su casa; pero á poco que medite el amigo Antonio comprenderá que ni un buen plato, ni una buena cama, tienen poder bastante para enderezar las estocadas, cuando están torcidas, ni aun siquiera para disculpar al hombre que dice que «se va» y se lleva con tal motivo muchos miles de duros, y vuelve al poco

tiempo y dice que «aquello de la retirada» era un puro camelo, y que aquí está otra vez, porque puede y quiere.

Eso, no. Eso ni por todo el oro del mundo me atrevería yo á defender.

Había de resucitar Lagartijo, que fué en estos menesteres del toreo un poco más que Fuentes, y afearía su conducta y criticaría su falta de carácter, si después de su despedida, bien pagada por el público, volvía á la arena dispuesto á seguir toreando.

A los que se han ido por gusto ó por agotamiento de facultades, y que, á pretexto de su retirada, supieron guardarse muchas y buenas pesetas, que dió el público contento y sonriente, no se les puede permitir la vuelta al anillo sin una razón poderosísima que la justifique.

Argumentar de distinta manera resultaría un tremendo dislate.

Y nosotros, los que diariamente ponemos la fama de los lidiadores en los cuernos de la luna, dando aire y brillo á sus nombres con la fuerza de la letra de imprenta, debemos ser los primeros en la censura. Es un deber sagrado, ineludible, que no puede burlarse, ni aun recordando las gratas horas que se pasan en «La Coronela», cuando es el anfitrión un hombre espléndido y generoso que atiende y obsequia á sus huéspedes con inusitada liberalidad.

No existen, pues, antipatías ni preocupaciones, ni han existido nunca.

Justicia, imparcialidad y un estrecho espíritu de crítica para la propia labor, y «manga muy ancha» y benevolencia inagotable, para el trabajo ajeno.

De todo esto vive uno, y no es cosa de tirar al fondo del barranco la seriedad y el crédito conquistados á pulso, en dieciséis años de continuada labor.

No sólo de pan vive el hombre.



Antonio Fuentes ha sido un buenísimo torero, pero muy corto. Ha hecho cosas tan acabadas y perfectas, que nadie hubiera mejorado, aun incluyendo á Guerrita. En otras muchas fué deficiente, mediano, insignificante.

En conjunto: á Fuentes, por su labor en la Plaza, se le debe colocar, á mi juicio, en sitio muy lejano á Lagartijo y Frascuelo, y próximo, sin llegar, naturalmente, al que en la actualidad ocupan Bombita y Machaquito.

Ya estoy viendo á «un porción» de señores—como dice un compañero en la Prensa que le han hecho ahora diputado por el art. 29—llevarse las manos á la cabeza, manotear como energúmenos y declararme á gritos tonto y memo de solemnidad.

—Pasen—dirán—lo de Frascuelo y Lagartijo; no los conocimos, y quizás hayan sido tan buenos como dicen. ¡Pero poner á Bomba y Machaco por

encima de Fuentes, es un disparate de tan enorme calibre, que sólo es digno de un puntapié ó de una camisa de fuerza!

Ténganse un tanto en sus estupefacciones los señores del margen. Voy á razonar, ó á procurar-lo al menos, lo que ellos creen que no puede sostenerse sin escándalo, y si no consigo llevar á su ánimo el convencimiento, con una verdad tan grande y clara como la luz del sol, siga cada cual pensando lo que quiera, pues he dicho y repito que lo que yo aquí expongo es lo que honradamente creo, sin otro valor que el que puede tener una opinión particularísima.

Escribo fría y serenamente. No influyen en mí estímulos de pasión que consideraría indignos y despreciables en todo momento, pero que acaso pudieran disculparse, si se sacasen á luz en el ardiente campo de una polémica. Aquí, en la soledad de mi cuarto de estudio, los hechos adquieren sus naturales dimensiones, y sobre ellos funciona el «escalpelo» con imperturbable serenidad.

Bombita es un torero completo, sin olvidar sus deficiencias á la hora de matar. Desde que empieza la corrida hasta que concluye, la figura de Bomba no puede sustraerse á la atención pública, y se da el caso—un millón de veces—de estar trasteando un toro difícil otro matador, y, sin embargo, los ojos del público no se apartan de Bombita. Esto sólo sucedía con Guerra. El lo llenaba todo, y estando él en el ruedo no había nada—fuera de él—que distrajese ó emocionase.

á la gente. Con Bombita, estableciendo las naturales diferencias, se repite el caso, y yo me lo explico perfectamente, porque Bombita es torero desde que sale la cuadrilla hasta que se arrastra el último toro. Sólo á Machaquito se le ha concedido la categoría de rival de Bombita, siendo bien diferentes las aptitudes de uno y otro lidiador. ¿Por qué? Porque Machaquito, con sus estupendas faenas, consigue que el público aparte su atención de Bombita, para fijarla en lo que está haciendo. Porque Machaquito es el único que consigue, estando Bombita en el ruedo, que por algunos instantes nos olvidemos de Bombita.

Y no busquen ustedes la explicación del caso en otros motivos, porque no la hallarán.

Fuentes, hoy, con sus facultades de ayer, con su arte gracioso y elegante, con su valor, cien veces probado, no ocuparía el número uno en el escalafón, como le ocupaba en sus tiempos, cuando no existían, porque se estaban formando, Bombitas y Machaquitos que se le pudieran disputar.

Mientras vivió Guerrita para los toros, no se oía hablar de Fuentes. Si alguno hubiera intentado mentar las faenas del sevillano junto á las del cordobés, se habrían reído de él los pequeños y los grandes, los rubios y los morenos, los cuerdos y los locos.

Ya sin Guerrita, Fuentes, el excelentísimo lidiador, que supo ganarse los tres entorchados, la luctuosa tarde de Mayo en que el miureño «Perdigón» hería mortalmente al Espartero, logró fá-

cilmente saltar por encima de todos los matadores de entonces, para colocarse en puesto visible é importante. La retirada de Emilio Bomba le dió en definitiva el primer lugar.

¿Quién tuvo luego enfrente que pudiera aventajarle en inteligencia, en elegancia y bravura? No recuerdo á ninguno.

Y tanto era así, que el mismo Guerra, consultado algún tiempo después de su retirada respecto al mérito de los lidiadores, entonces en ejercicio, dijo, con su peculiar franqueza:

—Después de mí, nadie. Después de nadie... Fuentes.

Y Fuentes ejerció la hegemonía del toreo, con aplauso de la afición, varios años consecutivos. Fué popularísimo y por todos admirado y querido y se hizo el «amo del cotarro», como vulgarmente se dice.

¡Qué admirable, que maravilloso banderillero! ¡Qué tres pases!, ¡los tres primeros!, cuando los toros le toman francos la muleta! ¡Qué bonito, qué artístico con el capote, quitando! ¡Qué bien dobla los toros, al rematar las suertes!

Mata poco. No se confía al herir, pero sabe donde está el sitio de la pupa, como buen banderillero, y llega á él, algunas veces, como puede llegar el más guapo; otras, la mayoría, como Dios ó el diablo le dan á entender.

Y, ¡cosa rarísima, estupenda, inexplicable!, ya mermado en sus recursos físicos, por fuerza del natural desgaste y como consecuencia de las cogi-

das, se hace un buen matador de toros. Antes, en el apogeo de su poder, apenas mataba. Ahora, en la rampa descendente y en vertiginoso rodar hacia su ocaso, mata más que el cólera.

En esta rápida enunciación de los grandes méritos de Fuentes creo no haber olvidado ninguno.

Banderillero, sí, indiscutible. No un Lagartijo ni un Guerra; pero sí un sobresaliente banderillero.

Con la muleta, admirable al empezar la suerte. Muy mediano después. ¡Qué tres primeros pases! ¡¡Indescriptibles!! Luego, la vulgaridad y el adocenamiento. Los toros prontos y revoltosos, le comen el terreno, le atropellan, le embarullan. No hay serenidad suficiente para imponer la ciencia á las dificultades y el enemigo se crece y domina, viendo cómo se aflige y empequeñece el matador... ¿Matador? ¡Ah, sí! Matando muy bien en su última época, pero en la suerte contraria, ¡siempre en la suerte contraria!

En la natural, ni había matado antes, ni mataba ahora. No se me cite un caso aislado, porque nada en concreto se demostraría. Hay toros, y eso lo saben mejor que nadie los toreros, que los podría matar el chico de la portera. Desgraciadamente para los que visten la taleguilla, de estos toros entran pocos en libra. Por eso hemos visto matar bien á Fuentes muy pocos toros en la suerte natural.

Con todos sus defectos, Fuentes resultaba un torero serio, sobrio y bonito. El don de gentes, sus buenos amigos, las circunstancias favorables en

que brillaba este astro de coleta, hicieron lo demás. Fuentes fué el número uno, el único, el indiscutible. Impuso condiciones, porque se hallaba en el caso de imponerlas, y no fué posible acontecimiento alguno taurino sin la intervención del célebre espada sevillano.

Pero á poco que mediten ustedes, habrá de ocurrírseles que Fuentes actuaba en ambiente muy propicio á su encumbramiento. Era el rey tuerto en un mundo de ciegos.

¿Qué hubiera sido de Fuentes si nace en tiempos de Lagartijo, Frascuelo, Guerrita ó Mazzantini? ¿Es que Cara-Ancha no fué un torero más completo que Fuentes y tan buen banderillero como él? ¿Es que Gallito y Angel Pastor no torearán de muleta mejor que Fuentes? ¿Y qué fueron Gallito, Angel Pastor y Cara-Ancha? Segundas figuras, y gracias. En un cielo donde brillaban astros como Rafael el Grande y el indomable Frascuelo, era ya mucho el que se percibiese un pequeño resplandor, procedente de otro satélite.

Cara-Ancha, Currito, Gallito, Angel Pastor y aun el mismo Hermosilla, algunos años después, cuando se fué Guerrita, hubieran sido estrellas de primera magnitud, se habrían disputado el primer puesto con otros de su misma categoría, con Fuentes ó con Quinito, que, aunque pocos, también han tenido sus incondicionales.

Todo esto que vengo diciendo es tan claro y lógico, que aun el propio espíritu de la contradicción hecho carne, declarararía «in continenti» su

absoluta conformidad. No me cabe de ello la menor duda.

Y sentadas estas verdades en bases incommovibles, surgen Bombita y Machaquito. Aquél, un segundo Guerra, con muchas cosas menos y alguna más. Y el último, con tantas de Salvador, que si me aprietan ustedes un poco, no tendría inconveniente alguno en colocarle junto á él. No tomen ustedes á herejía esta afirmación. En lugar oportuno trataré de razonarla.

Surgen, como digo, Bombita y Machaco. Uno y otro en estupendas heroicidades, clamorosamente recibidas por la afición, recorren de triunfo en triunfo todos los circos taurinos de España. El de Tomares realiza con capote y muleta faenas asombrosas de arte y verdad, pisa el terreno de los toros como nadie le pisó nunca, y es tan grande, tan maravilloso el alarde de facultades y tan de buena ley la ciencia que despliega en sus trabajos, que en rapidísima ascensión, logra encaramarse en uno de los primeros puestos de la tauromaquia.

El de Córdoba sale á estocada por toro. Es pequeño de estatura, nerviosillo y no domina bien las agujas; pero entra tan derecho y con tal empuje, que los cornúpetos ruedan sin puntilla, superiormente heridos en lo alto.

¡Ya son dos grandes figuras! Ya llenan las Plazas, y cobran las suspiradas seis mil pesetas. Ya toorean los dos de sesenta á setenta corridas al año.

Y, sin embargo, Fuentes sigue siendo el número uno. La velocidad adquirida le sostiene en el

codiciado lugar. Machaco y Bomba son los primeros en reconocerlo, y ni siquiera pretenden disputarle la supremacía. Y ahora menos, porque Fuentes mata mucho y antes no mataba.

La afición, siempre infantil, se entretiene en fundar los consabidos bandos, y bombistas y machaquistas atruenan las calles con el zumbido de sus discusiones. Pero todos dejan á un lado la figura de Fuentes. Esta es intangible, sagrada, inviolable. Guerrita dijo que después de él, nadie, y después Fuentes, y bien están las cosas como las puso aquel maravilloso artífice de la tauromaquia.

Repentinamente desfallece Fuentes. Sin causa que á satisfacción lo justifique, parte del público comienza á volverle la espalda; se discuten y se critican sus faenas, y el que hasta entonces sólo había saboreado mieles en copa de oro, empieza á paladear el amargor de la hiel y las acideces de la contrariedad. Ya no bastan los tres primorosos pases de muleta, los admirables pares de banderillas y las grandes estocadas en la suerte contraria. El público quiere, pide más. ¿Por qué? Porque hay otros que hacen todo lo de Fuentes, y como propina «otras cosas» que Fuentes no hace. Porque ya en el mundo de los ciegos el tuerto no pasa de ser un sujeto que ve, pero que no ve mucho, porque han surgido dos, con sus ojos cabales, que abarcan fácilmente todo el paisaje puesto ante su vista.

Y en Bilbao, una tarde, toreando Fuentes con

Bomba y Machaquito reses de Muruve, hubo de exclamar, triste y apesadumbrado, por las manifestaciones de disgusto de una parte del público:

—¡Todos contra mí!

Entonces, indudablemente, pensó en su retirada.



¿Qué lugar hemos de adjudicar á Fuentes en la historia del toreo? El primero entre los de su época. Aquella época, huérfana de grandes lidiadores, que duró una media docena de años. Torero de suerte extraordinaria, no en su pelea con los toros — que ha sufrido muchas y dolorosas heridas —, si no en su oportunidad para colocarse. Dos años antes, Fuentes hubiese sido «uno más» en el gran montón de los medianos toreros. Dos años después, no hubiese resistido la comparación con Bombita y Machaco.

¿Ha hecho bien en retirarse? Si las condiciones de su posición se lo permitían, sí. Quien fué el primero, el indiscutible, el rey, habría de sufrir crueles amarguras al sentirse relegado á un segundo lugar. Su dignidad, su amor propio, experimentarían una sacudida de efecto desagradable al ver que otros se imponían por virtud de su valor y su ciencia, mientras él, recogiendo velas, tendría que amoldarse á un modesto circular por el mundo taurino.

¿Volver á los toros? ¡Nunca! Me inspira

Fuentes vivísima simpatía, y por eso me permito un consejo, que á otro cualquiera me libraría muy bien de dar.

Si puede vivir con lo que tiene, viva y triunfe, al calor de una fama legítimamente adquirida, que nadie podrá discutirle el honor de haber sido el primer torero de su época. La historia de la tauromaquia forzosamente habrá de estampar en sus páginas el nombre de Antonio Fuentes con letras de oro.

Si vuelve á la lucha... ¡sólo Dios sabe de qué metal serán las letras que usen los historiadores al hablar de Antonio Fuentes!

¡Los toros dan y quitan!

A Fuentes le han dado mucho.

Ahora, él debe procurar que no le quiten lo que le dieron.

Una gran tarde de fuentes (1)

~~~~~

## Muy bien, amigo fuentes, y sonriase usted de los sapientes

Todo español que se precie en algo, debe, en tal día como el de ayer, levantarse muy temprano, tomarse un pocillo grande de chocolate mojando pan *francés*, recitar á la criada, con voz enérgica para que se asuste, aquello de

Oigo, patria, tu aficción,  
y escucho el triste concierto...

y después, muy despacito, encaminarse al Dos de Mayo, dar una vuelta en torno al monumento, con el pensamiento puesto en Daoíz y Velarde, y entrar en *Los Jerónimos* á oír una misa por el alma de nuestros heroicos antepasados.

Luego, almorzar en el hotel de París ó en el café Francés, frugal, pero enérgicamente, unos riñones á la parisién ó una tortillita á la *recocó*.

Y á eso de las cuatro de la tarde subirse en una tartana, en una jardinera ó en un *trolley*, no sin

---

(1) Corrida extraordinaria del 2 de Mayo de 1900.

haber leído el bando alocución del alcalde corregidor y encaminarse á la Plaza de Toros, murmurando entre dientes :

Decid, lenguas extranjeras :  
¿quién mata en el mundo fieras  
pecho á pecho y cara á cara?

Esto creo yo que debe hacer todo buen español el día 2 de Mayo.

Y más si en tal día la empresa de la Plaza ha tenido la feliz idea de organizar una corrida de toros, para que el buen torero Fuentes, el *único* que torea como Dios manda, desde que el califa de Córdoba se retiró á sus dominios, luzca sus habilidades, su gallardía, su valor y su inteligencia.

Yo opino, señores, que ha llegado la ocasión de quitar antifaces, como decía el infortunado *Sentimientos*.

Bueno que á éste ó aquél, por simpatía personal, porque sea rubio ó moreno, porque se llame Juan, Pedro ó José, ó porque haya nacido en Córdoba, Sevilla, Huelva ó Cádiz, le *guardemos el secreto*, y le batamos las palmas con delirio cuando se limpia la boca con la servilleta ó se rasca la nariz.

Yo no me opongo. Allá ustedes, que lo pagan.

Pero que unos cuantos *inteligentes* de pan llevar vayan á la Plaza, como fueron ayer, con el irrevocable propósito de que todo lo que Fuentes hiciera había de ser malo forzosamente, porque el torero sevillano es muy tieso, y tiene el pelo rizado, y empieza con F su apellido, me parece el

colmo de la tontería, por no calificarlo de manera peor.

Bueno que cada cual tenga su *ídolo*; pero malo, muy malo, que atronemos con nuestros silbidos y mortifiquemos con protestas injustificadas al que cumple bien su cometido, demuestra mucho valor no perdiendo ni un momento la cara á los toros, y torea con arte y con voluntad toda la tarde.

Siempre, triste es reconocerlo, el eterno cuento del baturro, á quien preguntaba el escultor:

—¿Cómo quieren en su pueblo que les haga el Cristo que me han encargado? ¿Vivo ó muerto?

Y el baturro, después de rascarse la cabeza y mirar con insistencia al techo, como buscando solución, contesta:

—Hágalo usted vivo, que como lo quieran muerto... ¡á buena tierra va!

Sí, señores míos. En buena tierra estamos, si queremos el Cristo muerto.

Ya podría resucitar el propio Montes. Poquito iba á durar.



¿Se habrá visto nunca osadía tan extraordinaria? ¡Oh, vanidad insoportable! ¡Seis toros, él solo!

¡¡ Hay que reventarlo!!

Esto decían ayer unos cuantos *amigos* de Fuentes cuando se dirigían á la Plaza.

—¡Seis toros!... ¡Seis chotas serán!—añadían otros, *amigos* suyos también.

¿Se acuerdan ustedes de aquellos *elefantes* que mataba el Guerra? ¡Aquello era matar, no seis, seiscientos toros!

Y los mismos que insultaban á Guerrita, porque los ganaderos, en uso de un perfecto derecho, le destinaban, y hacían bien, los bichos más manejables, porque la muerte lucida que les iba á dar el coloso, redundaría en prestigio de su vacada, decían ayer que las *monas* que iba á torear Fuentes no eran tolerables en la Plaza de Madrid.

Aten ustedes moscas como éstas por el rabo.

Pues, sí, lectores míos; entramos ayer en el circo taurino dispuestos á *reventar* á Fuentes, y, ¡oh, Fatalidad, por algo tienes nombre de mujer!, no le pudimos reventar.

La negra suerte nos obligó á guardar nuestras furias para otra ocasión más propicia, y tuvimos que aplaudir y aplaudir mucho.

Reseñemos brevemente las faenas del matador.

Al primero, que era noble y se dejaba torear, aunque en los tercios anteriores había mostrado aficiones á la fuga, le muleteó el espada con inteligencia y parando mucho, siempre á dos dedos de los pitones. Hirió dos veces en lo duro, tomando hueso, y la tercera, arrancando corto, se acostó en el morrillo, enterrando el estoque en la misma cruz, hasta la guarnición.

Aclamaciones estruendosas al torero y al valiente.

2.º El toro, incierto y revoltoso. Empezó Fuentes la faena con aplomo y serenidad, y por

no estrecharse al meter el brazo, pinchó cuatro veces, siempre en buen sitio.

Los peones, detestables; siempre mal colocados y metiendo el capote cuando no debían hacerlo. La última estocada fué superior.

Menos aplausos que antes. Debió Fuentes atacar más corto.

3.º El torete, descompuesto por la pésima lidia que se le dió en el primer tercio.

El espada paró poco; porque el de Cámara achuchaba y alargaba la gaita por un lado.

Al herir, con una gran estocada, hizo tanto por el toro que salió el diestro enfrontilao.

¡Viva el arte y el valor!

¿Se llama usted Salvador?

Señores, no hablo en camelo.

Aquello tuvo sabor...

de Frascuelo.

4.º El toro, de sentido y desarmando. Fuentes le dió la muerte que merecía. Se arrancó á matar varias veces, y el buey, que, como la protagonista de Campoamor, se había enterado por dónde venía la muerte, se encogía y cabeceaba sin humillar.

Algunos *inteligentes* opinaban que «llegándole» tomaría el toro la muleta. Es posible que sí; pero como los toreros no van á la Plaza á tomar cornadas porque á algunos caprichosos se les antoje, y en este caso es casi seguro que el buey hubiera hecho por el diestro más de la cuenta, cuando viera á éste metido en su terreno, hizo Fuentes

perfectísimamente en atizar un golletazo á la media vuelta, *procedimiento* que por algo se inventó, y que, desde Montes á Lagartijo, han usado infinitas veces todos los maestros.

Los bueyes de sentido deben morir así.

Y *sonríase* usted de los sapientes.

5.º Revoltoso y juguétón.

Murió de una estocada corta, por las mismas agujas. Palmas á granel.

6.º Incierto y receloso. Trasteo, regular. Un pinchazo y una estocada un poco caída, mojándose las uñas el matador.

Aplausos.



Los toros; terciaditos. El primero me pareció el más hecho.

En la lidia no se mostraron los de Cámara á la altura de la reputación de la ganadería. Recargaron poco y se dolieron pronto al castigo.

Vaya en descargo de los cornúpetos las faenas de los picadores. Créo que no se puso un puyazo en su sitio. Si los toros se traían poco de casa, calculen ustedes lo que resultaría hundiéndoles el palo en los costillares.

De los peones, ninguno. Para matar seis toros en una tarde es absolutamente necesario un par de buenos ayudantes. Lagartijo y Guerrita solían llevar á un tal Juan Molina, que mataba con el capote más que ellos con la espada.

Banderilleando, Malagueño.

—Los buenos banderilleros encuentran toro en todas partes—decía Pablo Herráiz.

Y ayer lo demostró Malagueño, clavando bien y de prisa cuatro pares monumentales.

Fuentes puso un buen par, cambiándose, y otro desigual y caído, de frente.

Con el capote, muy bueno. Toreando de brazos y pasándole los pitones por las chorreras de la camisa.



Fué la de ayer una gran tarde para Fuentes.

Es labor que tiene muchos perendengues la de matar en esta Plaza seis toros, sin que el público bostece y se duerma.

Fuentes entretuvo ayer á las masas, y luchando con las malas condiciones de los bichos, logró que la corrida fuese muy aceptable.

Empresa tal, sólo es para un buen torero.

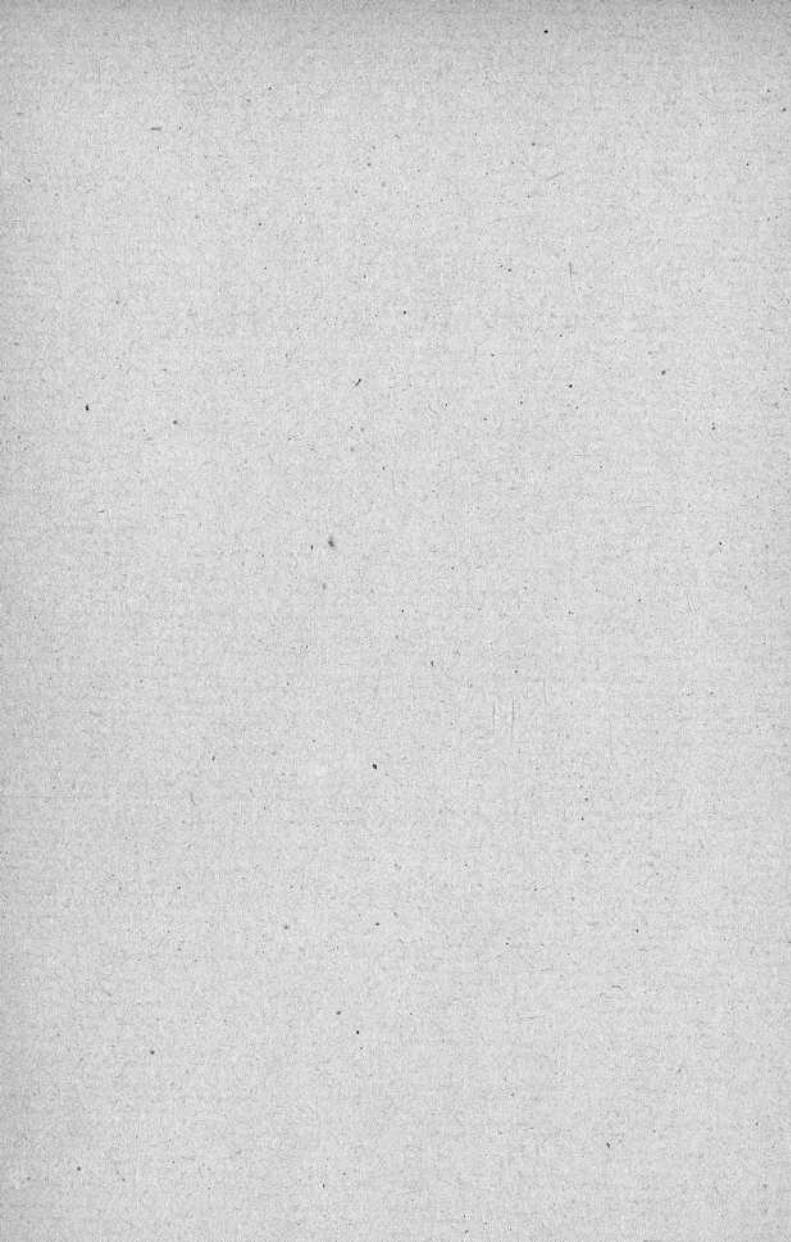
Si otros piensan de distinta manera, allá ellos con sus opiniones. Yo me quedo con la mía, que creo sea la *chipén*.

Y no olviden los *intransigentes* la contestación del baturro:

—Hágalo usted vivo, que como le quieran muerto... ¡á buena tierra va!

Que viene á ser lo mismo que yo digo:

—Siga Fuentes por ahí y le aplaudiremos siempre... Si guarda el bulto y se echa fuera... ¡en buena tierra está!





## La cabeza de "Berberino,"<sup>(1)</sup>

¡Tute de maestros!  
¡¡Bola, señores!!

No voy á incluir en el tute al maestro Fuentes—MAESTRO, así como suena—ni á D. Eduardo Miura, maestro en el arte de criar reses bravas, que maestro es quien cría un toro como *Berberino*—jugado ayer tarde en quinto lugar—. *Mi* tute es muy otro, pues se trata de maestros en el oficio del bien hablar, oficio que viene á ser, según mi cuenta, de mayor peligro y más expuesto á una *cogida* que el que, entre aplausos mil, ejercen Mazzantini, Fuentes y Machaquito.

Oído al parche y atención al juego, que hoy van á pagar hasta los *mirones*.

Leí hace días, en estas mismas columnas, que Fuentes había brindado en la Plaza de Bayona la muerte de un toro de Adalid, nada menos que á *Fernanflor*. El bicho rodó de una estocada por todo lo alto, administrada con coraje y sabiduría.

¡Aquí te cojo, aquí te mato!

---

(1) Corrida celebrada en Madrid el 1.º de Octubre de 1900

La deducción es lógica. *Fernanflor* va á los toros.

Al día siguiente, un telegrama de Oviedo, dándonos detalles de la corrida que se celebraba en aquella Plaza, terminaba diciendo:

—*Clarín* ocupaba una barrera del 7;

¡Aquí te mato, puesto que te cojo aquí!

Postulado al canto: *Clarín* va á los toros.

Tengo, pues, en mi mano un juego formidable. A la cabeza, una pareja de maestros que

pese al sempiterno alarde  
de alharacas sempiternas,  
también les bailan las piernas  
los domingos por la tarde;

y como no he de ser tan inocente que desaproveche unas cartas así, ¡agarrarse, señores!, por si acaso.

¡*Fernanflor* y *Clarín*! La Espada y el Basto. Como *malilla*, Fuentes, que viene á resucitar maestros, y las seis cartas restantes, seis triunfos, los seis toros de Miura, bravos, duros y secos que se lidiaron en la corrida 13.<sup>a</sup> de abono.

Puede *El Correo*, que lleva la mano, salir por donde quiera.

¡Agarrarse, señores!

Navarrete, el ilustre autor de *María de los Angeles*, no va á los toros—á mí no me consta, pero basta que él lo diga—, y Ferreras, el maestro Ferreras, protesta de la fiesta nacional con todo el vigor de su pluma sagastina.

Juego en contra, aparte de estos estuches, *un porción* de adhesiones contra las corridas de toros. El enemigo está bien pertrechado y conoce los secretos de la partida. La lucha promete ser interesantísima, pero muy breve.

Sale *El Correo* (de noche, porque es periódico de la ídem), por el ilustre Navarrete.

Fallo á Navarrete con *Fernanflor*.

Arrastro—en el buen sentido de la palabra—de *Clarín*... Se rinde Ferreras.

Y continúo con Fuentes, ante cuya sabiduría inclinan la cabeza los antitaurinos, y sigo con los seis miuras de ayer, que á cualquiera, por tresillista que sea, le hace liar el petate y salir por pieses.

¡Bola, señores! ¡He doblado las nueve bazas!  
¡A pagar, mirones! Y, como fin de partida, gritemos á pulmón herido: ¡¡Vivan las corridas de toros!!



Bromas aparte, yo creo que cuando dos maestros de las campanillas de *Fernanflor* y *Clarín* autorizan con su presencia el espectáculo, no debe ser éste tan repugnante y salvaje como afirman los otros dos maestros, Navarrete y Ferreras.

Y creo también que Ferreras y Navarrete concluirán por adherirse á mí y ser *eternos* abonados á una (ó dos) barreras del uno, y que Fuentes, Lagartijo ó Mazzantini les brindarán el mejor día un toro, diciéndoles, montera en mano:

¡ Salud, aficionados entusiastas !  
 Sois sabios y os venero,  
 que es de sabios, según la frase reza,  
 el *mudar de consejo*.

### Quo vadís, fuentes?

— *¡ De la inmortalidad al alto asiento !*

— Pues lleva usted buen camino. A poquito que se empine, tate á D. Antonio ocupando el *gran sillón*, vacante desde la retirada de Guerrita.

Con unas cuantas tardes como la de ayer, veremos á Fuentes empuñando el cetro taurino, cubriendo sus hombros con un capote de brega *plagado* de billetes de Banco y en la cabeza una corona de palmas... y tabacos.

Figuráos que el segundo miura llegó á la muerte incierto, recelosillo y achuchando de puro bravo; figuráos al maestro á dos pasos de la cara, aguantando mucho, empapando y desengañando al cornúpeto, que se traía sus ilusiones; figuráos el matador arrancándose muy corto, y ved el estoque enterrado hasta el puño en el morrillo.

Y no os figuréis la ovación que estalló en la Plaza, porque el ruido de los aplausos, aun figurados, os dejarían sordos. La faena fué de maestro. Matar como mató Fuentes al segundo miura, si éste hubiese llegado al trance supremo como llegó el primero, hubiera sido trabajo de mucho lucimiento, pero de *poca miga*.

Matar un toro suelto y bravucón como le mató Fuentes, es empresa magna, reservada á los grandes maestros.

Pero no enfunden ustedes los anteojos, que aún falta mucho que ver.

Fué *Berberino* el toro de la tarde. Chorreado en verdugo, astifino, ojo de perdiz. Bravo y duro, hizo en el primer tercio una faena superiorísima, arrancando siempre derecho, desmontando al picador y llevándose en la cabeza al jaco buen trozo de terreno. Así mató cinco caballos.

Llegó la hora suprema, y Fuentes tendió la muleta, dando un pase natural...

### Cogida de Mazzantini

D. Luis recogió á *Berberino* en el capote, y después de recortarle le dejó cuadrado ante el espada.

—Muchas gracias, D. Luis—le dijo Fuentes—; pero déjeme usted solo.

Mazzantini saludó y se retiró cuatro ó cinco pasos.

*Berberino*, mal educado y poco ducho en cuestiones de etiqueta, se arrancó sobre los maestros cuando éstos terminaban el diplomático incidente.

Fuentes se libró del achuchón con la muleta, y al salir el bicho de entre los pliegues de ésta, tropezó con dulzura á D. Luis, derribándole en la arena.

Un grito de angustia salió de todos los ámbitos del circo.

*Berberino* tenía entre sus patas á Mazzantini y le buscaba con la cabeza. Fuentes y Tomás se

arrojaron sobre el miureño, empapándole con la muleta y capote. Pasarían de doce los derrotes que tiró *Berberino* para empuntar á D. Luis; pero éste, defendiéndose con serenidad, logró salirse del horrible cepo, á tiempo que Fuentes se quedaba con el bicho, consintiéndole con el físico.

Se levantó D. Luis ileso y estrechó la mano de Fuentes.

El público ovacionó á los dos espadas y respiró libremente al ver que el lance no había tenido consecuencias tristes.

Fuentes, arrancando á media vara de los cuernos, arreó un volapié soberano. Rodó el bravo *Berberino* como una pelota, y la plebe hizo al valeroso espada una de las ovaciones más estruendosas que hemos oído en Madrid.

El toro merecía una muerte así.

Yo, que no tengo en mi casa ni el más leve recuerdo taurino, y que no soy aficionado á conservar nada que me haga tener presente ninguna hazaña famosa, porque las que lo fueron las conservo en la memoria, hubiera mandado cortar la cabeza de *Berberino* y la hubiera colocado en lugar preferente, pues confieso que me entusiasmó el bravo miureño, me «hizo palidecer» la cogida de Mazzantini y toqué las palmas con verdadero frenesí al maestro sevillano.

Era, como recuerdo de muchas cosas, una gran cabeza la cabeza de *Berberino*.

Y quizá, algún día, nos hubiesen dado por ella los ingleses hasta el Peñón de Gibraltar.

# La decadencia de fuentes <sup>(1)</sup>

## ¡Todos contra mí!

Ayer tarde, cuando parte del público abucheaba á Fuentes, porque, incierto y desconfiado ante uno de los muruves, ponía á contribución su indiscutible maestría buscando arrumacos y alivios impropios de un torero de su fuste, se le oyó decir, con voz dolorida, con lastimoso acento:

—¡TODOS... TODOS CONTRA MÍ!

Se equivocca el maestro.

De todos los grandes toreros que yo he conocido, y recuerdo al Gordito en el apogeo de sus facultades—¡qué viejo soy!—ninguno, ni Lagartijo, ni Frascuelo, ni Mazzantini, ni Guerrita, han sido menos discutidos que Fuentes.

Desde aquella infausta tarde en que el toro «Perdigón» mataba al Espartero en la Plaza de Madrid; desde aquella tarde en que Fuentes logró sobreponerse á la profunda emoción que la trágica muerte de Maoliyo causó en todos los espectadores; desde aquella tarde en la que, el hoy maestro Fuentes, apuntó como torero de primera

---

(1) Corrida celebrada en Bilbao el 19 de Agosto de 1907.

fila asumiendo la dirección de la lidia, cuando el pánico se enseñoreaba de todos los corazones; desde entonces la fama de Fuentes comenzó á subir como la espuma, rápida, veloz, sin que á la ascensión se opusieran apasionamientos siempre disculpables, ni envidiosas emulaciones, ni intereses mercenarios.

Fuentes llegó al primer puesto en el momento mismo en que Guerrita se cortaba la coleta.

Retirado á su casa de Córdoba aquel coloso del toreo, Fuentes asumía las riendas del gobierno, declarándose presidente del Consejo.

Maura, con ser hombre de gran estrella, necesitó que asesinaran á Cánovas en Santa Agueda; que sucumbiese, aún joven, Gamazo; que amargado Silvela por envidias é ingraticudes, buscase el reposo lejos de las luchas políticas; que muriese, casi de repente, Villaverde, para llegar donde hoy está.

Fuentes, no. La retirada de Guerrita le hizo amo y señor del cotarro taurino.

Los méritos que regateábamos á Lagartijo y Frascuelo, se los concedimos á Fuentes de golpe y porrazo.

Guerrita tuvo que irse á casa, porque los públicos le perseguían irritados, martirizando su vida con injustas reconvenciones.

A Reverte lo admirábamos, pero le compadecíamos.

—¡Es un loco! ¡Es un suicida!—gritábamos todos.



Murió Espartero sin que la crítica taurina le concediese el tercer entorchado.

Fuentes fué capitán general desde que desapareció el Guerra.

Este dijo, en un rato de mal humor:

—Después de yo, *naide*. Después de *naide*, Fuentes.

Pero á pesar de ese *naide*, que es todo un poema, Fuentes fué encaramado al trono, y lagartijistas y frascuelistas, los de Reverte y los de Guerrita, le proclamaron emperador de todas las Rusias astadas.

De triunfo en triunfo, de aclamación en aclamación, ha recorrido Fuentes la senda de los privilegiados.

Nadie ha discutido nunca su inteligencia, su valentía, su elegancia y su arte.

Crece Bombita, hasta tocar en el cielo con la cabeza; *se come* Machaquito los toros crudos; se alborotan las multitudes con los dos muchachos, y, sin embargo, la fama de Fuentes, su reputación sólida, granítica, no disminuye ni en un adarme. Es la piedra de la copla.

Su fama es como la piedra;  
donde la ponen, se está.

De resultas de una lamentable cogida se merman considerablemente las facultades del maestro. Es tanta su ciencia, que con una pierna casi inservible sigue luchando contra los cornúpetos,

entusiasmando á las multitudes y conservando el número uno, tan fácilmente conquistado.

Bomba y Machaco caminan con asombrosa celeridad por la línea ascendente, Cada día están más bravos, más *bonitos*. Cada vez enloquecen más á las masas...

¿Pero quién osaría arrojar á Fuentes del trono que ocupa?

Nadie lo ha pensado. Nadie se atrevería á tanto.

Y, sin embargo, Fuentes, en visible decadencia, porque sus facultades no le permiten mayores milagros, supone ahora que el público se le vuelve, que las envidias, mal contenidas durante su carrera triunfal asoman hoy la cabeza porque le ven vacilar en la presidencia del Consejo.

Fuentes se equivoca.

Nadie quiere arrebatarle el cetro.

Lo que pide y desea el público de Bilbao, como el de Madrid, como el de Sevilla, como todos los públicos, es que un maestro de su categoría, que cobra por corrida lo que cobraron aquellos grandes colosos hoy desaparecidos, *haga algo* que justifique su reputación, *algo* con que poderse defender de los ataques que algún aficionado descontentadizo pudiera dirigirle.

Y la prueba, clara y terminante, la tuvo ayer mismo, una hora después de haber exclamado, dolorido y triste:

—¡TODOS CONTRA MÍ!

En el cuarto toro hizo con la muleta una ha-

bilidosa faena, y á querencia de los tableros, buscando la ayuda del toro, que en tal terreno hace mucho por el matador, dió una gran estocada.

¿Se le aplaudió? A rabiarse. ¡Naturalmente!

La pierna de Fuentes no le permite confiarse mucho en la suerte natural—el matador de cara á los tableros—y el maestro—¡por eso es maestro!—procura entrarles con los terrenos cambiados, para que el toro haga lo que él no puede hacer.

A todos nos parece de perlas el recurso, y por ello nadie censura á Fuentes.

Tranquilícese el torero menos discutido y más halagado. Nadie le quiere mal.

Si Guerrita hubiera salido á la plaza tan caído de facultades como ahora sale Fuentes, probablemente le hubiéramos fusilado por la espalda.

—¡Que se vaya! ¡Que se vaya!—gritarían todos.

A Fuentes, cuando mata como mató ayer el cuarto toro, se le aclama con delirio.

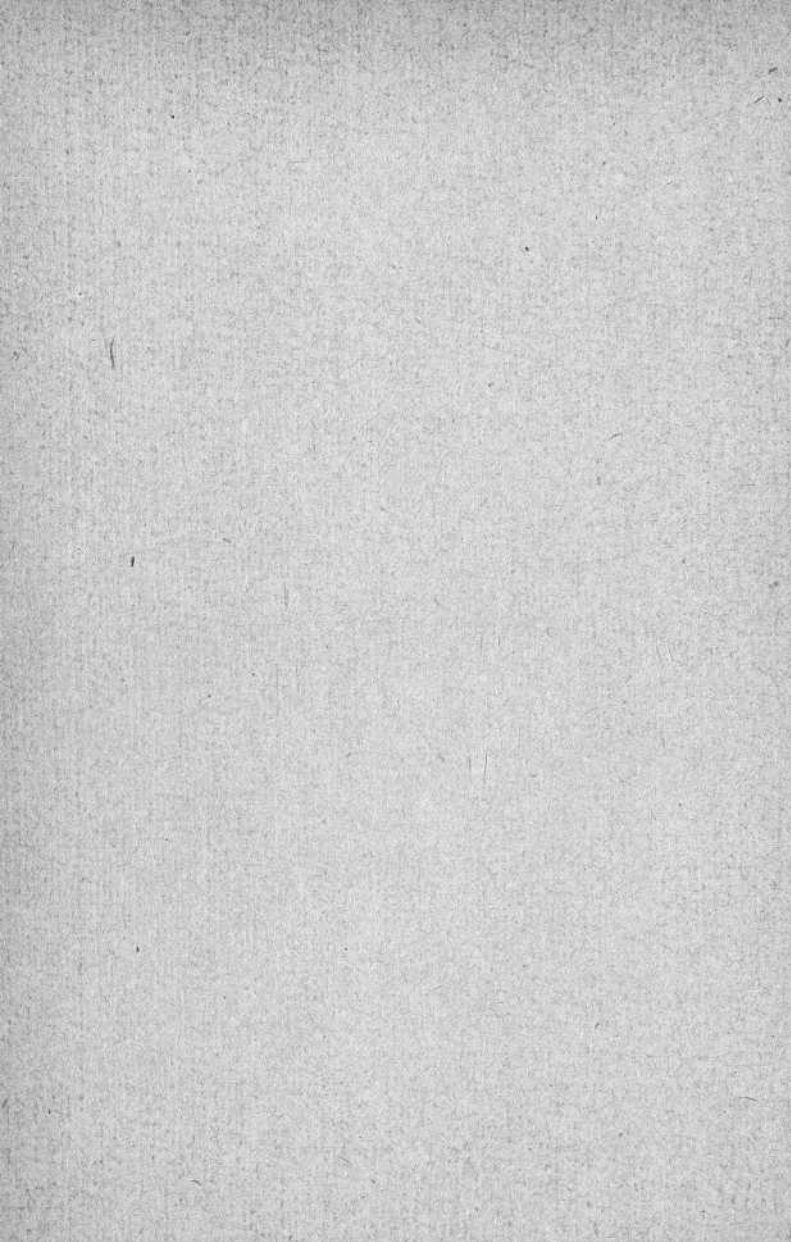
¿Ve el maestro la diferencia?

—¡TODOS CONTRA MÍ!—dice Fuentes.

No, maestro. ¡Todos con usted!

Pero cuando el viento lo arrasa todo, dijo el poeta:

Sólo algún alma insensata,  
en momento tan aciago,  
culpa al viento del estrago,  
y no á Dios que le desata.



# Despedida de fuentes <sup>(1)</sup>

## ¡Otro que se vá!

El domingo próximo toreará en Madrid, por última vez, el afamado matador de toros Antonio Fuentes.

No es hora la de ahora para trazar en unas cuantas líneas la fisonomía de un gran torero, que abandona la profesión, no por falta absoluta de facultades—que aún conserva bastantes—, sino porque, pundonoroso y altivo, no quiere ceder el primer puesto á quienes, por sus méritos indiscutibles, forzosamente tendría que ceder.

Fuentes podría torear ocho ó diez años más, sustituyendo la visible merma de facultades con su extraordinaria sabiduría en el arte. Un torero como Fuentes, de lo que menos necesita para seguir triunfando es de las piernas.

Pero ese número uno en el escalafón taurino, ese lugar que pasó á ocupar, cuando el coloso de Córdoba, Guerrita, se dió un corte definitivo en la coleta, no puede ocuparle como hasta aquí, porque «otros vienen empujando», y precisa una resistencia formidable para mantenerse en él.

---

(1) Publicado en *El Liberal* el 2 de Abril de 1908.

Por eso se retira. Su amor propio—una de las más estimables cualidades que debe tener el toreo—no le consiente permanecer en la brecha en segundo lugar.

Sin que la observación sea producto de ninguna idea contraria á la celebridad de Fuentes, reconozcamos que el anuncio de su retirada no ha producido en la afición la impresión que, dada su categoría, era lógico que produjese.

Ni frío ni calor ha causado á nadie la noticia.

Y todos reconocemos en Fuentes, como lidiador de reses bravas, merecimientos que quizás no llegue á sumar ninguno de los actuales lidiadores. Su inteligencia, su clasicismo, su vergüenza torea, son y han sido indiscutibles. Nadie le ha regateado el elogio, ni ha osado disputarle el primer puesto, y, sin embargo...

¿Por qué no decirlo?

Fuentes no ha sido simpático á la gente. «No ha tenido ángel»—que dicen sus paisanos.

Aquel gran Lagartijo se llevaba detrás de sí á todas las muchedumbres.

Era un ídolo por su simpatía...

Frascuelo, vanidoso y fanfarrón, cautivaba á las multitudes. Se reían y celebraban sus fanfarro-nadas. Era simpático.

Guerrita, no. Guerrita, como Fuentes, por su suprema maestría en la lidia, tenía por miles los adoradores; pero no tenía amigos. Se le toleraba por su grandeza; pero nada más.

Fuentes, rígido, engolado, tieso como el moli-

nillo de una chocolatera, no ha poseído la «flexibilidad» necesaria para crearse apasionados. Se le ha admirado como torero. Como particular ha contado con muy pocos amigos.

Pepe Sabater, Mariano Benlliure y dos ó tres más. Jimeno Vizarra, el aragonés más bueno que yo he conocido, es tal vez el mejor amigo de Fuentes. Pero Jimeno, por su bondad y su benevolencia para con las ajenas flaquezas, soportaría á Rodríguez San Pedro sin pestañear, con la sonrisa en los labios. Por eso no es argumento su gran intimidad con Fuentes para destruir mis afirmaciones.

¡Y quién duda que la retirada de Fuentes significa una dolorosa pérdida para el arte taurino!

Y vaya una declaración mía, que no he hecho hasta hoy, y que sorprenderá seguramente al gran torero, que veremos en Madrid por última vez el domingo próximo.

A mí Fuentes no me es antipático.

El cree lo contrario, y así se lo ha dicho á mucha gente.

En cierta ocasión fuí huésped suyo en su magnífica finca La Coronela, cuando, con Eduardo Muñoz y Angel Caamaño, fuimos á invitarle para que tomase parte en una corrida de la Prensa. Fuentes «se deshizo» en atenciones con nosotros; su amable esposa, una señora de distinguida educación, buena y virtuosa, que adora en su marido, puso á contribución todas las delicadezas de su espíritu para hacernos grata la estancia en su casa. Fui-

mos á La Coronela á pasar cinco horas y nos estuvimos cuatro días...

Fuentes está equivocado. Ni me es antipático, ni contra él me animan desatenciones por su parte ni resquemores de ningún género. En mis escritos de toros se pueden sacar espuelas de adjetivos laudatorios aplicados al gran torero de Sevilla.

Pero á la gente, en general, no le es simpático. ¿Se puede negar lo que es más claro que la luz meridiana?

Si vivieran Cánovas, Gamazo ó Silvela, no sería Maura jefe del partido conservador, ni presidente del Consejo de ministros.

Si no hubieran muerto Lagartijo y Frascuelo y retirado Guerrita, nunca hubiese Fuentes ocupado el número uno en el escalafón taurino.

La noticia de la muerte de Lagartijo y la que se recibió de Zaragoza anunciando la retirada de Guerra, causaron en la afición sensación inmensa, indescriptible, colosal.

Cuando D. Antonio Maura se decida «á cortarse la coleta», para ceder los trastos taurinos á Besada ó Sánchez Toca, caerá la noticia en medio de la mayor indiferencia de las gentes.

Y puede que ni el mismo Canals encuentre en su pluma, dos adjetivos amables para el epitafio.



# La última corrida de fuentes

---

(5 DE ABRIL DE 1908)

## Seis de Veragua.—fuentes, Bombita, Machaquito

Dicen que no son tristes  
las despedidas.  
Dile al que te lo ha dicho  
que se despida.

Sí, señores. No hay nada más triste que una despedida. Para mí, al menos.

Sólo cuando la fuerza de las circunstancias me lo imponen, acudo á la estación á despedir á alguien. Si puedo inventar un pretexto ó poner una excusa, no voy.

Y no es que el viajero pertenezca á ese grupo de seres que todos tenemos en el corazón y por los que se daría partè de la vida, si hiciera falta, no. Uno cualquiera que se aleja de mí por tiempo indeterminado, me produce con su marcha melancólica sensación. ¿Volveré á verle? Como no es posible garantizar la respuesta, no encuentro alivio á la pena que su alejamiento me causa.

A los entierros tampoco voy. Aquél se despide para siempre de mí. A ese sí que no volveré á verle nunca.

¿Cabe mayor tristeza, amargura mayor?

El que se va se lleva «algo» que formaba parte de nuestra propia vida. Unos se llevan la vida entera, otros la memoria de días amables y venturosos, aquél muchas ilusiones, el de más allá recuerdos, alegres ó tristes, pero recuerdos que eran en horas de fatiga lenitivo á nuestros dolores, á nuestros desfallecimientos...

La despedida de Fuentes, aun hecha cara al sol, con el circo rebosante de gente, que aclama al diestro con gritos de férvido entusiasmo, hecha al arrullo de miradas femeniles, que alumbran y alegran el corazón, me supo á mí á misa de «Requiem», á funeral de primera clase, si ustedes juzgan que en la ceremonia concurren los indispensables elementos para que así fuera; pero funeral, al fin.

Fuentes se lleva muchas cosas. A los aficionados viejos se les lleva el toreo serio, clásico; á los nuevos, la elegancia y la inteligencia en el arte. Los que conocimos á Lagartijo, no olvidamos la figura incomparable de aquel Petronio de taleguilla y moña. Los que no le conocieron admiraban en Fuentes sus aristocráticos andares, sus actitudes de gran señor.

A mí se me lleva el recuerdo de aquella terrible tarde de Mayo en que moría el Espartero, herido por el miureño «Perdigón». En aquella época aún era yo de los creyentes; aún me permitía discutir en el café, con concienzudos aficionados, las faenas de éste ó del otro espada; aún iba á los

toros con el corazón reventando de júbilo y los ojos congestionados por el entusiasmo; aún pensaba que el arte taurino, por haber nacido y vivir en España, era lo primero de lo primero en nuestra tierra, por lo que todos los nacidos bajo este sol debíamos luchar sin descanso.

Ahora... Ahora sólo veo á Mosquera. Y voto por la total desaparición de la flamante fiesta, de la que dijo Ricardo de la Vega,

que ni el Gobierno la abole  
ni habrá nadie que la abola.

¿Para qué, si ella sola se va aboliendo poco á poco?

Ayer, Guerrita.

Luego, Mazzantini.

Hoy, Fuentes.

Mañana, Bomba y Machaco.

Y detrás..., ¡el diluvio!

### ¡Buena corrida!

¡Muy bien, señor duque! Así se conduce con un torero de la categoría de Fuentes un ganadero de la categoría de usted.

Los seis toros fueron hermosísimos, admirablemente presentados, bravos y nobles. Fuentes le vivirá siempre agradecido.

Lo que no pudo usted hacer con el inmenso Lagartijo, por razones que no son del caso señalar, lo ha conseguido usted para Antonio Fuentes. Seis magníficos cornúpetos. ¡Qué suerte!

Y como la fortuna acompaña siempre al torero que ayer toreó en Madrid por última vez, en el sorteo previo le correspondieron, de entre los seis nobles bichos, los dos más nobles, más suaves, más manejables.

El maestro se aprovechó bien de la suerte.

Al primero—un burro con cuernos—le toreó con suprema elegancia, y, después de pincharle superiormente, le atizó un sopapo soberbio, mojóndose los dedos. Faena magistral. Ovación tan grande como merecida.

El cuarto, bravo y suave, le muleteó con sobriedad y lucimiento, y después de recetarle una corta contraria, haciendo mucho por el animal, le descabelló al primer empujón.

El toro era negro, zaíno y se llamaba «Campanero». Detalles para la historia.

Y, ¡vaya usted con Dios!

La despedida ha sido excelente.

El pobre Lagartijo la tuvo bien desdichada. La de Frascuelo no fué cosa mayor. Mazzantini y Guerra no se despidieron del público de Madrid...

Usted, sí, y con mucha fortuna.

Créanme á mí, que soy justo é imparcial, y creo no haberme apasionado nunca en materias taurinas.

Digo y sostengo que Antonio Fuentes, desde aquella tristísima tarde de Mayo—¡pobre Espartero!—hasta la de ayer, desapacible y fría, ha sido el torero de más suerte, por todos estilos,

que nació de madre. Ha podido con todos. Hasta con Mosquera.

## Bomba y Machaco

Dos líneas nada más para los dos grandes lidiadores que han acompañado á Fuentes en su despedida.

Bombita, como siempre. Un torero grandísimo.

Machaquito, el matador de toros inconmensurable. Dos grandes estocadas á sus dos toros.

Ricardo, heredero de Fuentes como supremo dictador de capote y muleta, hizo verdaderas maravillas con ambos «artefectos». Al quinto le dió, burla burlando, la estocada de la tarde.

## ¡Adiós, maestro!

La Plaza, llena. El mujerío, aplastante.

Todo ha concluído.

Fuentes se fué entre aclamaciones entusiastas.

Mucha alegría, muchas mujeres guapas, muchos aplausos.

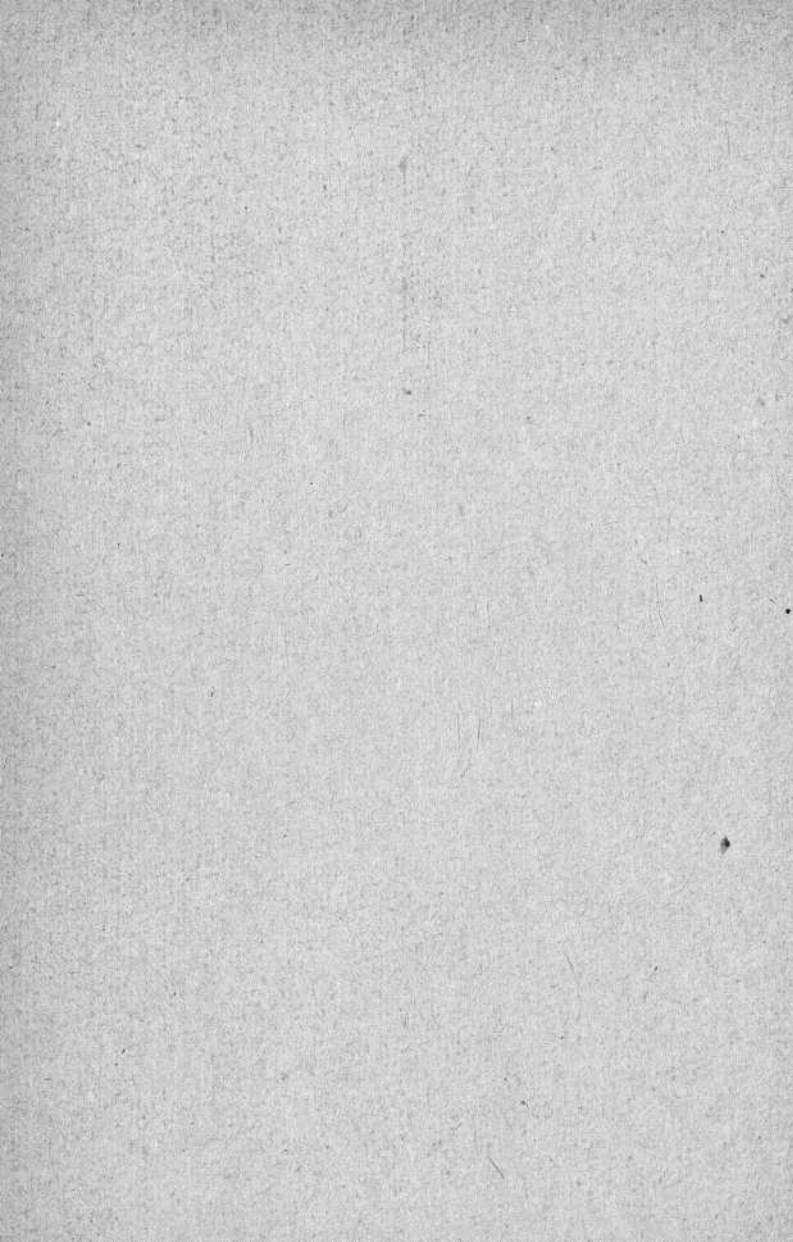
Y, sin embargo...

Dicen que no son tristes  
las despedidas.

Dile al que te lo ha dicho  
que se despida.



**Ricardo Torres**  
(Bombita)





# Bombita

---

Y entro ahora en la parte más difícil y peligrosa para mí. La más difícil, porque me ha de costar muchísimo trabajo sustraerme á la influencia del ambiente en que se ha procurado envolver el nombre y la fama del primer torero contemporáneo. Peligrosa, porque he de intentar dar de mano á cuantos prejuicios y prevenciones pudieran asaltarme en el camino, firme en mi propósito de ser imparcial y justo, aun á trueque de perecer en la demanda.

Si las aguas corrieran por su cauce natural, sería empresa sencillísima la que yo en estos instantes acometo; con dejar á la pluma su lógica y natural expansión, respondiendo á los dictados de un pensamiento sereno, hondo é inmutable, saldría del compromiso en cinco minutos, sin riesgo alguno, ni descalabradura que lamentar. Pero las cosas se han puesto de un color tan feo, se han torcido de tan lastimosa manera, que yo, al emprender la marcha por esta peligrosa senda, he de andar con pies de plomo, y he de enfrenar mi mano con esposas de hierro para caminar lento y

con cuidado, pues conviene evitar caídas y tropezones, que pudiesen tener para el porvenir gravísimas consecuencias.

En estas opiniones mías, tengo el consuelo de ver que me acompañan personas serias y sensatas, muy versadas en asuntos taurinos. Personas que no ceden á la impresión del momento, y que no se dejan llevar de prejuicios y fantasías infantiles. Personas que, por su cordura y sana intención, merecen ser atendidas con respeto.

En tan buena trinchera y con tan excelentes compañeros de lucha, requiero el fusil, afino la puntería y «doy gusto al dedo».

¡Apunten!... ¡¡Fuego!!... ¡¡¡Pum!!!...



Bombita es el número uno de los toreros que ejercen hoy la profesión. Hállase situado á bastante distancia de todos los demás. Después de Guerrita, no ha habido otro tan inteligente y tan completo. No ha llegado á igualar al coloso de Córdoba, en aquel su inagotable caudal de recursos, ni en su inconcebible, casi sobrenatural, conocimiento de las reses. Pero con la muleta, en esta hermosísima suerte, donde precisa una cantidad de condiciones extraordinarias, que sólo los privilegiados logran reunir, supera en mucho al gran fenómeno de coleta, que se llamó en el mundo del arte, Rafael Guerra (Guerrita).

¡Profanación! ¡Locura! ¡Sacrilégio!

Ténganse un punto en su indignación los protestantes, y permítanme que continúe.

Digo y repito, serena y fríamente, que Bombita, con la muleta, es muy superior á Guerrita. Pisa el terreno de los toros, que aquél no pisó nunca, y domina á los brutos con tanta seguridad, que es casi imposible un accidente desgraciado, en este momento de la lidia. Y eso que los pitones no es apartan ni un solo instante del cuerpo del torero y que pasan en cada muletazo, con matemática exactitud, á una imperceptible distancia del mismo.

¿Es ciencia? ¿Es instinto? ¿Es inspiración? No lo sé, ni he tenido nunca interés en averiguarlo.

Si me han sorprendido, me han producido admiración estas apretadísimas faenas, emocionantes y peligrosas, que algunos consideran deficientes porque el diestro, al realizarlas, «abre demasiado el compás».

Cierto que Bombita separa mucho los pies en algunos pases, y que él dice que es condición indispensable para «cargar la suerte». Yo creo que no precisa abrirse tanto para que el toro obedezca al brazo del espada; pero reconozco—un simple ensayo basta para convencerse—que con las piernas tan separadas, el peligro es mayor, porque no se puede enmendar el diestro hasta que el toro ha recobrado su terreno.

Empapar al bruto en los vuelos de la muleta, con los pies un poco abiertos para cargar la suerte

y juntarlos cuando ya han pasado los pitones por el sitio del peligro, será todo lo bonito y artístico que ustedes quieran; pero es menos verdad que lo que hace Bombita, aunque no resulten sus faenas tan vistosas y elegantes.

Con dos muletazos se apodera Bombita de los toros, dejándoles llegar, empapándoles en el engaño, marcándoles, á pie quieto, aunque abiertos, el terreno donde deben ir. El toro «se desengaña» pronto. «Se come» la muleta, por manso que sea, creyendo que hay carne segura, y en estos dos ó tres lances, para los que son indispensables vista, serenidad y valentía, confirma el diestro lo que había previsto al tender la muleta ante la cara de la res, ó descubre algún defecto ó alguna dificultad, que luego procura corregir, con pases más ó menos lucidos. Para esto sirve la muleta. Para esto la han usado siempre los grandes lidiadores.

Como no todo han de ser flores y abalorios, debo censurar á Bombita el abuso del trapo rojo en toros que no ofrecen obstáculo para la muerte, á los que se debe herir pronto, para evitar que adquieran defectos que no tienen, y que luego dificultan la terminación de la faena. Bombita suele coger pocos toros de esta clase, y por eso, cuando la suerte le depara uno en tan excelentes condiciones, «se entusiasma con él», le apura hasta que no puede más, como el incorregible fumador que se resiste á tirar la colilla del gran cigarro, aunque aquélla le abrasé los dedos.

Eso no se debe hacer, porque generalmente se dispara la escopeta y sale el proyectil por la recámara. Muchas faenas que empezaron superiormente, entre aclamaciones y gritos de entusiasmo, concluyen mal, por empeñarse el diestro en alargarlas más de lo justo.

Decía antes que Bombita pisa el terreno de los toros, como no lo pisó nunca ningún otro lidiador. No ha habido torero que haya estado como él, tan cerca de los toros. Sus piernas de acero y su corazón de bronce se pueden permitir «este lujo», que suele costar caro alguna vez.

No hay toro difícil que resista un castigo así. El diestro concluye por dominar al bicho tan en absoluto, que impunemente le toma su terreno y le vuelve á dejar, como le viene en gana.

Guerrita, que era un asombro en esto como en todo, no llegaba á tanto. Su maravilloso conocimiento de las condiciones del bruto le permitía ensayar los cien mil y un recursos de que era poseedor, y encontraba la manera de suprimir las dificultades y hacer ilusorio el peligro.

Pero siempre desde su sitio, dejando el suyo, franco y libre al animal.

Bombita, en cada muletazo, va mermando el terreno del toro y llega un momento en que se apodera de él, dominando la situación de tan espléndida manera, que forzosamente se juntan las manos para aplaudir y los labios para vitorear.

¿Qué abre mucho el compás? Cierto que sí. Con los pies juntos resultarían las faenas más

artísticas, pero no se aumentaría el peligro; antes, al contrario, creo yo que se amenguaría considerablemente. Con los pies muy abiertos no se puede bailar. Hagan ustedes la prueba. Y en la lidia, el baile es un recurso que suelen poner en práctica los diestros que no se confían, y que dudan y tiemblan ante la cara de los toros.

«Abierto el compás», hay que aguantar á pie firme el chaparrón, venga como viniere, y es prueba segura de que el diestro manda con los brazos, prescindiendo en absoluto de las extremidades inferiores.

Bombita usa de la muleta para corregir los defectos del toro, consintiendo y desengañando al bruto, á fuerza de valor é inteligencia. Siempre á media vara de los pitones y «aguantando mecha» de un modo asombroso, sereno y frío, dueño de sí mismo.

Si menos bonito que Lagartijo, Cara-Ancha, Gallito y Bienvenida, juzgo á Bombita con la bandera en la mano, más completo, más seguro, más «sabio». Sólo el infortunado Espartero, con su «trasteo verdad», puede igualarse al de Tomares, en el absoluto dominio de la muleta.

Hoy, Vicente Pastor, en los pases naturales, llega al nivel de Bombita. ¿Por qué no decirlo?

Y no vale sacar á colación las muchas faenas que hemos visto realizar á determinados toreros del día. Hablo en general, y juzgo el trabajo de Ricardo Torres, desde un amplio y extenso punto de vista. Con borreguillos noblotes y sosos, cual-

quiera de los que visten taleguilla puede llegar á la raya de «lo sublime».

Bombita, estoqueando, baja considerablemente en mérito y consideración. Ya no es el primero, ni el segundo, ni el tercero, ni siquiera el cuarto. Bombita no ha encontrado la muerte á los toros. Casi siempre cuarteá al herir, casi siempre alarga la diestra y escurre el bulto.

¿Será por miedo? La pregunta me parece estúpida, cándida, infantil.

No puede tener miedo, quien acaba de realizar con la muleta, una estupenda faena de valor y temeridad. No puede temer á los pitones, quien los ha sentido rozar por el pecho, muchas veces, minutos antes.

Es que no sabe. Es que no ha aprendido á cruzar. Es que no nació con ese don, si así quieren ustedes que lo llamemos.

Dicen que Pitágoras, el insigne calculista, matemático inmortal, tenía que sumar por los dedos. ¡Y era Pitágoras!

Bombita, á la hora de matar, le cuesta trabajo ímprobo saber cuántas son dos y dos, y es fenómeno inexplicable que quien ha resuelto con imperturbable serenidad, con admirable sangre fría problemas complicadísimos, se atasque en un tan rudimentario ejercicio. En un ejercicio que «de carrerilla» practican soberbiamente alumnos de primer curso, como son y fueron Celita, Malla, Padilla, Felipe García y Cacheta.

¡Pues si Bombita matara como torea!

Yo le he visto un millón de veces entrar derecho á matar, como ve que hacen otros, y á cientos pueden contarse sus estocadas magníficas, hasta el puño; pero aun entonces creí advertir una «indecible dificultad» en el arranque y una casi imperceptible torpeza, en la manera de entrar y salir.

Logra Bombita, con su soberana sabiduría, disimular las deficiencias en una suerte que no ha conseguido dominar, y aquí es donde sus detractores hallan ocasión y carne blanda para aplastar al gran torero con sus burlas, sus protestas y sus ironías. Se me tacha de bombista furioso é irreductible, y reconozco que no he tenido nunca inconveniente en afirmar que de los toreros contemporáneos el que, á mi juicio, reúne mayor cantidad de elementos y aptitudes para ocupar el número uno del escalafón es el diestro de Tomares, Ricardo Torres (Bombita). Tal vez en alguna ocasión haya herido con excesiva violencia el parche del bombo, en honor del de Tomares. Es muy posible que en algunas crónicas taurinas haya apretado las clavijas más de lo justo para ensalzar á Bombita; pero si tal delito he cometido, lo fué, sin duda, por la legítima y honda excitación que me producían las injustas y censurables campañas que se están haciendo, contra el torero más completo que ha existido, después de Rafael Guerra.

No me puedo explicar la actitud del público, especialmente del de Madrid, para con un lidiador que, sin reservas de ninguna especie, ha dado



en todo momento, pruebas palpables y elocuentes de su amor al arte taurino, de su ardientísima vocación, de su bravura ante los cornúpetos, de su vergüenza torera y de su respetuosa consideración para todas las opiniones.

Creo haber probado el motivo que enajenó á Guerrita simpatías y admiradores. Una y mil veces lo diré, y no me cansaré de repetirlo. Guerrita no daba sensación de peligro, porque su inconcebible dominio sobre los toros le hacía desaparecer en absoluto. Con Guerrita no había drama, y por eso el espectáculo perdía su grandeza mayor.

Pero Bombita tiene en su cuerpo treinta y tres cicatrices. Bombita ha perdido en la pelea un dedo de la mano izquierda; Bombita está más tiempo en la enfermería que en la arena; á Bombita «le vemos siempre cogido» en el momento de arrancar á matar, porque no ha logrado hacerse con la muerte de los toros, y es para él empresa erizada de gravísimos obstáculos, lo que fué siempre cosa sencilla y fácil para otros diestros de menor categoría.

Mazzantini, desde la humilde mesa telegráfica de una estación, «salió matando toros», como no los había matado nadie.

Bombita vivirá cien años, y como no tropiece con un «tranquillo» que le permita defenderse y deslumbrar al público en el momento más sensacional de la lidia, no conseguirá nunca con el estoque, lo que ha logrado en las demás suertes del toreo. Ser el primero, ser el indiscutible.

Si Bombita diera el volapié como Mazzantini, no sería Guerra la primera figura de la tauromaquia. ¿Quién lo duda?

Bombita ha llegado al primer puesto, poco á poco, entre gravísimas cornadas y sinsabores de todo linaje. Las mieles del triunfo, saboreadas á pleno paladar, le costaron lágrimas, dolor y sangre. No ha sido un favorecido por la suerte, que lo encontró todo hecho. Ha tenido su correspondiente calvario, bien penoso, por cierto, y hoy, que para la afición sensata é imparcial ocupa el «Gran Sillón», por virtud de méritos y servicios, aún intentan amargarle las delicias de la victoria, unos cuantos desocupados, míseros gozquecillos que ladran á la luna, por no hallar ocupación más lucrativa en qué emplear el tiempo.

No trato de molestar á nadie, pues siempre han sido para mí muy respetables las opiniones ajenas, aun las que juzgo escandalosamente equivocadas. Apunto un hecho y lo censuro con arreglo á la omnímoda libertad que me concede el derecho de crítica, libertad que yo me tomaría, si el tal derecho no me la concediera.

¿Que soy bombista furibundo? ¿Y qué quieren ustedes que sea? Comprendo la estupefacción si me declarara partidario incondicional de Weyler, viviendo en el mundo Bonaparte. No comprendo que se me moteje de apasionado porque juzgue á Bombita como torero de una pieza, de la cabeza á los pies, mientras creo que otros sólo lo son de brazos y en contadísimas circunstancias.

Si yo, por desgracia, adorase un idolillo cualquiera, ó padeciese una simpatía sin fundamento—¿no se padece del corazón ó del estómago—, ocultaría mi debilidad en un rincón apartado y echaría á mis labios las siete llaves del arca del Cid.

¡Pero que soy bombista! Naturalmente que lo soy. Por eso, ya que no por otra cosa, tengo, en cuanto á lógica y sentido común, bien sentada mi reputación.

Decía, hace poco, que no me explico la actitud del público de Madrid y de otros de provincias contra el mejor torero contemporáneo. He procurado buscar el motivo en las transformaciones sufridas por el espectáculo nacional en sus manifestaciones externas, y también he buceado en lo del descanso dominical, que proporciona á esta fiesta un enorme contingente de gente ignorante que tira siempre contra lo establecido, por común acuerdo entre la sensatez y la justicia. Pero en ninguno de esos terrenos he podido encontrar una explicación franca y definitiva al fenómeno que apunto.

A Bombita lo que más le ha perjudicado en el ánimo de las muchedumbres, que juzgan siempre por impresión, ha sido la llamada cuestión de los miuras.

Pongan ustedes un poco de esa secreta antipatía que engendra el mérito positivo al manifestarse públicamente—envidia diría yo—y «un mucho» de lo que las gentes creyeron intolerable imposición del que está arriba para anular de un

solo golpe á los que abajo viven, y tendrán ustedes explicada—al menos así me la explico yo—la conducta del público, actitud de rebeldía y protesta, contra un lidiador de toros muy grande, contra el primero de los lidiadores de hoy.

Aquella cuestión de los miuras fué para mí una heroica hazaña de Bombita y Machaquito, y en su tiempo lo dije, y puede que alguna vez me lance á repetirlo, con abundante acopio de pruebas y razones. Pero se planteó de tan desdichada manera, que lo que debió ser un triunfo resonante y una ejecutoria de inestimable valor para los diestros que la iniciaron, se convirtió en fracaso ruidoso, en descrédito y en populachería.

Las gentes descargaron el palo de sus odios contra el torero de Tomares, aliviando mucho en los golpes á Machaquito, porque al fundar en el miedo el móvil de la campaña, no se atrevieron á declarar coparde de golpe y porrazo á quien, como el diestro de Córdoba, se comía los toros crudos, fuesen de Miura ó de Perico el de los Palotes. Pero Bombita, que cuarteaba al herir, que mata con ventajas y que no se confía en la suerte suprema, á ese sí se le podía acusar de «prudente», sin que las piedras de la calle abandonasen sus lechos para protestar.

El público tiene cosas de niño. Se le convence en seguida. Basta enseñarle un dulce ó prometerle un juguete, para que dé la mano al primer desconocido que se presenta y abandone á los que por él han velado y sufrido.

En aquella cuestión, ya habrá día que se pruebe, las gentes incautas se cegaron al resplandor de un sol de guardarropía, y lo que era un altísimo rasgo de altruísmo, que sólo puede nacer y anidar en magnánimos corazones, se juzgó vil producto de mezquinas venganzas y ridícula contorsión de un miedo insuperable.

Si Bombita y Machaco no tuvieran otros títulos que ofrecer á la consideración de los historiadores, esta su generosa conducta en la llamada cuestión de los miuras, les daría derecho á preciado galardón y á un lugar preeminente en los anales de la tauromaquia.

¡Pero las cañas se volvieron lanzas!

La opinión, á una sola voz, se levantó unánime contra Bombita. Sobre él descargó la furia de la muchedumbre. Hubo hasta quien pidió su cabeza.

Yo no pude permanecer sereno ante el diluvio de injusticias é iniquidades que se sacaron á plaza para anonadar al diestro de Tomares, y con pleno conocimiento del peligro, sabiendo á lo que me exponía, y aun á riesgo de perecer en la empresa, me puse enfrente de la opinión, á la que ya veía despeñarse ciega en el precipicio del disparate, y escribí mi artículo «Mi voto en contra», no sin antes dictar á un notario mi testamento y despedirme para siempre de la familia.

Vino la reacción. Los sensatos, momentáneamente irritados, tornaron á su pristina calma; la sensatez se impuso, y triunfó el sentido común. Los protestantes más truculentos, los que pedían

la cabeza de Bombita á grito herido, me enviaron cartas cariñosísimas—todas las conservo—felicítándome por mi actitud. Algunos aseguraban, que si habían firmado la protesta contra los toreros, no lo hicieron por convencimiento leal, sino por... una miserable copa de vino. ¡Vayan ustedes atando cabos!

Pero el mal estaba hecho. La herida arrojaba sangre en abundancia. Bombita se había restado un considerable número de simpatías, y los que antes admiraban y aplaudían al diestro de Tomares, trocáronse en sus más decididos é implacables adversarios.

Ya no era el primero, ni casi el último. En inteligencia le aventajaba Quinto; en valor, Vicente Segura; en vergüenza, el Moreno de Alcalá, y en hidalguía y compañerismo, el Enagüitas.

Los ganaderos, los empresarios y muchos lidiadores se juntaron contra él, para «quitarle la cabeza». Bombita, maldecido y despreciado, cobraría menos y se allanaría fácilmente á la insana ambición de las empresas. Bombita, toreando menor número de corridas, daría margen á que «Microbio Chico» y «Perendengues» toreasen algunas más. Ya Bombita no se arrimaba, ya no era «gente» con la muleta, ya cualquier chulo de la calle de Sevilla podía competir con él, banderilleando.

El empresario de la Plaza de Madrid, Don Indalecio Mosquera, ofreciéndose á los ojos de la incauta afición como «otra víctima» del Bomba,

vino á colmar la medida. Fué la gota de agua que hizo rebasar el contenido, y el líquido se desparramó tumultuosamente, y los gritos de furia y los violentos apóstrofes contra el gran torero atronaron el espacio y pusieron en precipitada fuga, á los que sensata y honradamente querían estudiar el pleito, para dar á cada cual su merecido.

Bombita, dejando á salvo su dignidad, cedió al fin, y aunque algunas concesiones logró de la Asociación de Ganaderos, no fueron tantas como él se proponía, mirando más por sus compañeros que por sí mismo, pues, bien ó mal, á él no habían de faltarle nunca contratas, y le sobraban recursos para «echar fuera» cuantas corridas de Miura quisieran darle los empresarios.

Cedió Bombita en la parte que afectaba á sus compañeros, previendo dificultades y perjuicios para los que ejercían su misma profesión. En la que se refería á él se mantuvo firme, y en la misma actitud continúa. Se rompieron las relaciones de amistad que le unían al Sr. Mosquera, y rotas siguen, siendo los aficionados madrileños los únicos descalabrados en el litigio, pues se nos priva del mejor torero del día, mientras el empresario hace un bonito negocio con carteles que no están siempre á la altura de la Plaza de Madrid, y Bombita se harta de torear por todos los circos de España.

La afición, sensata é imparcial, desea vivamente que desaparezcan las diferencias que separan á Bombita de D. Indalecio, y que éste consiga es-

criturar al famoso diestro, pues sin su concurso, y á pesar de lo que por ahí se dice, no se puede formar un cartel importante y digno de la Plaza de Toros de Madrid.



Bombita no es un improvisado. No ha sido un niño prodigio. No se le puede citar como un fenómeno de sorprendente precocidad. Paso á paso, de escalón en escalón, ha conseguido llegar al primer puesto de la tauromaquia.

Yo mismo, tachado de bombista furibundo, no creí nunca que aquel muchachuelo pálido y desmedrado, que en cierta tarde del año 1900 tomaba en Madrid la alternativa—con escasa fortuna—pudiera algunos años después ocupar el «gran sillón» que acababa Guerrita de abandonar voluntariamente.

En *El Liberal* del 1.º de Mayo de 1900 puede leerse lo que yo dije á propósito de su alternativa. Véase:

«Nunca segundas partes fueron buenas»,  
Cervantes dijo, y lo repito yo.  
El autor del *Quijote*, presintiendo  
á este Bombita Chico, fué... y habló.

Y dijo eso de las «segundas partes», que ha pasado á la posteridad.

Teníamos, mejor dicho, se mantenía el Bomba en su puesto, ni el primero ni el último, ni envidiado ni envidioso, y así transcurrían las tem-



poradas, sin calor ni frío, y la bolsa engordando lentamente.

Pero el Avellaneda de la fatalidad nos colocó un falso Bombita, y aquí fué Cristo á padecer.

Sí, señores; Ricardo Torres no está aún cuajado para torear en Madrid, ocupando el tercer lugar, y aunque al chico le sobran voluntad y coraje, no sólo de pan vive el hombre, y hace falta un poquito de *carne*, de sabiduría, vamos al decir.

Las desdichadas faenas de ayer tarde en el primero y último de la corrida, justifican mi afirmación. Bombita Chico puede llegar, ¡quién lo duda!, pero no ha llegado todavía.

De tres pinchazos y una corta pescuecera, amén de tres intentos de descabello, mató al de Anastasio Martín, y de dos pinchazos y una buena al último. Ni un pase rematado á conciencia, ni una miaja de saber en toda la lidia.

Bomba grande, por amor á la familia, hizo todo lo que pudo, en clase de super-enterrador.»

No uno, ni dos, sino varios años necesitó Bombita, para que los aficionados se fijasen en él. Muy despacio fué ascendiendo por la empinada senda, y cuando «ya era alguien», las envidias, las bajas pasiones y las malas voluntades, comenzaron á tejer en torno suyo un apretado círculo de hierro, del que aún no ha podido verse libre, aunque la razón y el sentido común pelean junto á él y no le abandonan un momento.

Lagartijo y Guerrita, que son el tronco de donde procede el Bomba, llegaron á las cimas de la

fama sin contratiempo grave que lamentar en sus luchas con los toros. Bombita, no; Bombita tiene el cuerpo cosido á puñaladas, y raro es el sitio donde no ostente una profunda cicatriz.

Ha llegado, pero no «de rositas». Su calvario fué largo, doloroso y preñado de dificultades.

Lentamente ha ido dando al público muestra de su valer en la lidia. En sus comienzos, sólo se podía aplaudir la voluntad y el amor propio; pero poco á poco, fijándose en lo que hacían los buenos, ensayando luego en el campo, «dejándose coger» en muchas ocasiones, para hallar después la manera de evitar el «achuchón», se fué cuajando, hasta llegar al sitio donde hoy se encuentra. Bombita lo ha intentado todo; cuanto ha visto hacer y cuanto ha sabido que hicieron los demás. Y lo ha hecho con estilo y con gracia, derrochando sabiduría y valor.

Que hoy es el número uno, no lo puede poner en duda quien esté á bien con la lógica y el sentido común.

Mañana, puede que otro torero—no hablo de matadores—«achique» á Bombita y le arroje del sillón pontificio. Hoy por hoy, no le hay, ni yo veo asomar por el horizonte ninguna «sombra sospechosa».

De los que ahora existen, Gallito ó Bienvenida podrán ganarle algunos juegos, si los naipes se les ponen bien. Pero á carrera larga, el de Tomares se llevará siempre los laureles de la victoria.

Y esta es la verdad, pura y sin mancha. Y esto

lo digo yo, bombista furibundo, porque desde que se fué el Guerra, no he encontrado un torero más hecho, más completo y de mayores entusiasmos por su arte, y conmigo lo dicen muchos y buenos aficionados, que conocieron á Lagartijo y Fras-cuelo.

Bombita, en tiempos de estos colosos ó en los de Guerrita, hubiese ocupado dignamente un segundo lugar y hubiera lucido mucho junto aquellas grandes figuras. Desaparecidas éstas, ni Carancha, ni Angel Pastor, ni Gallito, padre; ni Fuentes, ni Bienvenida, ni Gallito, hijo... ¡nadie! Bombita el primero, y después el que á ustedes les guste más.

Adviertan mis lectores que no cito, al hablar de los méritos de Ricardo, á los grandes matadores. Con estos sí puede haber competencia, y estoy seguro que más ovaciones le han de restar á Bombita Machaquito ó Vicente Pastor que Bienvenida ó Gallito.

Pronto se ha de ver, si el Sr. Mosquera y el de Tomares logran entenderse.

Cuando Bombita toree con Machaco ó Pastor, habrá de sacar todos sus recursos, si no quiere verse anulado en el redondel. Cuando le pongan con Gallo ú otro buen torero, le bastará un toro bravo y noble para tocar con la cabeza en las nubes.

¿Que un doctor alemán ó turco ha descubierto el suero del valor, y que con una inyección basta para comerse un toro crudo?

Entonces, Ricardo verá la manera de no dejarse arrollar por Gallito, porque el hijo de Fernando Gómez, lleva dentro un torero muy grande.

¿Que es una broma lo del suero?

¡Ah!, pues entonces no hay cuidado.



Bombita es un hombre á quien persigue la fatalidad. Sólo á su voluntad de hierro y á su indomable vocación por el arte taurino, debe el lugar que hoy ocupa. Otros hubieran cejado en la pelea, convencidos de que su buena estrella no habría de lucir nunca.

En cuanto le tropieza un toro le infiere una lesión grave. En medicinas y cirujanos ha invertido una parte muy considerable de su fortuna, hecha á pulso, peseta á peseta, á costa de su sangre.

Yo declaro con ingenuidad, que no los millones de Bombita, sino los de Morgan, despreciaría olímpicamente, si para poseerlos hubiera de sufrir lo que ha sufrido Bombita.

Bien estoy con mi modesto cocido, pero con la piel incólume. ¡Para cuatro días que vive uno!

Todos los bueyes que se crían en Andalucía, Salamanca y Colmenar le corresponden por derecho propio á Bombita. Y cuanto peores intenciones tengan y mayores dificultades ofrezcan para la lidia, mejor. No le cogen de susto: está ya acostumbrado.

Y no es un iluso, que se considere poseedor de todos los secretos. Nadie como él, en cuanto da el

primer pase, sabe si va á ir ó no á la enfermería.

—Este toro me puede á mí—piensa, y piensa bien.

Y esto es tan verdad, que una tarde, al tantear á un bicho de Miura de los de la buena marca, hizo seña Bombita á un íntimo suyo, para que fuese á esperarle dentro. El amigo salió precipitadamente, y á poco de llegar á la enfermería entraba Ricardo con una tremenda cornada en un muslo.

Y no es que le cogen los toros que le deben coger. Es que le cogen, los que no debían cogerle. No le enganchan, le rozan nada más... y un mes de cama, horrible operación quirúrgica, y ocho ó diez corridas sin torear.

Recientemente, en Barcelona, un cornúpeto de Palha le dió un puntazo en la mano izquierda, al entrar á matar, en el momento del cruce. Un rasguño insignificante para cualquiera. Para Bombita, un dedo menos.

Y él dice que no se retira, porque el buen soldado debe morir al pie del cañón.

Pero se retirará. Los toros no le retirarán nunca, como no sea al cementerio.

Pero la afición apasionada, obedeciendo á móviles que no he conseguido descubrir; una importante minoría del público, mostrándose hostil y agresiva contra quien sólo ha procurado en toda ocasión y momento complacerle y divertirle; sus enemigos personales, que tratan de empequeñecer sus faenas para que resalten las de otros, que ni á la suela de la zapatilla pueden llegarle; esos,

sí, esos son los que acabarán por aburrirle, y Bombita se irá á su casa como se fué el Guerra.

—Bueno, ¿y que?—preguntarán muchos.

Pues nada. Que no pasará nada absolutamente. Como no pasó cuando se fué Guerrita, ni cuando se fueron Frascuelo y Lagartijo; pero sí habremos perdido un gran torero.

Supongamos que Bombita se ha retirado ya.

Ahí está vacío, el gran sillón de la tauromaquia.

¿A quién sentamos en él?

Vayan ustedes poniéndose de acuerdo, para no «errar el golpe».

¿Sevilla? ¿Córdoba? ¿Madrid?

¡Desgraciado el que triunfe!

¡Qué poco vamos á tardar en tirarle de los pies, para ver si se estrella contra el suelo!

## La del día de la bomba <sup>(1)</sup>

### Bombita recibe dos toros.

¡Esto sí que es poner toda la carne en el asador!

¿Tendremos que empezar á creer en la regeneración de Niembro?

Pues... ya lo dice el cantar :  
al que peca y se arrepiente  
se le debe perdonar.

Nos prueba este nuevo y plausible procedimiento del celeberrimo empresario, que la afición paga de muy buena gana todo cuanto se la pide, si advierte propósitos honrados y legítimo entusiasmo por fomentar la clásica fiesta española.

Y si no, véase lo ocurrido ayer.

Los precios, por las nubes; la tarde senegalesca, con un sol de Julio que fundía el asfalto de las calles y achicharraba los pájaros en el aire. Un sol de horno encendido al rojo blanco. Y, sin embargo, el público llenó la Plaza. ¿Por qué? Porque el cartel era inmejorable.

---

(1) Revista de la corrida celebrada en Madrid el 31 de Mayo de 1906.

Yo, sin embargo, y en el pellejo del Sr. Ruiz Jiménez, por teléfono y á raja tabla, hubiera mandado suspender la corrida.

La horrorosa catástrofe de la calle Mayor imponía el duelo y el respeto para esas familias infortunadas, á quienes la muerte de tan horrible manera, ha sumido en la desesperación. Bien valía la pena que, por consideración á sus negras amarguras, nos hubiéramos sacrificado un poco.

Pero nosotros somos así, impresionables hasta el heroísmo. Por salvar la vida á ese desgraciadito niño de cinco años á quien la metralla trituró la linda carita, nos hubiéramos jugado el pellejo, cogiendo con nuestras manos la mortífera bomba para destruir su poder infernal... Y después á vitorear á Machaquito y aplaudir á Bomba. Somos así, y así seguiremos hasta la consumación de los siglos. Pero las autoridades debieron, á mi juicio, obrar de distinta manera. ¿No lo hicieron? Peor para ellas.

Venía diciendo, que el cartel de la extraordinaria de ayer, no tenía mejora posible.

Seis Saltillos, estoqueados por Fuentes, Bombita y Machaco, y dos toros de casta rejoneados á la portuguesa, por los caballeros Manuel y José Casimiro, que hoy, en esta suerte, son insustituibles.

La corrida resultó extraordinariamente buena. Alguna vez, muy rara, siendo los ingredientes superiores, resulta el guiso soso é insustancial: todo consiste en la mano que adereza. Pero, general-



mente, de muchas partes buenas se compone un todo excelente, y esto sucedió con la extraordinaria con que tuvo á bien obsequiar á indígenas y forasteros, nuestro famoso empresario taurino.

Los caballeros Casimiro son dos notabilidades del género. A su arte exquisito de consumados caballistas, suman una respetable dosis de valor, que en estos menesteres suele ser indispensable para «llegar á algo».

Con rejoncillos pequeños quebraron cuatro cada uno, en las mismas péndolas, y con otros de muerte señalaron en las agujas, sin profundizar.

Fueron muy aplaudidos.

Me parece que el hijo, José Casimiro, domina más la suerte y se entrega más.

Concluyo afirmando, que el último de los toros rejoneados se declaró buey por derecho propio á los pocos minutos de pisar el ruedo.

Con toros bravos, que se vengan al bulto, harán los caballeros portugueses lucidísimas bregas. Reunen para el caso aptitudes de estupendo valor.

## ¡Bombíta, Bombíta y Bombíta!

Fuentes toreó con sobriedad y maestría clásicas al primer Saltillo, que estaba muy suave por ambos lados, y le recetó una estocada corta, de superior calidad. Faena magistral. Ovación grande.

Machaquito, con su acostumbrada temeridad y metido entre los pitones, hizo una faena de valiente con el trapo rojo, y después de pinchar en hueso, metió hasta la mano el acero en los mismos rubios. Aclamaciones delirantes.

Pero... ¡Bombita, Bombita, Bombita! Para superar las faenas de Fuentes y Machaquito se necesitaba traer al ruedo al retirado de Córdoba, ó levantar de sus tumbas á los grandes diestros que en el mundo han sido.

Sin embargo, Bombita las mejoró en tercio y quinto. Estuvo el muchacho inconmensurable.

Aquellos pases en redondo sobre la izquierda—hay quien los da con la derecha—, aquellos naturales y obligados de pecho, los de molinete y de telón, todo en un palmo de terreno y barriendo con la bandera los lomos del animal, no pueden ser superados, ni lo fueron nunca, digan lo que quieran los termómetros.

¿Y meter cuatro veces el pie—dos á cada toro—dejando llegar en dos, como un hombrecito?

Bombita, que *por casualidad* tropezaba con dos toros nobles y bravos, trató de ensayar la suerte de recibir, sin alardes ni desplantes inoportunos. Modestamente hizo el ensayo y nos probó, bien á las claras, que dominará la arriesgada suerte, en cuanto ponga empeño en ello.

Manejando como él maneja la mano izquierda, el recibir toros no es más que cuestión de hígados, y como el niño los tiene en conserva, es decir, para sacarlos cuando le acomode, creo que vere-

mos muchas veces consumir la suerte que hizo famosos al Chiclanero y Manuel Domínguez.

La tarde de ayer quedará entre los recuerdos de Bombita marcada con huella profunda, imborrable. Yo no hago memoria de una faena más completa y de mayor cantidad de torero, desde que Guerrita *se fracturó* la coleta, que la realizada ayer por Ricardo en la muerte del quinto toro. Y no me olvido de la del segundo, que fué monumental.

Cuidado que estuvieron bien Fuentes y Machaco—no me hago cargo del bajonazo de Antonio, porque fué involuntario, tal vez por querer demostrarnos que la suerte intentada por Bombita era cosa baladí—, y á pesar de las grandes ovaciones que estuvieron escuchando toda la tarde, ninguna llegó al calor y al entusiasmo de las tributadas á Bombita.

Ricardo fué el héroe de la fiesta; pero un héroe de tamaño colosal. Un gigante.

¡Bombita, Bombita, Bombita!

Saltillo, ¡muy bien, marqués!, nos dió una buena corrida de toros. Bravura, nobleza y poder. De casta le viene al galgo y de raza al toro.

Siempre así, mi querido amigo.

Una corrida extraordinaria buena... pero se debió suspender.

No me las doy de llorón ni de pusilánime; pero cuando las cosas claman al cielo, como la gente del pueblo, también tengo mi corazoncito, que se indigna ante la brutal cobardía de un miserable

y se conmueve ante los alaridos de dolor y las amargas lágrimas de las víctimas.

Va esta revista sin un conato de chiste ni un asomo de zumba. No creo, como Eulogio Florentino Sanz,

que una lágrima y un chiste  
sea un chistoso contraste.

# Bombita, vencedor <sup>(1)</sup>

---

## De cómo se saca una espina

¿Hay nada en el mundo más inaguantable, que el dolor que produce una espinita que se clava entre uña y carne?

Pero la molestia dura poco, porque la espina se saca al fin; ¡vaya si se saca!

Se cogen unas pinzas muy finas, se aguza el ojo para ver bien, se afianza el pulso, se ponen todos los sentidos en las puntas de los dedos que sostienen las pinzas, se tose fuerte para que una falsa aspiración en el supremo instante, no dé al traste con todo, y despacio, tranquilamente, se prende la espina con las pinzas y se tira.

¡Ah, qué gusto!

Sale una gotita de sangre, nada más. Parece que le han quitado á uno de encima unas cuantas arrobás de peso. Se respira con ruidosa satisfacción...

La cosa no puede ser más sencilla, ni más al alcance de cualquier fortuna. Y, sin embargo...

Y, sin embargo, son indispensables las pinzas, la vista, el pulso y la tranquilidad.

---

(1) Corrida celebrada en Madrid el 26 de Mayo de 1907.

El que no cuente por adelantado con estos elementos, pues espina tiene para rato, y, por ende, dolor, desasosiego, rabia. El no vivir.

Pues apliquen ustedes el cuento al simpático torero sevillano, Ricardo Torres (Bombita).

¡Qué espina la que tenía clavada el amigo en el corazón!

El público de Madrid, el más inteligente, el más bondadoso, el que mejor se hace cargo de las circunstancias, el más considerado, el más culto, «la había tomado con él».

Armaba el brazo para matar, se perfilaba ante el cornúpeto, y antes de engendrar el movimiento de avance, un grito de protesta resonaba con formidable estruendo.

El había toreado como los propios ángeles; el entusiasmo de la multitud había alcanzado su mayor límite durante la magistral faena, y no obstante, «se le chillaba antes de herir...» ¿Por qué esa actitud de un público tan bondadoso?

Y el público tenía razón.

Bombita no arrancaba derecho; deshacía la reunión antes de atacar; arqueaba el brazo. Se iba.

Y todo por una preocupación que tiene y que no puede desechar.

Cree que no mata, y sale dominado por esta idea. Y esto le ocurre en Madrid, únicamente. Yo le he visto en San Sebastián y Bilbao rozar los costillares á la salida y dejar el estoque hasta el puño en el morrillo.

En Madrid «mata con miedo». No con miedo

del peligro, que harto prueba durante la lidia que ni le tiene ni le conoce. Con miedo al público.

Si se domina y desecha inocentes manías, se meterá á la gente en el bolsillo, porque el público de Madrid se deja llevar dócilmente de los que demuestran su mérito y valor, y les admira, y les aplaude y ensalza.

La espina que tenía Bombita clavada en el corazón, tenía que salir por fuerza. Un torero tan grande como él, reunía todos los elementos que hacen falta para en un momento dado, llevar á feliz término operación tan sencilla. Bastaba con decir un día.

—¡Hoy quiero!

Y ese día fué ayer.

El primer toro de Benjumea llegó al último tercio suave, noble y bravo. Una verdadera breva. Y Bombita, que cuando sale una breva se la fuma mejor que nadie, tendió el trapo ante la cara del cornúpeto, que se embebió en él.

Cada muletazo, magistral, magnífico, soberbio, era coreado por la muchedumbre con *olé*s de delirante entusiasmo.

Cuando se enreda un toro  
con la muleta de este chiquillo,  
parece que le tiran  
de un cordelillo.

Difícilmente se recuerda una faena más elegante, más artística, ni más «de torero». Y cuen-

ten ustedes, que vuelvo la imaginación á los gloriosos tiempos de Lagartijo, Gallito y Carancha.

Ya el público enronquecía de tanto gritar: ¡Viva Tomares! ¡Viva la madre que te echó al mundo! ¡Viva tu tierra!, cuando Ricardo, liando en corto y entrando muy despacio y muy derecho, arreó un volapié colosal, que hizo innecesaria la puntilla.

Me han contado que al morir  
un hombre de corazón,  
sintió, ó presumió sentir,  
en Cádiz repercutir  
un beso dado en Cantón.  
¿Qué es imposible, Asunción?

.....  
.....

Faena ¡piramidal!,  
¡magnífica!, ¡colosal!  
El sol casi se apagó...  
Y la gente enloqueció.

.....  
Y ahora, mi bella Asunción,  
me entenderás al decir  
que el alma de la afición  
habrá podido sentir  
en Cádiz repercutir  
de Bombita la ovación.

Pero paren ustedes la jaca, que aún no ha salido del todo la espina.

El primer benjumea era un borrego por lo noble, y casi era de esperar faena tan emocionante en un torero tan enorme como Bombita.



Pero es que el cuarto se trae mucho que matar. Con la cabeza descompuesta, derrotando alto, humillando á ratos para coger y con las patas nerviosas y duras. ¡Un caramelito de los Alpes! ¡Infeliz!

Bombita le mete la bandera en el hocico y le empapa sabiamente. El benjumeño busca el bulto y achucha de verdad. El maestro «le quita los moños» con muletazos de mucho castigo. Los terribles pitones hurgan de cerca el físico del espada, que ni se atemoriza ni retrocede.

El público, intranquilo, temiendo una desgracia, no se puede reprimir y rompe en aplauso clamoroso.

Casi no es posible meter el brazo. La cabeza del bicho parece las aspas de un molino. Tan pronto está en el suelo como en el cielo, y siempre vacilante y temeroso.

Se recomendaba un sartenazo á la media vuelta.

Pero Bombita había salido de casa resuelto á sacarse la espina.

Y aprovechando un momento, armó el brazo, teniendo el animal la cabeza baja. Flameó el diestro la muleta, y torero y toro arrancaron á un tiempo. El estoque quedó en las mismas péndolas.

¿Habrà quien mejore esta faena? Yo creo que no.

Se desbordó el entusiasmo de la plebe.

Y nada digo de Bombita durante la lidia. Arte supremo y elegancia incopiable.

Tu alias, Bombita, me irrita.  
¡Por qué á tan gran torerazo  
le hemos de llamar Bombita?  
Sería mejor... ¡¡BOMBAZO!!

## Lagartijo

Hizo cosas de buen torero.

Las verónicas con que cortó los vuelos al quinto toro, se podrían citar como clásicas y elegantes en cualquier «gramática taurina».

Convengamos en que el chico de Juan venía dispuesto á todo, y en que la suerte le volvió la espalda en cuantas ocasiones se presentaron.

Trasteó con suma inteligencia y parando mucho á su primer toro, y entró á matar con fatigas, dejando el acero bastante pasado. Descabelló á la primera.

El quinto era muy bravo y muy noble, y hubiera dado ocasión á Lagartijo para que demostrara lo que sabe, que es mucho y de la buena escuela.

Pero su «mala pata» hizo que el bravo berrendo se rompiera el cuerno derecho por la misma cepa, al tomar la segunda vara, y aunque el contratiempo amenguó en poco la bravura del animal, para Lagartijo, en cambio, borró por completo la ocasión de lucirse.

Porque el cuerno roto era el peligroso para el matador. Y donde no existe peligro, el mérito, por grande que sea, se esfuma hasta desaparecer.

El cordobés toreó tranquilo y parado, y citó á recibir dos veces, sin que el bicho acudiera. ¡Era una bonita ocasión para un ensayo!

Pinchó tres veces en lo alto y acabó con una corta tendida y un descabello.

¡Lástima de momento!

Activo y oportuno con el capote y muy bien banderilleando.

¡Mala suerte!

Contra las olas del mar  
luchan brazos varoniles.  
Contra miasmas sutiles,  
no hay manera de luchar.

## Pepete

¡El hombre de los dos vagones!

Creo que sus paisanos se han quedado cortos.

Pepete necesita tres vagones para viajar, ó yo no sé nada de cuentas.

Para la persona, basta con uno.

Pero luego hacen falta dos, y de los más grandes.

Con la muleta no castiga mucho y se limita á aguantar las tarascadas á pie firme. ¡Pero con el estoque!...

Al tercer toro le entró á matar recto como una vela, y metió el estoque, la mano y el codo en el morrillo, siendo empuntado y derribado sin consecuencias.

El toro rodó como una pelota.

Y el último, con unos cuernos *aterradores*, le tumbó de un sopapo colosal hasta la cruz.

¡Bravo, Pepete!

Si como tiene corazón tuviera sabiduría...

Se podían ustedes sonreír de la fiebre amarilla y

del cólera morbo asiático  
*más grave que se conoce.*

## Resumen

Buenos los benjumeas. El quinto y el primero, superiores.

Bregando, *Bombita*.

Banderilleando, **BOMBITA**.

Trasteando, **BOMBITA**.

Estoqueando, **BOMBITA**.

¡Se sacó la espina!

¿Y no les parece á ustedes que en lo sucesivo le debemos llamar Ricardo Torres *¡¡Bombazo!!?*

(Siguen las firmas.)

# La mala estrella de Bombita <sup>(1)</sup>

~~~~~

Señores, yo...

Lo siento mucho, y sé que me van ustedes á llamar pesado, posma ó Rodríguez San Pedro; pero, aun contra mi voluntad, no puedo menos de acordarme en estos momentos del sabio, del *vivo*, del incontestable definidor, mi dulce amigo PEPE MOROS.

Tengan ustedes un poquito de consideración á este modesto revisterillo, y disculpen sus vicios y manías; pero ayer, en la tan cacareada «corrida de maestros»—Fuentes-Bombita-Gallito—, el que más toreó, el que más lució, el que más suspiros arrancó á la muchedumbre fué mi PEPE MOROS, insustituible clasificador de cosas taurinas.

Ya me parecía á mí que tanta belleza no se había hecho para los míseros gobernados por Mau-ra. Hubiera sido el «non plus ultra» de la suerte que los bichos encerrados para que tres astros mayores—cada cual excitadillo por diversos motivos—bregaran con ellos, fuesen, no *Jaque-*

(1) Fragmento de la revista de toros publicada en *El Liberal* el 28 de Octubre de 1907.

tones precisamente, pero bravos y toreables, al menos.

Sí, sí, bravos y toreables.

Dos de Cámara fueron sustituidos por uno de Surga y otro de Benjumea.

El de Surga—á mi juicio—no era toro de lidia. Con esos cuernos largos, vueltos, descarados, no es posible intentar suerte alguna con ánimo de quedar medianamente. No es que el bicho sea manso—éste lo era—ó sea bravo; es que la conformación de la armadura no permite desde el debido terreno ninguna suerte de torear. A mí me place que de vez en cuando le salga á un maestro un toro difícil y de cuidado; allí puede probarse la sabiduría y el valor, y el mérito de la faena adquiere mayores proporciones cuanto más grandes son las dificultades; pero de esto á que salga del chiquero un animal desproporcionado de cabeza, intoreable por tal defecto, hay la misma diferencia que entre los grandes estadistas Cavour y La Cierva. ¿No les parece á ustedes lo mismo?

Si toman ustedes la cabeza de un toro cornicorto y otra de un cornúpeto veleta y de asustadiza armadura, comprobarán ustedes, con el metro en la mano, que se llevan muy pocas líneas las astas de uno y otro. No es el tamaño, es la colocación.

—¡No es que me llame pillo—como decía el otro—, sino con el retintín que me lo llama!

Y me permito opinar que, de haber sido otro que Bombita el torero encargado de matar á la

alimaña de Surga, es casi seguro que hubiéramos visto los cabestros en el redondel.

Un toro así, que además es manso y que, por añadidura, tiene la cabeza como los brazos de un molino, tirando cornadas sin ton ni son, á derecha é izquierda, ¿cómo se le puede asegurar, no siendo en el gollete?

¿Quién es el guapo que se confía y se estrecha con un bicho así, para coger las agujas? Algún loco, puede ser.

Un censurable exceso de pundonor hizo que Mazzantinito entrara recto á matar al célebre toro *Indiano*, que tenía una cabeza análoga á la de este Surga. A dos dedos de la sepultura estuvo el bravo muchacho, á consecuencia de su temeridad. La cornada fué tremenda, ¿os acordáis?

Vengan Miuras, Pablo Romero, cuantos toros se quiera, difíciles, revoltosos y de poder.

Si con ellos Bombita se affige, cuarteaba y se alivia, ¡duro con él! Para eso es maestro y gana 6.000 pesetas. Yo mismo, al empezar la temporada, le censuré duramente porque no entraba á matar como era debido. Pero ayer, no. Lo que ayer hizo, sólo ÉL lo hubiera hecho. Quiso entrar lo mejor posible, matando por los morrillos, y cuarteaba, ¡naturalmente!, porque no era posible confiarse. Se le mandó un aviso.

Debió empezar por donde acabó. Un sartenazo al revuelo de un capote, y al estribo. *Eso* se lo he visto yo hacer al gran Lagartijo sus doscientas mil veces. Y se le aplaudía á rabiar.

No fueron justos los que ayer increparon á Bombita. Ciertó que gana 6.000 pesetas; pero más cierto aún que él hubiese dado 12.000 por que le hubiera correspondido un cornúpeto bravo y manejable.

El día era de emociones, y los maestros salían con «las de Caín», dispuestos á jugarse el todo por el todo.

Bombita no podía hacer lo que hizo Mazzantinito con «Indiano», porque no hubiera sido Bombita.

Cuando se adquiere el título de maestro, se rasgan las patentes de temeridad y de imprudencia. Estas sirven «para llegar», para crearse admiradores y apasionados. Luego estorban y perjudican.

El segundo toro que le tocó en suerte era de Cámara; pero tan escurrido, tan cornidelantero, tan «poquita cosa», que, ni aun comiéndoselo con patatas, hubiera bastado á borrar la desagradable faena del primero.

También mansurreaba el de Cámara á la hora de la muerte. Bombita le toreó con su arte peculiar, recogiendo al bruto entre los vuelos de la bandera y estirando los brazos como los clásicos aconsejan. Entró á herir derecho y muy rápido cogiendo una corta en buen sitio, que hizo doblar á los pocos momentos.

Debe haber *nacío* en martes,
porque esa desgracia suya
le sigue por *toas* partes.

A Fuentes le correspondió un toro suave como una anguila, una confitura: el primero.

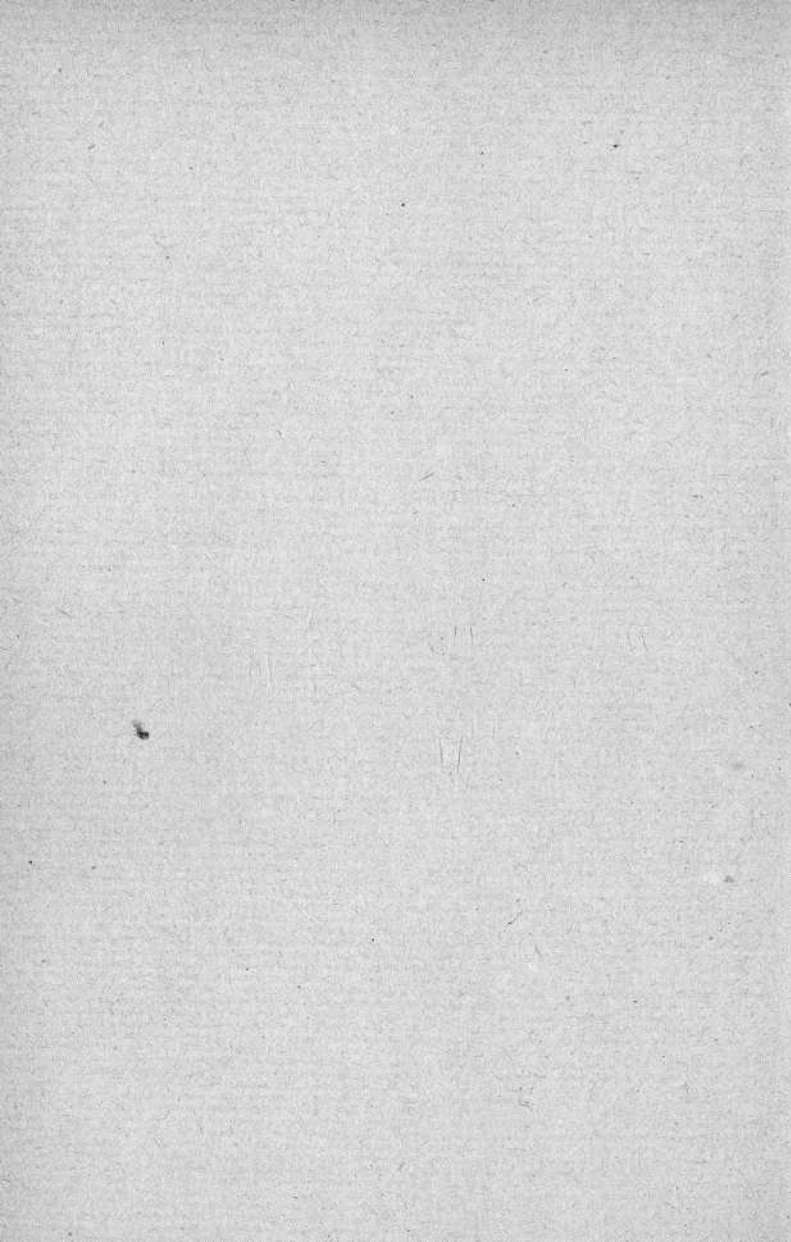
A Gallo, un burro con dos cuernos, bravo y noble: el último.

A Bombita, nada. Siempre le toca bailar con la más fea.

Con el primero de Fuentes, ó con el último de Gallo, hubiéramos visto torear de muleta como se acostumbra en el cielo—donde, según noticias, se acaba de inaugurar una cátedra de toreo—, si á Bombita le hubiera favorecido la suerte, con cualquiera de ambos bicornes.

Y ahora caigo en la cuenta que esto, más que revista de toros, parece un escrito de abogado defensor. Ustedes me perdonen si me he excedido un tanto en mis apreciaciones. Las injusticias tienen el privilegio de sacarme de quicio, y dejo correr la pluma con la piañosa intención de repararlas. Sé que nada consigo; pero, al menos, desahogo un poco el corazón y me quedo muy á bien con mi conciencia.

Sigo creyendo, ¡oh, Ricardo Torres!, que eres el kaiser de la moderna torería. Y cada cual con sus opiniones; yo con ésta y Cristo con la de todos.



Despedida de Conejito ⁽¹⁾

Guerrita en la Plaza

Desde el 11 de Junio de 1899 no ha vuelto á entrar en la Plaza de Toros de Madrid el coloso de la tauromaquia, el número uno de los lidiadores de reses bravas, Rafael Guerra, Guerrita.

No ha sido casualidad tan largo alejamiento. Así lo dijo al matar un toro de doña Celsa—el último que mató en Madrid—, y ha cumplido fielmente su palabra. Cuatro meses después, en Zaragoza, daba fin á su gloriosa carrera, estoqueando un buey de Jorge Díaz. A los dos días, su esposa le cortaba la coleta en su casa de Córdoba.

Guerra se fué de los toros—todo el mundo lo sabe—dolorido del mal trato que recibía en todas partes. Quien había llegado á lo más alto en la lidia, no podía ser tolerado por los públicos. Apeasadumbrado y triste, concibió la idea de abandonar la profesión, en la que sólo cosechaba disgustos y sinsabores.

El 12 de Junio de 1899 escribía yo en estas mismas columnas algo que voy á reproducir, por

(1) Corrida celebrada en Madrid el 8 de Octubre de 1908.

que me acreditó entonces—¡alábate, pavo!—de tener un buen golpe de vista.

El gran torero no comunicó á nadie su resolución. Sus más íntimos amigos no la conocieron hasta el mismo día que mató en Zaragoza su último toro. Y aun esto, muy pocos: ocho ó diez á lo sumo.

Yo, sin embago, lo veía venir.

¿Por qué? Porque cualquiera en su pellejo hubiera hecho lo mismo.

Acerté por lógica, no por intuición.

Escribía yo el día indicado:

El suspiro del moro.—¡Adiós, Guerrita!

Ahora sí que se va. ¡Gemid, villanos,
todos en él pusisteis vuestras manos!

¡Adiós, Guerrita! Lías los capotes, enfundas las espadas, cargas al hombro el hatillo, y sonriendo «cocodrilamente», nos dices: —¡Adiós, Madrid, malegro verte güeno!

Y Madrid, y yo por él, te contesta:

—¡Adiós, Guerrita!

Ojos que te vieron ir,
¡no te volverán á ver!

Hemos perdido á Guerrita, como el infortunado Boabdil perdió á Granada.

—Llora, llora como una mujerzuela, ya que no la supiste defender como hombre—dijo su madre al rey moro.

—Lloremos, lloremos los aficionados, que te-

níamos aquí al Boabdil de la Tauromaquia y le perdemos por... «moros».

—¡Adiós, Guerrita!

—¿Que te echarán de menos? No lo creas. Paladares que no se hicieron para la trufa, han de gustar mejor de la prosaica patata.

Las gallardías de su capote soberano pasaron para nosotros,

como pasan las ondas por el río.

El flamear elegantísimo de su maravillosa muleta ha desaparecido para siempre.

—¡Ay, de mi Alhambra!—como dijo, llorando, Boabdil.

.....

—Voy á matar un toro, para que ustedes se enteren. Será el último que me verán matar—dijo ayer Guerrita.

Y allí, solo en los tercios del 9, fijos los pies, alargando los brazos con supremo arte, recogiendo con la muleta como recogían los gladiadores en la arena del circo el laurel de la victoria... ¡qué sé yo!

Y luego, se embraguetó como Frascuelo, salió suspendido por una ingle, y enterró el estoque hasta el puño en el morrillo de la fiera.

Cayó el toro patas arriba; crujió la muchedumbre en una ovación estruendosa, y entonces el «pobre novillero» nos miró con los ojos del alma, y con ellos nos dijo:

—¡Malegro veros güenos!

Y se fué.

¿Volverán las obscuras golondrinas? El poeta dijo que sí.

Yo, sin ser poeta, aseguro que Guerrita no volverá á Madrid.

Por eso exclamé antes:

Ahora sí que se va. ¡Gemid, villanos,
todos en él pusisteis vuestras manos!

.....
.....
.....

Ayer, nueve años después, entró Guerrita en la Plaza de Madrid. Vestía de negro, con traje corto y sombrero cordobés. Vino a ver dar el «último adiós» á su paisano y entrañable amigo Conejito.

La multitud aplaudió al gran cordobés cuando ocupó su delantera de grada.

¿Qué pensó Guerrita al contemplar el circo lleno de gente, como cuando él toreaba? No pasan los años en balde y dejan tras de sí un sedimento de amargura y tristeza, que no son suficientes á borrar ni el mucho dinero ni las consideraciones y halagos de la multitud.

Juventud, no hay más que una. Y tal vez Guerrita hubiera dado todo lo que posee por haber sido Bombita en aquel instante, en que, el pueblo, electrizado por su maestría, aclamaba á éste con frenesí.

—¡Cuántas como ésta oí yo!—pensaría el califa.

Es verdad, maestro.

La de hace nueve años fué igual, ó superior, si cabe.

Aquel mismo día se fué usted de los toros.

Que no lo imite su heredero y único representante, Ricardo Torres, es lo que debemos todos pedir.

Y eso que se están poniendo las cosas de tal manera, que no será difícil que, sintiéndome profeta, escriba un día de estos lo que escribí de usted el 12 de Junio de 1899.

¡Gemid, villanos!...

¡Adiós, Conejito!

Así como Guerrita se despidió del oficio—llamémosle así por una vez—con un solemnísimo buey, su paisano Conejito dió muerte al manso más manso que pueda echar al mundo una vaca inofensiva.

Bien ayudado por Bomba, Machaco y Manolete, trató Conejito de sujetar á la alimaña, y, aunque no lo pudo conseguir, se deshizo pronto del estorbo con una corta caída.

¡Vaya usted con Dios, Antonio de Dios! ¡Y Dios quiera que asista usted á la despedida de un muchacho de cinco años, que yo conozco, y que va á dedicarse al toreo en cuanto la edad se lo permita!

Y que yo lo vea.

El Guerrita de hoy

¿Quién, al ver las faenas de Bombita en los dos bueyes que le correspondieron, negará que el de Tomares es el Guerrita de hoy?

Sólo algún mentecato ó algún corto de vista.

No se puede dar más arte, más valor, más seguridad ni mayor elegancia.

Quien mata un toro como mató Bomba el primero, y he dicho toro por el bien parecer, se puede codear y llamar de tú á cuantas estrellas brillaron en el cielo taurino.

El bicharraco se iba de la muleta como se suele ir uno cuando ve venir á quien le prestó «in illo tempore» determinada cantidad. Bombita, metiéndole la muleta, la pierna y el brazo en la misma cara, se hizo con él. ¡Faena estupenda! Y luego, entrando muy derecho, agarró una corta, admirablemente colocada.

No merecía el buey—que rodó sin puntilla—muerte tan magnífica.

La multitud premió la faena como se merecía. El propio Guerra palideció de emoción...

—Yo soy éste que toco, ó ese—señalando á Bombita—; soy yo—dijo á Novel, que estaba á su lado.

—No te hagas un lío, Rafael. Ese es Bombita. Tú fuiste... tú.

La faena de Bombita en el quinto buey, sólo puede hacerla quien por sus propios méritos ha sido proclamado el primer torero de la actualidad.

¡Eche usted arte y dominio, finura y ciencia!

Y el buey, como buey, no tenía nada que echar en jeta á cuantos mansos fueron en el mundo.

Incierto y con la cabeza suelta, se hacía imposible—por no fijarse—el meterle mano. ¡Lástima de torero para un bueyancón como éste!

Dos pinchazos sin confiarse y una muy descolgada, para acabar con el bicho de cualquier manera.

Gran ovación. ¿Hubo silbidos? Naturalmente.

¡Cómo es posible que quien ha llegado donde Bombita no mate un buey, sin lidia posible, como se matan los toros nobles y boyantes!

Sigan ustedes, señores. Duro, duro con él.

—¡Ay de mi Alhambra!—gimió el rey moro.

—¡Ay de mi Bombita!—exclamaré yo, antes de lo que muchos creen.



Siempre, siempre Pepe Moros.

Les juro á ustedes que se me va haciendo antipático el tal personaje. Pero reconozco que le sobra la razón en su insoportable estribillo.

¡Qué corrida la de ayer, si hubiera habido toros!

Y hubo corrida, gracias á la benevolencia del Sr. Gullón, delegado gubernativo, que autorizó la fiesta con semejantes alimañas, porque se trataba de una obra benéfica.

¡Si al menos hubiera habido un toro, entre

los siete! Todos mansos. Los de doña Andrea Gómez, el de Benjumea, los de Moreno, el de Romero, el de Castellones. Todos, todos. De haber sido escrupulosa la presidencia, en la tarde de ayer, se pone el precio de la pólvora por las nubes.

El público, en obsequio á Conejito, se tragó la bueyada sin protestar.

Y luego dicen que el público es caprichoso, agresivo é intransigente.

Yo me atengo á mis clásicos, y digo lo que Pedraza,

que no tiene una peseta :

—El toro, para la Plaza.

—El buey, para la carreta.



Machaquito, valerosísimo, como de costumbre. ¡Qué estocada al tercer manso de la tarde! ¡Allá voy! Y se acostó sobre la cabeza como si tal cosa. Salió el buey rodando.

Muy valiente en el otro. Dos pinchazos, desarmando el bruto, y una corta buena, atacando con sobrado coraje.

No hay para qué decir que el cordobés fué aclamado con delirio.

Muy bien Manolete en el cuarto. Pinchó tres veces.

El último, el buey de los Castellones, que en la hora suprema achuchaba y alargaba, cogió dos veces al bravo Manolete, destrozándole la taleguilla. No hubo deterioro en el físico.

Admirables, Patatero, Barquero, Morenito y
Blanquet. Soberbio, Zurito.

En resumen. Una corrida de bueyes superior.

¡Qué toreros!

Es una delantera de grada, el primer torero
del siglo.

En la arena, un torero colosal y un matador
de toros inconmensurable.

Zurito, el rey de los picadores.

Patatero, Blanquet, Barquero, los colosos de
las banderillas.

Todo bajo un sol espléndido, brillante.

.....
¡Adiós, Conejito!

Bombita, Sumo Pontífice ⁽¹⁾



—«Tú es Petrus»—dijo el Salvador á su primer discípulo.

—Tú es Bombitis—dijo ayer la Afición, al proclamar Sumo Pontífice del Toreo á Ricardo Torres.

La silla de Montes, vacante desde 1899, cuando el Papa Guerrita abandonó voluntariamente la jefatura de la Tauromaquia, fué ocupada ayer, ¡nueve años de sede vacante!, por otro coloso de la lidia, otro apóstol del dios Tauro, que se llama, si no mienten las «feses bautismales», Ricardo Torres, y de nombre de guerra, Bombita II.

Así como Baronio afirma en su historia de los Soberanos Pontífices, que San Gregorio II fué digno de ser comparado con San Gregorio el Magno, así yo, actuando de Baronio taurino, aseguro, clara y firmemente, que este Ricardo II iguala en muchas cosas y supera en varias al ex Sumo Pontífice Guerrita, aquel Gregorio I de inolvidable recuerdo.

San Gregorio, que, según el elogio de San

(1) Corrida celebrada en Madrid á beneficio del Montepío de los toreros el 24 de Octubre de 1908.

Ildefonso, venció á Antonio en santidad, á Cipriano en elocuencia, y en ciencia á Agustín, fué el primer Papa que creó la frase «Hablar desde lo alto del púlpito».

¿Quién fué el primer Papa taurino que convirtió los bueyes en toros bravos, y les dió muerte de frente é hiriéndoles en lo alto? Guerrita. El que venció en arte á Lagartijo, en inteligencia á Juan Molina y en valor á Espartero.

¿Quién es hoy el que realiza iguales y sorprendentes faenas? Bombita II.

Bien decía Baronio, comparando á los dos santos. El segundo fué digno del primero.

Ahora se convencerán ustedes si se me cae la razón por todos lados, al asegurar que Ricardo Torres es digno sucesor de Rafael Guerra, y que, parodiando al clásico, se puede exclamar, hablando de estos grandes lidiadores:

«¡Entre monstruos anda el juego!»



El cónclave de cardenales taurinos, aficionados de pura sangre, críticos imparciales y concienzudos, masa neutra que tarda en decidirse, para no «errar el golpe», todos, «nemine discrepante», proclamaron ayer Soberano Pontífice del Toreo á Bombita II.

Y la labor del amigo para que tan gran acontecimiento se verificase, fué de las que se deberían perpetuar en mármoles y en bronces.

Con llave de oro cerró ayer el nuevo jefe de la Iglesia taurina la temporada, primera de su pontificado y segunda, y tal vez postrera, de Indalecio I, Patriarca de la Ignorancia Supina.

¡Ya tenemos Papa !

El nuevo Pontífice marchó anoche á Barcelona, donde ha de presidir un Concilio regio. A su vuelta á Madrid, debemos organizar un serio homenaje, rindiendo tributo de admiración y entusiasmo al digno sucesor de Guerrita, en la silla del primer apóstol, Paquiro.

No recomiendo un besa-sandalias, porque el nuevo Papa gasta zapatillas; pero sí deberíamos pensar en algo que patentizase nuestra íntima satisfacción, por haber cesado la sede vacante.

«Tú eres Bombitis...», el primer torero contemporáneo. Tus encíclicas—léase pases de muleta—han de conmover en sus cimientos al mundo de la tauromaquia, y así como las cenizas de San Pedro, San Lino y San Anacleto—los tres primeros jefes de la Iglesia católica—se estremecen en sus tumbas, cuando la corona del primer apóstol ciñe las sienes de un nuevo Pontífice, de igual modo los huesos de Montes, Cayetano y Lagartijo se estrecharán en sus féretros, al ser proclamado—lo fuiste ayer—el jefe supremo de la Tauromaquia.

Lo que decía, en términos vulgares, un viejo aficionado, frascuelista rabioso:

—A éste hay que echarle de comer aparte.

Y tan aparte.

De tí, á los demás... el abismo.

el piélago inmenso del vacío.

¡Papam habemus!

San Ricardo Torres, Bombita II.

¡Inmenso! ¡Estupendo!! ¡¡Colosal!!!

No encuentro á mano adjetivos más elocuentes. Estrujo inútilmente el magín buscando frases calientes, para relatar las hazañas de Bombita en la corrida de ayer, la última de la temporada.

¡Qué faena de maestro con el primer toro!
¡No se puede llegar á más en la lidia! El bicho, que no era bravo, ni noble, ni fácil de manejar, se convirtió en dulce borreguillo, al influjo de aquella mágica muleta.

¡Qué dominio, qué frescura y qué serenidad!

Hubo un pase de pecho y otro por bajo, de los que, sólo los gigantes del toreo, tienen el secreto!

Un pinchazo en lo duro, atacando bien, y una hasta la empuñadura, magnífica.

El concurso, ébrio de entusiasmo, batió palmas al maestro, tiró sombreros, botas, gabanes...

¿Pero qué es esto para lo que nos falta ver? Y nos faltaba la muerte de «Rastrojero», un beriendo en castaño, con unos pitones más largos que la esperanza de un pobre—¡vagabundo, no!—y el buey más enorme que ha salido por las puer-

tas de los chiqueros madrileños. ¡Y cuidado si han salido bueyes!

No se fogueó á «Rastrojero» de pura casualidad; pero vaya si lo merecía.

Ricardo manda retirar la gente y se enreda con el respetable manso en singular combate.

El bicho, que se quiere marchar, y el diestro empapando y corriendo la mano con soberano arte, y que no te marchas, y que tomas trapo á la fuerza, y que te meto la pierna contraria en la cuna para consentirte, y que me libro con mi suprema inteligencia de tus traidoras puñaladas, y que no te vas, y que toma muleta, y que no te vas.

¡Y que no se fué!

Y al juntar las manos, un volapié inmenso, que hizo desplomarse al cornúpeto como mole de piedra arrojada en el vacío.

¡Inmenso! ¡¡Inenarrable!! ...Colosal!!!

El público, en pie, sin distinción de colores, borracho ante aquella faena, hizo á Bombita la ovación más grande que han presenciado los tiempos pasados y presentes, y que presenciarán los venideros.

Los más intransigentes, los que viven con los recuerdos de aquellos grandes lidiadores que se llamaban Lagartijo y Frascuelo, y se llaman Guerrita y Mazzantini, se rindieron á la evidencia.

Así pudo torear «alguna vez, alguno de aquellos». Mejor, nunca; imposible.

En la muerte del toro que cogió á Machaquito y en la del quinto, estuvo Bombita muy bien. Con el capote, como siempre. Con las banderillas, soberbio.

Tú es Bombitis...

Vayamos todos, no con flores á María, sino con todos los arrestos que nos proporciona el más legítimo entusiasmo, y depositemos ante las plantas del gran lidiador homenaje de admiración y simpatía.

La afición, por lo que ayer hizo y por lo hecho en esta temporada, le llama á ocupar el solio pontificio de la tauromaquia.

¡SAN RICARDO, BOMBITA, PAPA!

Cogida de Machaquito

¡Otro papable! El secretario general del Vaticano taurino. Un Rampolla ó un Merry del Val, con coleta, taleguilla y chupa.

El toro que cogió á Machaquito era berrendo en castaño, sucio, corniveleto... y tonto desde su más tierna infancia.

Casi cumplió en el primer tercio, y llegó al último incierto y manso.

El cordobés, con su desmedida bravura, le dió varios muletazos, consintiendo mucho, para que no se fuera el animal.

El bicho no se fijaba en su enemigo, por lo que resultaba imposible meterle el brazo. Se le cambió varias veces de terreno para refrescarle, y en

el de los toriles se revolvió sobre el espada al concluir un pase, le entrampilló y, suspendiéndole brevemente, le derribó en la arena. Bombita, que había estado muy al cuidado en el trasteo, porque el bruto era difícil—por lo tonto, no por la intención—no estaba cerca del sitio de la cogida, porque se acababa de cambiar de terreno. Los peones no se pudieron hacer con el bicho.

En tierra el cordobés y pisoteado, intentó levantarse, y entonces le dió *Ojinegro*—así se llamaba el cornúpeto—una cornada en el muslo.

Se levantó Machaco y se llevó la mano á la región herida, é inmediatamente dos toreros le tomaron en brazos y le metieron en el callejón.

Estaba de guardia el doctor D. Antonio Bravo, que procedió en seguida á reconocer al herido, que se quejaba de fuertes dolores y sufría abundante hemorragia.

Una vez contenida ésta, vió el doctor Bravo que Rafael tenía una cornada grande, que penetraba por la parte exterior del muslo izquierdo y tenía un orificio de salida por la interior.

La cura fué muy dolorosa, pues el cuerno había pasado rozando el hueso, y fué necesario aplicar al herido algunas inyecciones de morfina, que calmaran los dolores.

Se le trasladó una hora después á La Bilbaína, donde se hospeda, en estado satisfactorio. La cornada es grande; pero no ofrece gravedad. Dentro de un mes estará completamente curado el valiente Machaquito.

A la presidencia se pasó el siguiente parte:

«Durante la lidia del segundo toro, ha ingresado en esta enfermería el espada Rafael González, Machaquito, con una herida en el tercio inferior, cara anterior del muslo izquierdo, de diez centímetros de extensión y doce de profundidad. Lesión que le impide continuar la lidia.—Doctor A. Bravo.»



¡Salud, señores!

Enfundo los lápices, archivo las cuartillas y me sacudo el polvo, para entrar en otros menesteres de la vida.

No todo han de ser bueyes y chotos.

Y, como final, una grata noticia.

Mi grande amigo Pepe Moros piensa embarcar para América y no volver nunca á España.

¿Será cierto, Dios mío?

La Providencia le acompañe y mejore sus horas. Y no estaría de más que se llevase para allá varias ganaderías, porque creo que las carretas americanas no andan sobradas de ganado.

¿Tendremos en la temporada próxima toros y toreros?

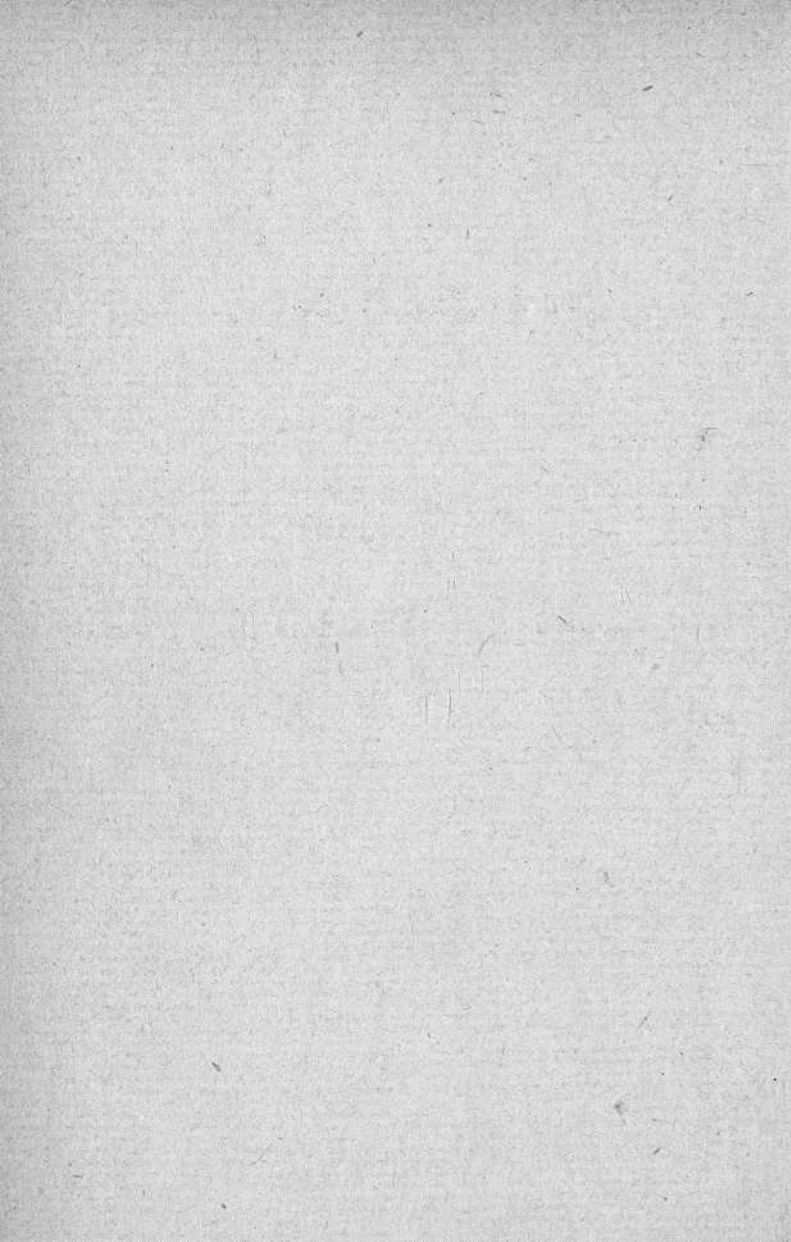
Que San Ricardo II, Sumo Pontífice y Padre de todo el orbe taurino, lo disponga así.

Y dicho esto...

¡Hasta el año que viene!

Rafael González

(Machaquito)



Machaquito

La sombra de "frascuelo,,

Así como el abolengo taurino de Bombita hemos tenido que buscarle en Córdoba, donde nacieron Rafael el Grande y el gran Rafael Guerra, el del cordobés Machaquito le hemos de encontrar en Granada, en uno de cuyos lugares más modestos—Churriana de la Vega—vino al mundo el inmensurable matador de toros Salvador Sánchez (Frascuelo).

Yo he conocido á Frascuelo en el apogeo de su poder y de su gloria.

Yo, que siempre fui partidario de los grandes toreros porque me distraían y entusiasmaban más que los grandes matadores, fui frascuelista sin condiciones, apasionado, ciego...

Y es que aquel hombre de tez bronceada, enjuto de carnes, nervioso, intrépido y decidido, me causaba tan profunda, tan extraordinaria impresión al entrar á matar, que no recuerdo haber experimentado otras tan intensas, ni de fuerza tan avasalladora.

Admiraba yo hasta el frenesí, el supremo arte

de Lagartijo, sin segundo en el redondel. Ante su gallarda, su majestuosa figura de torero, me daba brincos el corazón y sentía el impulso irresistible de doblar la rodilla. Me parecía un ser tocado por la gracia de todos los dioses del Olimpo.

Pero siempre dispuesto á sufrir los embates de las grandes emociones, si me hubiesen dado á escoger entre dos Plazas donde toreasen Rafael y Salvador, hubiese entrado sin titubear en la de Frascuelo.

Mi pluma no caerá en la ridícula pretensión de meterse en una empresa á todas luces superior á sus menguadas dotes descriptivas. No incurriré en tamaño desafuero. Me limitaré exclusivamente á dejar aquí consignado, de la mejor manera que Dios me dé á entender, un hecho cierto, real, indiscutible.

Frascuelo, matando toros, fué el fenómeno más grande que ha existido. ¡Nadie como él! ¿Como él? Ni á cien leguas de distancia ha conseguido ninguno aproximarse.

Humoristas de azúcar cande y aficionados de pan llevar, hablaron después de Mazzantini. Algunos citaban á Algabeño, como émulo de Salvador. Hubo hasta quien se acordó de Quinto...

Los que conocimos al «monstruo» no tenemos más remedio que reír. Benévolos para los que no alcanzaron aquellos tiempos de las «tremendas impresiones», hemos de concretarnos á un piadoso silencio, porque abrir debate en semejante punto, nos sabría á profanación escandalosa.

Salvador fué uno, ¡único! El primero y el último.

Hay quien aún espera la venida del Mesías, Salvador y Maestro. Los judíos.

Para nosotros, taurinamente hablando, el Salvador vino y se fué. Y no volverá otro. Es posible que algún discípulo suyo, tocado como él con la sal y el agua milagrosas, recuerde sus predicaciones y arrastre prosélitos tras de sí. Pero el verdadero Mesías fué él. ¡El! ¡Frascuero!

Hablé de discípulos? Uno ha llegado ya. El privilegiado, el predilecto del maestro. Su sombra...

Ni Mazzantini, ni Reverte, ni Algabeño, ni Quinito, ni nadie.

Después del maestro, su discípulo favorito, al que le recuerda á ratos, el que abunda en sus bravas y espeluznantes doctrinas...

¡Machaquito!



En «algo» iguala y hasta supera Machaquito al inolvidable Frascuelo. Si los hombres hubiesen inventado un aparato graduador, en el que por unidades pudiera medirse la vergüenza profesional, es fácil, hecha la debida comprobación, que el de Córdoba excediese en unos cuantos enteros al bravísimo matador de Churriana.

Y no es buscar cotufas en el golfo, ni mendrugo en cama de galgos, el tratar de inquirir la cantidad de pundonor que atesoraba aquel fenóme-

no de valentía, pues Frascuelo en el ruedo se olvidaba de todo y sólo hallaban eco en sus oídos los silbidos y los aplausos.

Su rostro seriate, achocolatado, en cuanto rasgaban el aire las protestas de la multitud, se tornaba en un blanco de cera aterrador. Crispábanse, con para todos visible violencia, sus músculos y sus nervios, y el corazón, reventando de rabia, pugna por salirse del pecho... Entonces surgían aquellas tremebundas hazañas, que contemplaba el público con la respiración contenida, los ojos desmesuradamente abiertos, atónito, electrizado por la brutal faena.

El amor propio, la vergüenza profesional, se enseñoreaban de su vigoroso organismo, y los cornúpetos, «asustados» ante aquel fenómeno de bravura, cedían en la pelea y rodaban con las cuatro patas al aire, mortalmente heridos por la espada del matador.

El entusiasmo de las masas estallaba en un grito de admiración unánime, enloquecedor, tremendo... Frascuelo sonreía al ver muerto á sus pies al feroz enemigo, y entonces su sangre de fuego volvía á teñir su rostro del eterno color de chocolate. «Aquello» no puede describirse. El que lo vió una vez no lo olvidará nunca. «Aquello» era inmenso, gigantesco, colosal. ¡Ese era Salvador!

¡Su sombra es Machaquito!

El intrépido cordobés lleva dentro del pecho un corazón tan grande como aquel gran corazón de Frascuelo. Por sus venas corre una sangre ar-

diente y generosa. La misma sangre de Salvador. En la arena se transfigura Machaquito cuando una circunstancia cualquiera espolea su amor propio. Un aplauso que no sea para él, le causa el efecto de una tremenda sacudida eléctrica. ¡Ya no es el mismo! «Se crece» hasta llenar todo el espacio con su figura. Toda la atención del concurso se reconcentra en aquel lidiador menudo y nervioso que va cara á la muerte, con el semblante lívido y la sonrisa en la boca.

Yo declaro que la imperturbable inconsciencia de Machaquito en algunos momentos de la lidia, me hiela la sangre y me achica el corazón. Si de mi voluntad dependiera, no sonaría en la Plaza, mientras el cordobés lucha con el toro, el más insignificante grito de repulsa. He seguido paso á paso, desde que Machaquito tomó la alternativa hasta el día de hoy, el vibrante, el vigoroso evolucionar de una sangre caliente y pundonorosa, y sé que el más pequeño signo de disgusto que exteriorice un momento de duda en la vergüenza taurina de este hombre, puede hacernos asistir á una terrible tragedia, á una sangrienta catástrofe.

Machaquito es, ante todo y sobre todo, «un caso» de dignidad profesional, del que no hay precedente en los anales de la tauromaquia.

No es el espíritu blando, fácil al triunfo, á quien embriaga el perfume de los laureles. Es el amor propio «hecho carne», mina cargada con terrible explosivo, que amenaza reventar al más li-

gero choque. No es el aplauso lo que le emborracha; es la protesta la que le enfurece. Oye, con visible regocijo en el semblante, las estruendosas aclamaciones; pero como sabe que le son debidas porque han sido gallardamente conquistadas, no repercuten en su corazón con toda la fuerza que en sí llevan.

Los silbidos, las manifestaciones de queja ó disgusto, son oleadas de sangre que anegan su cerebro y anublan sus ojos. Entonces surge en su paavorosa grandeza el valor y la vergüenza de este enorme matador de toros. Entonces se dibuja en el ambiente la tremenda catástrofe, la atmósfera se tiñe de rojo y nuestro pensamiento se finge la tragedia, cuyo prólogo comienza á representarse en el redondel.

Para un carácter como el de Machaquito no se han hecho las rivalidades. Ahora se pretende formar una, poniendo frente al bravísimo cordobés al madrileño Vicente Pastor, matador de insuperables condiciones; pero no, no llegará á formalizarse por una razón sencilla, de fuerza avasalladora. Machaquito no será vencido nunca por Pastor, porque Machaquito se dejaría antes la vida en la cabeza de un toro.

El rival es terrible y de consideración; por eso la competencia acabaría mal. El cordobés, antes de reconocer su derrota, se colgaría por el pecho de los pitones.

En algunos momentos, el peligro ha vuelto cuerdos á los que, locos y temerarios, querían

acabar con un toro á puñada limpia. Frascuelo, que fué un fenómeno de vergüenza torera, hubo de ceder en sus grandes rivalidades con Lagartijo, cuando las condiciones de los brutos le aseguraban un grave descalabro. Y varias veces le vi yo arrojar al callejón de cabeza—con aplauso de los sensatos—que no había de dar gusto á sus detractores, «dejándose coger», por una mal entendida cuestión de amor propio.

Machaquito, que en momentos normales de la lidia puede que busque «alivios» y ventajas para torear, «se dejaría coger» en un momento de esos. Nada de competencias, créanme ustedes á mí, que soy viejo en estos menesteres y sé lo que dan de sí ciertos empeños, que ni la razón ni los buenos sentimientos pueden disculpar.

Basta para que Machaquito ponga todo el gas en la máquina que otro espada cualquiera, Pastor, Regaterín, Gaona, arranquen aplausos por sus valientes faenas. Estos aplausos enardecen al bravo cordobés, porque quisiera para él todas las aclamaciones, y ya enardecido, veremos estupendas estocadas, administradas á toña y daca, y aplaudiremos pases de muleta emocionantes, de mucho peligro para el matador, que no se saldrá ni un instante de entre los cuernos.

Lo que no puede tolerarse, por ser de una crueldad inaudita, es que los apasionados de este ó el otro espada molesten á Machaquito mientras está delante de los toros. Todos conocemos la impetuosidad de su carácter y su exagerado amor

propio, y cualquier chufia ó silbido, en momento tan peligroso, pudiera dar lugar á una gran desgracia.

En fecha reciente, toreando el cordobés y el madrileño Pastor, fué éste cogido por un toro de mala manera—sin que, por fortuna, resultara herido—, precisamente por lo que vengo censurando. Los incondicionales de Machaquito, á guisa de represalias, trataron de molestar á Vicente con gritos y frases de mal gusto, mientras trasteaba, y el madrileño, cegado por los injustificados apóstrofes, «se dejó coger» al dar un volapié magnífico.

Yo creo que á la Plaza no se debe ir á esto. Y, desgraciadamente, muchos no van á otra cosa.

Ni porque Pastor mate un toro de una manera estupenda dejará de ser Machaquito un matador de toros formidable. Ni porque éste, en un alarde de amor propio, se deje dar una cornada, habremos de negar á Vicente su valor, su inteligencia y su vergüenza torera.

Yo creo que los dos, toreando juntos, pueden dar muy buenos ratos á la afición, porque ambos son pudonorosos y les alienta un espíritu de valentía digno de aplauso. Pero dejemos á cada cual que haga tranquilamente lo suyo. Rompámonos las manos á aplaudir cuando realicen faenas merecedoras de aplauso y seamos benévolos si las cosas no les salen todo lo bien que ellos quisieran, mientras no los veamos huir y escurrir el bulto, porque el miedo no se puede nunca disculpar.

A veces, de las malas faenas tiene la culpa el público, por excederse en las censuras contra determinado diestro. Este, por muy dueño que sea de sus facultades, concluye por aburrirse, y entonces nada le sale á derechas.

Y busquen ustedes las competencias entre toreros y matadores, porque ahí sí las puede haber, cuando unos y otros son de la misma categoría. Pero entre lidiadores de igual especie es difícil sostenerla, como sería para un cocinero tarea irrealizable el componer un «menú» de primer orden sólo con langosta.

Yo me he aburrido mucho en corridas donde los seis toros murieron de seis soberbias estocadas, y tampoco me divertieron gran cosa, otras en que ví lances de torero monumentales, y, en cambio, se dormía la gente en el último tercio, mientras el espada mechaba al animal.

Vengan toreros y matadores. Aquellos se estrecharán más de lo que acostumbran para no desmerecer de sus compañeros, y los estoqueadores pararán todo lo que puedan, para torear mejor que otras veces.

Y entonces presenciaremos grandes corridas de toros, donde el espectador se hartará de aclamar á los diestros, aunque tenga, de vez en cuando, que ejercer su sagradísimo derecho de protesta.

Me gusta ver pasión y entusiasmo en el público de los toros, porque ellos constituyen la salsa de la fiesta; pero contenidos dentro de sus justos límites para que no degeneren en repugnante bes-

tialidad lo que debe ser un gallardísimo alarde de arte y valentía.



Machaquito no es Bombita con la muleta, ni conoce como éste, tan á la perfección, los recursos de que ha de valerse para corregir los defectos á los toros de lidia difícil. Pero como es valiente y sabe torear, suple con el corazón lo que pueda faltarle de ciencia taurina.

El llega á los toros con la muleta como los llegaba Frascuelo; él los obliga y los consiente; él se aprieta con ellos, á veces de manera que angustia y desasosiega; le vemos cogido muchas veces, porque su amor propio no le permite demostrar que en determinado momento desconoce el recurso preciso, y tapa el lunar arrimándose más al peligro. Sus faenas con la muleta suelen ir acompañadas de clamorosos gritos de entusiasmo, por lo ceñidas y emocionantes. Casi siempre se mete entre los pitones, burlando con temeraria serenidad los terribles derrotes. ¡Así era Frascuelo! No había aquel emporio de arte, de sabiduría y de elegancia de Lagartijo; pero sí se experimentaba un escalofrío de terror al ver cómo desafiaba la muerte, sereno, impávido, con su rostro de color de chocolate.

¡Y á la hora de matar!...

¡Ahí está Machaquito! No se perfilaba tan encorto como Salvador—éste ponía la punta del estoque entre los cuernos—; pero arranca tan dere-

cho, tan derecho, que casi no puede apreciarse el sitio por dónde sale.

Me decía en cierta ocasión el ilustre Benavente que la manera de estoquear de Machaquito le recordaba la perfidia del astuto felino que, dispuesto á merendarse al inocente pajarillo, que pía y salta en vuelos breves por el alero del tejado, enarca el lomo y le sigue con los ojos, sin hacer ningún movimiento agresivo que denuncie su péfida intención.

De repente el gato da un salto y cae sobre el pájaro y le sujeta ferozmente entre sus patas. No ha visto cómo ha saltado, ni qué momento aprovechó para el ataque. Sólo se ve al pajarillo preso, moribundo, sin que su instinto de conservación y sus alas, le hayan servido para librarse de la muerte...

Machaquito arma el brazo y arranca como una vela, sin doblarse sobre el pitón, como si fuera á buscar con la boca «algo» que hubiera visto brillar en medio del testuz.

«Sin saber cómo ni por dónde», el bruto, herido, rueda como un carrete, con el estoque enterrado hasta el puño en lo alto de las agujas. Ni su pavoroso empuje, ni sus afilados puñales le sirvieron en el tremendo embroque para librarse de la muerte.

Machaquito cayó sobre él, como el gato sobre el pájaro, y le hundió en el cuerpo, en el sitio preciso, el terrible acero. ¡Ya es suyo!

Cierto que el de Córdoba da el paso atrás al

arrancar, que tanto censurábamos en Lagartijo. Yo no lo juzgo un defecto, si no se sale de la recta y se practica para dar mayor fuerza al ataque. Sería digno de acerba censura si el diestro le empleara como «tranquillo» para facilitar la salida, que siempre debe darse con la muleta. Pero creo que Machaquito no se preocupa de salir cuando apunta al morrillo con el estoque. Lo prueba el que casi siempre sale rebotado.

Un notable escritor mejicano, aficionado de la buena cepa, D. Carlos Quiroz, juzga á Machaquito, á la hora de matar, en la siguiente forma:

«Cuando á mí me encanta, cuando el nene está guapo de verdad, es cuando se perfila. Lo hace en corto; me recuerda algo así como una silueta de Salvador, según el modo de armarse .

»Al entrar por uvas, me da miedo; se tira á lo desesperado; se arroja en medio de los pitones y no intenta vaciar ni procura ver el modo de salirse; se queda en la cara, atontado, y por lo regular sale rebotado, cuando no se lo llevan los moruchos por delante.

»Dios me perdone; pero si este niño no aprende el modo de salirse del embroque, va á sufrir mañana ó pasado un susto que no va á quedar para contarlo.

»Una cosa en él me disgusta mucho: que da el paso atrás más exagerado que otros.»



Reconozco que Luis Mazzantini, Algabeño,

Reverte y Padilla han consumado con mayor perfección que Frascuelo la suerte del volapié y que, «teóricamente» considerados, fueron superiores al tremebundo matador de Churriana.

En aquella su tosca imperfección radica, á mi juicio, la grandeza del momento terrible cuando toro y torero se confunden en «un abrazo». Aquella honda sensación, que empavorecía y asombraba, no la ha dado en el redondel nadie como Frascuelo.

Por eso le juzgo—y así lo consideran todos los inteligentes—como el primer matador de toros que ha existido.

Después de Salvador... ¡Machaquito! El, si no con tanta intensidad, da el mismo «do de pecho» que daba el de Churriana. El atesora, por cantidades enormes, el mismo amor propio y la misma vergüenza torera que Frascuelo. El, en fin, se siente cada día más bravo, y cuanto mayor es el número de cicatrices que tiene en el cuerpo, mayor es su valentía y mayores sus entusiasmos.

Machaquito cuenta con una fortuna considerable y con hondas afecciones del alma, que suelen ser, en la mayoría de los casos, rémoras que atenazan el corazón cuando se sale en busca de aventuras peligrosas.

Machaquito se olvida de todo en la arena. Le ciega el pundonor hasta un punto inverosímil.

Un silbido, una frase de protesta pueden llevarle á la muerte.

Y si muere, morirá con la sonrisa en los la-

bios, sin que en el triste momento turben su agonía otros recuerdos que el del cornúpeto, que, en lucha franca y cara á cara, le hunde para siempre en el sueño del que no se despierta.

Machaquito es un «caso clínico» de vergüenza profesional, del que no existen precedentes en la historia de la tauromaquia.

La vergüenza de Machaquito ⁽¹⁾



Decíamos ayer...

«Al fin, se convencieron ayer muchos catecúmenos que Machaquito es un prodigio de vergüenza torera—muy distinta del valor, algunos los confunden—y que mientras se vista la taleguilla no habrá quien le supere á llevarse los aplausos del público, porque si alguno le empuja, él va donde pueda ir otro cualquiera, el que más valga.»

De los lidiadores contemporáneos no existe ninguno de mayor vergüenza profesional que el matador cordobés, Machaquito.

De todos los diestros que yo he conocido, y según mi cuenta, hace veinticinco años que empecé á ir á los toros, sólo Frascuelo, y en menor escala el Espartero, podrían competir con Machaco en este punto.

Frascuelo fué un fenómeno de pundonor y vergüenza. En cuanto oía algún silbido perdía los estribos, le cegaba el amor propio y se lanzaba al peligro, enrojecido por la rabia. En las tardes de desgracia se iba á su casa y se metía en la cama, sin comer. Ni los ruegos de su familia, ni los con-

(1) Corrida celebrada en Madrid el 3 de Mayo de 1908.

suelos de sus incondicionales hacían mella en su ánimo conturbado. Lloraba de vergüenza.

Espartero, el torero más valiente que ha pisado la arena de los circos, tenía también un amor propio muy grande. Sus enemigos—¡quién no los tiene!—le llamaban envidioso. Contendía con aquel inmenso torero que se llamaba Rafael Guerra, y en la lucha salió siempre vencido el de Sevilla. Sólo á fuerza de pundonor y bravura pudo el desgraciado «Maoliyo» lucir con luz propia junto á un sol que deslumbraba y lo abrasaba todo.

De aquellos grandes lidiadores, Machaquito ha heredado la vergüenza torera, la primera, la mejor cualidad que deben tener—á mi juicio—los toreros.

Esta cualidad de valor inapreciable, constituye una garantía para los aficionados. Sabemos, cuando torea Machaquito, que algo bueno hemos de ver. El no se viste la taleguilla para salir del paso de cualquier manera. Va á ganarse el dinero á fuerza de arte y valor. Si por cualquier circunstancia el valor y el arte faltan, la vergüenza se encargará de dar un buen rato á los aficionados.

La palabra «mandanga» no se inventó para quien ha llegado á un primer puesto derrochando amor propio ante la cara de los toros.

No es Machaquito torero que posee todas las recetas del arte. Sostener lo contrario sería negar la luz meridiana. Pero sí puede asegurarse que, con mayor ó menor exposición, hará ó intentará hacer todo lo que haga otro cualquiera.

Por eso, en tardes desgraciadas, cuando la multitud increpa al pundonoroso diestro por su falta de ciencia ó por su falta de suerte, no sabe que le empuja á la enfermería con los silbidos, porque, antes de salir de la Plaza vencido y vilipendiado, le veremos colgado de un cuerno.

Y, la verdad, llegar á la cúspide para dejarse matar por un buey, es, en mi pobre opinión, el mayor disparate que se le puede ocurrir á un hombre.

Ayer tarde no presenciarnos una catástrofe por verdadera casualidad.

El primer toro de Machaquito era, por su estampa, uno de los cornúpetos más hermosos que he visto en mi vida. En esto el duque es el amo; presenta sus toros como nadie.

El bicho cumplió en el primer tercio, sin grandes excesos; pero se aplomó tanto luego, que aun para banderillearle tuvieron que consentirle mucho los chicos del cordobés.

Machaquito le entró á matar bien é hizo todo lo suyo; pero el veragüeño no puso lo que á su parte correspondía...

Repitió Rafael y ocurrió lo mismo, y así hasta cuatro veces.

Entonces el de Veragua «se acostó» del lado derecho, y ya no era posible, sin salir enganchado, que el diestro lo hiciera todo, lo del toro y lo suyo.

Muchas veces pinchó el de Córdoba, siempre arriba; pero el animal se encogía al sentir el hierro.

La multitud empezó á silbar y Machaquito á descomponerse.

Y el amor propio, cegando al diestro, le hizo echarse sobre la cuna del toro, que le prendió por una manga, le destrozó el chaleco, le derribó y pisoteó.

Milagrosamente no fué encornado por el pecho, pues el bicho tenía unos alfileres de padre y muy señor mío.

Poco piadosa la muchedumbre, increpó furiosamente al pundonoroso cordobés cuando, abatido, pálido por la emoción y con la ropa destrozada, se retiraba al estribo.

.....

.....

Y salió el quinto veragua, un animal negro, grande, tocado de pitones y de mucho respeto.

Machaquito se fué á él, y cuando ya el toro le había visto, tiró el capote, cruzó los brazos y esperó á pie firme.

Hubo un momento de suprema emoción en el público. No se oyó un grito. El terror nos hizo á todos enmudecer.

Parecía que Machaquito se iba á dejar matar. Muchos lo creyeron así.

Llegó la fiera, pujante y resoplando y, al tirar el derrote, Machaquito quebró con la cintura y dejó pasar al animal. En uno de los pitones debió llevarse algunas hebras del oro de la chaquetilla.

Aquel soberano arranque de vergüenza torera

hizo estallar á la Plaza en un alarido de entusiasmo.

Machaquito, pálido y sonriente, se quitó la montera, saludó con modestia y se fué al toro.

Había vencido. La multitud, que antes le injuriaba, le aclamaba ahora.

A eso aspiraba. Para eso se había vestido de torero. Triunfaba, al fin.

Esto es un torero de vergüenza.

Ayer lo demostró, lo demostrará siempre que sea necesario.

Machaquito es, ante todo y sobre todo, el lidiador de mayor vergüenza torera entre todos los que hoy pisan la arena de la Plaza.

¡Viva Córdoba!

Ya hacía tiempo que no vitoreábamos á la ciudad de los Califas.

Hoy se impone un grito de entusiasmo en honor de Manolete, cordobés de la buena cepa, emparentado por los cuatro costados con cuantos Abderramanes taurinos—desde el gran Lagartijo al Lagartijo de hoy—vieron la luz en la célebre capital andaluza.

¡Aquí hay solera!

Manolete toreó con clásica elegancia y con mucha vista al último veragüeño, y le tiró patas arriba de un soberbio volapié, entrando el hombre como un señor mayor, con toda la barba.

En el tercero, muy bueno también.

La faena, un poco laboriosa, porque el bruto paraba poco, y la estocada, en su sitio, algo perpendicular.

Muy serio en la brega y sabiendo lo que se traía entre manos.

Hizo un magnífico quite á un picador en una caída peligrosa.

Este fué el Manolete de ayer.

El héroe de la tarde.

*

¡Viva Córdoba!

Este va por Lagartijo. Ayer hizo cosas muy buenas el chico de Juan. Otras, regulares. Pocas, malas.

Al herir, entró aliviándose mucho en sus dos toros, y agarró las agujas por cierta habilidad del cordobés, que consiste en saber pescar peces sin mojarse las manos.

Muy bueno en varios lances de capa—Córdoba puro—al cuarto veragüeno, y menos apático que de costumbre, en la dirección de la lidia.

Machaquito, en el quinto; un buey morrocotudo, se hizo con él de una buena sobre tablas, yéndose todo derecho.

¡Olé la vergüenza del niño!

*

Corrida muy aceptable.

Y como excepcional, un quite maravilloso de

Mojino, que libró de un grave contratiempo á su jefe, Machaquito. Cayó éste ante la cara del toro, y cuando ya iba á ser encornado, el milagroso capote de Mojino distrajo al cornúpeto y pudo Rafael levantarse y huir.

Ovación formidable y muy justa.

Zurito, muy bueno. También, Melones. Todos, todos cordobeses.

Manolete, Mojino, Machaco, Lagartijo, Zuritō...

¡Viva Córdoba!

¿Que hubo algo censurable? ¿Quién lo niega?

Nuevo «Alcalde de Zalamea», decía yo, parodiando á Crespo:

El arte taurino en Córdoba
es sólo cuerpo no más.
Si éste tiene muchas manos,
decid : ¿qué más se me da
que aquesta desluzca un poco
lo que otras hacen brillar?...
«¿Y qué importa errar lo menos
quien ha acertado lo más?»

Ocho míuras ⁽¹⁾

Fuentes-Bombita-Machaquito-Cocherito

Hombre prevenido...

Por lo que pueda tronar, yo ya me he adelantado á los acontecimientos.

Les diré á ustedes cómo fué, y confío en la benevolencia del público. Pero no me gusta dejar enfriar los entusiasmos, y como buen español, amo y admiro las sentencias populares y procuro observar sus saludables enseñanzas.

El llanto sobre el difunto. Lloremos, pues.

Salí de la Plaza con el corazón palpitante de emoción. Creí que el picarillo quería saltásemé del pecho.

La multitud, por la calle de Alcalá abajo, llevaba también retratada en la cara la alegría del buen vivir.

Entré en el primer café que «me salió al paso».

Pedí una chica de cerveza y recado de escribir, y en cinco minutos enjareté la carta que voy á tener el humor de «colocar» á ustedes:

(1) Corrida celebrada en Madrid el 9 de Mayo de 1907

«*Para* MARIANO BENLLIURE.—ESCU-
TOR.

»Prepárate, ilustre *alfarero*. ¡Ha llegado la hora!

»Afila tu cincel de oro y «mete mano» en ese barro *divino*, que conviertes luego en obras inmortales, porque ya no es posible esperar ni un momento más.

»La afición reclama tu concurso para la obra magna que proyecta. Tú, aficionado de pura sangre, que en el lienzo y en el mármol tantas preciosidades taurinas tienes hechas, no te puedes negar á tan justa demanda.

»Las circunstancias lo imponen, y ante su fuerza avasalladora no hay más que bajar la cabeza y ceder.

»Pon en remojo esa brillante fantasía que en sitio tan preeminente ha colocado la escultura española y lánzate á la pelea.

»Es necesario, absolutamente necesario, que hagas una estatua á Machaquito.

»El inmenso valor de este cordobés ilustre debe perpetuarse en mármoles y bronces. *Otros* que no tuvieron en los supremos momentos de la vida su asombrosa serenidad y su incontrastable bravura, se ofrecen en estatuas á la admiración de las gentes.

»¿Por qué no hemos de levantar una estatua á Machaquito?

»La figura del torero, con su traje de luces y sus pantorrillas á la intemperie, tal vez no con-

seguiría inflamar tu imaginación para que, como siempre, en tus empresas, te resultase una obra definitiva.

»Ahí va para este caso una modesta idea.

»Un toro herido de muerte con una estocada monumental, hasta el puño, se tambalea como un beodo. En el pitón derecho lleva prendido un trozo de pechera de la camisa del matador...

»Nadie vacilaría al pronunciar el nombre del diestro...

»¡MACHAQUITO!

»¿Quién puede haber dado *esa* gran estocada, dejándose en los cuernos las chorreras de la camisa?

»Sólo... ¡¡MACHAQUITO!!

»¿Qué te parece, artista insigne, ésta mi modesta idea?

»¿Te parece bien? Pues manos á la obra.

»Como conozco tu soberana generosidad y me sé de memoria tu proverbial esplendidez, nada te hablo de precio. Hay cosas en el mundo que con todo el oro que existe no podrían pagarse. Tu firma es una de ellas.

»Empieza á modelar. Inspírate en aquella soberbia faena de Machaquito con *Barbero*, el tercer miura de la tarde... Sigue modelando...

»Y ya conocida la obra, cuando esa preciosidad artística salga terminada de tus manos... ¿qué hacer con ella? Pues... me la regalas á mí.

»BENLIURE-MACHAQUITO.—El rey de la escultura junto al rey de los matadores de toros.

»¡Entre *monstruos* anda el juego!... Te admira y te quiere y no sabe si es más grande la admiración que el cariño ó viceversa.—*Don Modesto.*»

*

Salí del café y deposité la carta en el buzón de un estanco.

A estas horas ya obrará en poder del ilustre artista.

Pero por si un extravío ó un error de dirección impide que el escultor insigne se entere de mis propósitos, lea en estas columnas lo que para él escribí en aquel café, «que me salió al paso».

¿Qué opinan ustedes de mi carta? ¿He hecho bien ó mal en adelantarme á los acontecimientos?

Hombre prevenido vale por dos, y como veo llegar á pasos agigantados el solemne momento en que las multitudes pidan á grito herido la *estatuación* del gran Machaquito, me parece oportuno ocuparme de los preliminares, para que los sucesos no nos sorprendan, aturullen é inutilicen.

Hombre prevenido...

Lo de la tarde

Lo fué, por lo extraordinariamente bella y magnífica, la faena no superada, ni igualada por nadie, de Machaquito, al estoquear el tercer toro.

Sobre la mano izquierda—¡ah, señores toreros, *sobre la mano izquierda!*—tomó el cordobés á *Barbero*. El pase natural resultó precioso por lo

ceñido. Siguió toreando con la misma mano—¿se fijan ustedes?—citando con la pierna contraria metida entre los pitones, alargando el brazo sin mover los pies y recogiendo al cornúpeto entre los vuelos de la bandera.

Solo en los tercios del 1.

Muy en corto, arrancando derecho y adelantando el engaño como mandan los cánones y los riñones consienten, metió el estoque hasta las cintas, en la misma cruz.

El toro se llevó en el pitón las chorreras de la camisa.

Rodó *Barbero* como una pelota, y en la Plaza estalló una ovación imponente, indescriptible, trepidante...

El cordobés sonreía y saludaba.

Un verdadero asombro de pundonor, de valentía y de vergüenza torera.

Señores... ¿les parece á ustedes que ha llegado el momento de levantar una estatua á Machaquito?

El señor Antonio

Fuentes no pudo lucirse en la muerte de sus toros, porque los animalitos llegaron á sus manos en no muy recomendables condiciones.

Nos probó D. Antonio que es un maestro, desde la coleta á la zapatilla.

Es preciso torear todo lo que él torea, para atreverse con una corrida de Miura en la tarde de

presentación, mermadas como están sus facultades y con el público no de buena cara para su personita.

El señor Antonio no nos asombró con sus faenas ni mucho menos, y quién sabe si otro diestro menos ducho que él hubiese logrado con los mismos toros mayor lucimiento; pero confesemos que en el quinto principalmente, que se traía unas intenciones de *azúcar cande*, estuvo el hombre sereno é inteligente y mató con habilidad, dejando pasar el peligro.

El primer miura era de menos cuidado, si bien alargaba el pobrecito el pescuezo para ver si podía hacer *pupa*. Algo embarulladillo el maestro con la muleta, porque el bicho era bravo y se le iba encima.

Cocherito ayudó con suma inteligencia.

Una estocada corta, no mal señalada, y á otra cosa.

Con ganado de otra marca y más manejable hubieran merecido censuras las faenas de Fuentes.

Con miuras, no. Pongámonos en el justo medio.
¡ Esas cinco letras !...

Muy mal, Bombita

No puedo disculpar á Bombita, como disculpo á Fuentes, con haber sido las faenas de éste tan desgraciadas como las de Ricardo.

En iguales circunstancias actuaría de abogado defensor del simpático niño de Tomares.

Sus miuras tampoco fueron almendritas de monja, y tal vez apurando algo el consonante, tuvieran cierta justificación las precauciones del espada.

Pero es que llueve sobre mojado.

En lo que va de temporada, hemos visto en Ricardo, al torero de extraordinarias facultades y de soberana inteligencia, que domina á los toros con su capote y les hace bailar como quiere, entre los vuelos de su privilegiada muleta.

Pero el matador no ha parecido por ninguna parte, ni un solo momento. Incierto y vacilante al armar el brazo, parece que no conoce la suerte que va á ejecutar.

Yo no puedo atribuir al miedo lo que para mí no tiene satisfactoria explicación.

¿Cómo es posible que quien minutos antes ha derrochado un valor inconcebible, toreando en la misma cuna, rozándole en el pecho los cuernos del bicho, vacile por temor al peligro, un instante después, al meter el brazo?

El no dominar la suerte con la facilidad que domina la de la muleta, es, á mi juicio, la causa á que obedece esta desgracia de Bombita.

Es verdaderamente una lástima que semejante cosa ocurra en un torero de tan enormes proporciones, pues á poco que matase, sería Ricardo, *indiscutiblemente*, el número uno del gremio.

¡Esta maldita Naturaleza, que no hace nada perfecto!

Los miuras de Bombita tenían lo suyo. Queda-

dos, reservones, inciertos y arrancándose para coger.

Ricardo, con la muleta, estuvo sereno, inteligente, bravo. Al herir deshizo la reunión antes de tiempo, y como su primer enemigo era un marmolillo y no hacía nada por el diestro, la cosa resultó fea hasta más no poder. La última vez que entró á matar, lo tuvo que hacer todo el de Tomares.

En el sexto, hecho un maestro con el trapo. El bicho se dolía de la vista y desarmaba. Ricardo arrancó con alguna más decisión que otras veces, encogiéndose el de Miura al sentirse herido.

Luego arreó un meneo en el sótano, para concluir pronto.

En las circunstancias de Fuentes, es decir, de haber sido el primer día, disculparía á Bomba con toda la fuerza de mis convicciones.

Pero como llueve sobre mojado, me veo en la triste necesidad de repetir:

—Muy mal, Bombita.

El de Bilbao

Valiente y con grandes deseos de trabajar.

Con algún embarullamiento trasteó á su primer toro, *que tampoco era un borreguete*, y entrando bien á matar soltó una corta muy buena, que el mismo diestro ahondó con unos cuantos muletazos de maestro.

En el último, bravo y breve.

Un pinchazo y una corta por todo lo alto.

Se aplaudió mucho á Cocherito. Más merecía el muchacho.



Machaquito, en el séptimo, avisadillo por ambos lados y con todas las de Caín, estuvo sereno, eficazmente ayudado por Bomba.

Pinchó en buen sitio, y quedándose el toro, atizó un estoconazo delantero de efecto rápido.

Para lo que era el de Miura, no quedó mal el cordobés.

Picando, Zurito, como siempre, y con los palos Patatero, Moyano y Cayetanito.



¡Qué entrada! Hasta en el tejado había espectadores.

¡Qué tarde! Un airecillo perfumado y caliente nos decía, por las *narices*, que Mayo, el mes de las flores, es el que rige y gobierna en la actualidad.

¡Qué señoras!...

Estas no me dijeron nada... Y por cierto que lo sentí.

De cómo se saca una espina ⁽¹⁾

Seis de Surga.

Quínto-Bombita-Machaquito

CAPITULO PRIMERO

De cómo se saca una espina un torero de vergüenza

Al chico de las de Machaco se le había vuelto el santo de espaldas. Todo era inútil. Ni morderse los puños con rabia, ni lanzar ternos estrepitosos, ni apretarse los machos en un movimiento de furor, ni hacer hoyo en la arena de tanto restregar con los pies. El santo no le daba la cara.

Y á bien que pasadas y memorables hazañas le habían bien quisto con el público, y conservaba fama envidiable que le ponía á cubierto de infamantes sospechas; pero «la cosa» se prolongaba demasiado y era preciso acabar con «la negra», rápida y brutalmente, pues él, aunque cordobés poco versado en letras, sabía de sobra que en la vieja Castilla corren de boca en boca la frase vulgar que dice: «Tanto va el cántaro á la fuente...».

(1) Corrida celebrada en Madrid el 15 de Mayo de 1908.

ó el dicharacho—que inventó, sin duda, el despecho ó la envidia—y que reza á la letra: «Torres más altas han caído».

El mozo ni tenía hora de sosiego ni encontraba instante propicio para el descanso. De noche, las sombras conturbaban su espíritu, y los ojos, de par en par abiertos, se paseaban tristes por el techo de la alcoba. Cuando vencido por el sueño doblaba la cabeza, medio cerrados los párpados, un silbido estridente, fatídico, le hacía estremecer de pies á cabeza, y temblaban los labios y temblaba de ira el corazón.

—¿Se me habrá acabao el gas?—se preguntaba inquieto y balbuciente.

Pero á renglón seguido encontraba la respuesta, porque la sangre le subía á borbotones al cerebro, el rostro se congestionaba y apretaba los puños hasta herirse con las uñas las palmas de las manos.

Y en tal estado de cosas, llegó el día de San Isidro, y con él una corrida de toros, con seis de Surga, y en la que, junto á Quinito y Bombita, figuraba como tercer matador, el chico de las de Machaco.

El tercer cornúpeto era un exagerado cornalón, flaco de carniceras y de levita gris bastota y deslucida.

El animal llegó al último trance de su vida en muy recomendables condiciones para que el espada hiciese con él, lo que á su ciencia y valor conviniera.

El de las de Machaco mandó retirar la gente, y se enredó con el de Surga en vivo, lucido y artístico combate.

Los descarados pitones rozaron varias veces la chaquetilla del lidiador, y la pierna izquierda del torero se vió otras muchas entre la enorme cuna del cornúpeto.

La multitud aclamaba á pulmón herido y batía palmas con verdadero frenesí.

Cuadra el bicho, y el matador arranca sobre él todo derecho, se hunde el estoque y rueda el torero al encontronazo.

¡Colosal!

El bicho estira las manos y humilla la cabeza. Las patas traseras resbalan: parece que quiere tocar la arena con la barriga. No lo consigue. Lanza un fuerte resoplido, se dobla y da en tierra, agitando al aire las cuatro patas.

Machaquito, pálido y sonriente, saluda con los brazos al alborotado concurso.

¡La faena de la temporada!

—Esto empieza á cambiar, ¿no te parece?— pregunta el cordobés á su primo Camará, que va á su lado.

—Ríete de la «onsa» que cambiaba nuestro ilustre antepasado, el gran Lagartijo. Tú acabas de cambiar una «arroba», que son unas mil «onsas», poco más ó menos, según me ha dicho Chatín, que sabe de cuentas.

Un diluvio de sombreros cae á los pies de Machaquito.

Mosquera, que no pierde una y que cobra á los acomodadores el cincuenta por ciento del alquiler de las almohadillas, le dice á Retana, su fiel representante :

—Mira que si esos sombreros no tuvieran vuelta, ¡qué saldo iba á poner en mi despacho de la Puerta del Sol!

—Tendría usted pa comprar otra de Surga con lo que se sacara.

—Y dos también. ¡Ya sabes que van baratos!

.....

El último era cárdeno y levantado de pitones. De bravura no andaba «el sujeto» muy sobrado y gracias á la buena voluntad de Zurito, cumplió en el primer tercio.

Vuelve el de las de Machaco á la palestra.

Empapa al de Surga en la muleta, y con los pies de plomo le torea dando varios naturales y algunos ayudados, de efecto sorprendente.

Junta el bicho las manos sobre tablas del 10, y Machaco se acuesta en la cuna, y mete el estoque, los dedos y el codo, en el mismo morrillo.

—Creí que te ibas á colar tóo—le dice riendo Camará.

Se bambolea la fiera y cae pesadamente,

como la encina rota por el rayo.

Y el público, ya en el delirio, tributa á Machaquito una ovación inmensa, inenarrable, ¡única!
¿Para qué seguir?

El cronista, con lo emitido, cree haber probado á sus lectores que un torero, cuando tiene vergüenza en la cantidad que la posee Machaquito, se saca, no una, sino cien espinas, el día que menos se piensa.

Y fué, como queda dicho, un día de San Isidro, entre cuatro y media á siete de la tarde.

CAPITULO II

De cómo se clava una espina y de cómo se saca, cuando se juntan en un torero el arte y el pundonor.

Ya dijo el clásico que el dar coces contra el aguijón era empresa de tontos, y el luchar contra la «mala pata», intento inútil de ilusas vanidades.

El que ha «nacío» en martes, como dice la copla, se verá perseguido siempre por la suerte negra, en todos y por todos los actos de la vida.

Bombita es uno de esos.

Si cae una estrella, le aplasta á él; si estalla una sublevación en Cuenca, él será el perseguido y sumariado; si sale un buey al ruedo, para él y sólo para él. ¡Maldito martes!

El manso que le cupo en suerte, era de lo más manso que ha venido al mundo, desde Carlos IV á la fecha.

Y para colmo de desdichas, Arriero le metió un

puyazo hondo, con rotura del palo, en una paletilla, y el desaguisado averió bastante la vista del animal.

Bombita se confió poco con el socio.

Las cosas, en su lugar.

El buey no embestia; atropellaba y atropellaba á los bultos que veía á alguna distancia. Al llegar á la muleta perdía el punto de vista y no engendraba el derrote. Arrancaba, arrancaba. Y una de las veces derribó al de Tomares y le pisoteó.

¿Un sartenazo á paso de banderillas hubiera satisfecho á los señores?

Por si acaso, no se atrevió el espada á emplear este recurso, y la faena se hizo larga, larguísima. Un alguacillo dió el primer aviso.

Y el buey trotaba y los toreros trotaban en su seguimiento.

Al fin, Bombita suelta un metisaca en el gollete, poco profundo, y luego una muy torcida, por las inmediaciones del pescuezo. Dobló el buey.

Muchos aplaudían. Muchos silbaban.

Bombita, malhumorado, triste, se retiró al estribo y poco después á la enfermería, porque sentía vivos dolores en el pie derecho al fijarle en el suelo.

Llevaba una espina clavada en él.

¿Se la sacaría, al fin?

Ya lo creo que se la sacó. A la hora escasa. En el quinto, berrendo, que si no era un dechado de bravura y nobleza, se dejaba, por lo menos, torear.

Una lucidísima y ceñida faena con el trapo,

metido entre los pitones, y una corta muy bien señalada y de efecto instantáneo, arreando derecho y con todas las de la ley.

El cronista adivina la malévola sonrisa de los que rompen lanzas por determinados diestros, que no tienen, ni por casualidad, una tarde buena.

No sonriáis, espíritus malignos. Todas las cosas han de juzgarse desde su especial punto de vista.

Canalejas—pongo por orador—podrá tener un día malo, y Rodríguez San Pedro—pongo por un latero—un día brillantísimo. ¿Y por eso vamos á decir que Canalejas es un sacamuélas y Rodríguez un Demóstenes?

Si ayer cualquier diestro hace lo que Bombita, tal vez se hubiesen levantado contra él hasta los cimientos del circo, y yo hubiese sido el más ruidoso protestante.

Aquello de «tanto va el cántaro á la fuente...», viene aquí como anillo al dedo.

Con Bombita, ni yo, ni nadie, sin incurrir en grave injusticia.

Con Machaquito, tampoco. A cada cual ha de juzgársele con distinto criterio.

Yo nunca, aunque le viese incierto, balbuciente, torpe y descompuesto, negaría que Canalejas es un gran parlamentario. Y si, por una larga serie de descalabros, me convenciera de que su palabra privilegiada había sufrido un eclipse definitivo, diría: «Fué un gran orador».

Nunca, en la vida, podría decir: «Fué un charlatán».

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

Pues si lo entiendes, habrás comprendido de qué manera se clavó una espina y cómo se la sacó después, un torero que tiene pundonor y sabe de estas cosas de toros, mucho más que ninguno.

CAPITULO III

Las espinas de Quinito

Se clavó una morrocotuda en su primer toro, al que muleteó con excesivo movimiento é hirió en el sótano, alargando la diestra feamente.

Y no se la sacó del todo en el cuarto, aunque estuvo más sereno con la muleta y entró á matar bastante bien. La estocada resultó corta, y hubo que dar varios mantazos para que ahondase y produjera efecto.

A medio sacar la espina.

Yo confío en que Quinito se la sacará del todo en la primera ocasión que se le presente.

Como es algo testarudo, no pudo tirar de la astilla de una sola vez.

Por eso no salió entera.

Con otro tironcito, se quedará con ella en la mano.

Es cuestión de tiempo y paciencia.

EPILOGO

**De cómo se saca Mosquera las espínas
que él mismo se clava**

Me dicen que el fabuloso empresario repartió ayer en la Plaza unas hojitas, justificándose de los cargos que muchos abonados formulan contra él, por faltar abiertamente á sus promesas.

No me ha sido posible tropezar con un pape-lito de esos, y lo buscaba con empeño por saber que en el alegato se me alude humorísticamente.

¡Por Dios, D. Indalecio! ¡Vaya una manera que tiene usted de agradecer los favores!

Usted declara—según referencias— que no ha sido factor-telegrafista, ni siquiera empleado de ferrocarriles. Muy bien. ¿Pero era usted persona conocida?

Pues ahora, gracias a nosotros, los revisteros más ó menos «modestos»—¡oh, Quevedillo!—se le empieza á conocer. ¿Y esto no se agradece?

Ya sé la manera de corresponder á tantas in-gratitudes.

La del famoso burro de la comedia de magia:

Rascarme en las piedras toscas
—medio cómodo que alabo—
y hacer así con el rabo
para espantarme las moscas.

Una heroicidad de Machaquito ⁽¹⁾

Muerte de Pepete

En la serena vida del campo me sorprendió dolorosamente la muerte de Pepete. Un lacónico telegrama, en un periódico francés, me dió la triste noticia.

¡Pobre Pepete!

Aguardaba con impaciencia angustiada los periódicos madrileños para conocer detalles de la tremenda desgracia, y los periódicos no llegaron aquel día, ni al siguiente, ni al otro...

Pero sabía que había muerto. ¿Para qué quieres saber más?—parecía que me preguntaban las flores y los pájaros.

Es cierto. Sobraban los pormenores de la tragedia. Pepete ya no existía, y no importaba que el siniestro hubiese obedecido á una torpeza, á una imprevisión ó á una casualidad.

Pero al recibir la tremenda impresión de la noticia, instintivamente, sin saber á qué giro de mi

(1) Corrida celebrada en Murcia el 7 de Septiembre de 1910.

pensamiento pudo obedecer la lengua, dije espantado:

—Lo esperaba...

Al reaccionar el espíritu y darme cuenta clara de las cosas, pude razonar mi inconsciente exclamación.

Pepete fué un prodigio de valor; Pepete vivía más tiempo en la enfermería que en la arena; Pepete se crecía al dolor de las lesiones; siempre estaba vendido... Pero no es esto sólo. Pepete nació desgraciado. La rozadura de un pitón, que á otro cualquiera le obligaría á un par de días de descanso, era para Pepete un mes de cama. Una torcedura de un pie, una luxación de la mano, todo era grave en Pepete.

—¿Habrá muerto al dar una de esas estocadas tremebundas, en las que metía mano y muñeca en el morrillo?—me preguntaba yo.

—Tal vez en un pase de pecho ceñidísimo, clavado por el corazón...

No hacía falta tanto. Halló la muerte en un accidente fútil, sin importancia, de los que se dan ciento en cada corrida y siempre sin consecuencias.

Atropellado por un oro bravuconcillo, al salir suelto de la suerte de varas, una cornada seca... al pasar. Casi visto, sin que el público pudiera advertir la catástrofe.

—¡Yo no lo hubiera creído nunca! Morir así tan en tonto—decía un buen aficionado.

Yo, sí. En Pepete era todo posible. Su mala

estrella venció á uno de los corazones más grandes y mejor templados que ha tenido el toreo.

¡Lo esperaba! Inconsciente y aterrado, pronuncié esta frase al leer la noticia.

Se lucha contra el viento, contra el mar, contra el rayo, contra todo lo que puede oponer á nuestro esfuerzo alguna resistencia.

Contra la fatalidad es inútil la pelea, y aquel valerosísimo matador de toros fué señalado al principio de su vida por el dedo de la Fatalidad.



No presencié la cogida de Pepete, ni fuí testigo de las hermosísimas hazañas de Machaquito, mientras expiraba en la enfermería de la Plaza el infortunado matador sevillano.

Pero un buen amigo, capacidad extraordinaria en la materia y uno de los aficionados más sensatos é imparciales que he conocido, D. Antonio P. Santamarina, residente en Cartagena, me comunicó en carta particular, todos los pormenores de aquella tristísima tarde, en forma tan sencilla y elocuente, que no resisto á la tentación de ofrecérsela á mis lectores, muy seguro de que me lo han de agradecer.

Pido perdón al Sr. Santamarina, si doy á la publicidad lo que sólo fué escrito para mí; pero ha de comprender que quien posee oro de tan buena ley, en tan buen taller acuñado, no debe ser tan egoísta que lo guarde para su exclusiva satisfacción.

Y es—y esta es la fija—que no he visto en ningún periódico un relato tan sincero y tan conmovedor como el del Sr. Santamarina, respecto á la memorable corrida celebrada en Murcia el 7 de Septiembre del año actual.

.....
«Era, como lo fué toda la mañana, una tarde triste, gris, amenazando lluvia y robándole á la fiesta uno de sus principales atractivos: los rayos del sol.

La enorme Plaza, capaz para que desahogadamente la ocupen 18.000 almas, contenía escasamente en sus tendidos y graderías unos 5.000 espectadores, dándose con esa desanimación un nuevo toque á la tristeza, que parecía cernerse sobre el espectáculo.

Salió el primer oriundo de Ibarra, bravo y poderoso, como todos sus hermanos y, quizás, poseyendo la segunda circunstancia en mayor medida que ninguno de los restantes, pero que desde el principio al fin de su lidia hizo esa pelea incierta que da muchas veces motivo á que ustedes califiquen á un toro de *guasón*.

El cordobés salió al primer quite valiente y adornado, consiguiendo los naturales aplausos. En el segundo, verdadera caída de compromiso, al descubierto, estuvo Pepete valiente y oportunísimo, consiguiendo una verdadera ovación por la eficacia con que salvó al picador de una cogida segura. Machaquito después, en la tercera vara, hizo otro quite, estando bravo como en el primero y

consiguientes aplausos, y... llegamos á la catástrofe.

El toro *Estudiante*, en su calidad de *bravucón*, más que de bravo, tomó sin ninguna codicia el cuarto puyazo, del que salió suelto, y Pepete, que quería más palmas, corrió, innecesariamente, á la cabeza del toro. Llevaba el diestro iniciado el viaje á bastante velocidad, y, como á dos varas de distancia, distinguió el bulto el de Parlade, que se dirigió también con ímpetu hacia el lidiador. En una pequeña parte de segundo vimos clarísimamente, los que nos encontrábamos cerca, que Pepete no pudo enmendarse y evitar el embroque, bien sea por la velocidad adquirida, ó porque su notoria *falta de piernas* se lo impidiera. Lo cierto es que para nosotros fué una sensación como de dos fuerzas contrarias que fatalmente han de chocar, sin que ninguna de ellas haga nada por evitar el encontronazo. Así ocurrió, sin que Pepete llegara á extender el capote, ni tratara de cargar la suerte.

La cornada fué seca, tremenda, sin ningún aparato, y traspasado con el pitón derecho el capote del pobre torero, que fué suspendido una décima de segundo, á la carrera, y del mismo empujón lanzado al suelo, mientras el toro seguía su viaje natural, primero, y después, el que le marcaba la capa de Machaquito, que con gran prontitud se lanzó al quite.

Luego, un hombre que se levanta sin esperar auxilio de nadie; que anda cuatro ó cinco pasos en esa forma, y que á un *patro* de las tablas se

lleva las manos á la ingle, para retirarlas al instante bañadas en sangre, elevándolas entonces á su cabeza, mientras que profiere, en un grito de agonía: «¡Me ha matao!»

Una contracción horrible; las asistencias y su mozo de estoques, que le toman en brazos y le conducen á la enfermería, y á los cinco minutos la noticia, que empieza á extenderse por todo el circo, de que la herida es mortal, como supusimos los que apreciamos todos los detalles.

Y ahora la faena de Machaquito, que antes era *grande*, y esa ocasión tristísima le hizo convertirse en *gigante*.

No recuerdo nada parecido en cuanto he visto, y en lo muchísimo que he leído sobre cosas de toros y toreros. Frascuelo, únicamente, hizo algo semejante en la célebre corrida de los seis veraguas, que tan á la perfección mató en Madrid el año 1887. Pero no hay que olvidar que en aquella corrida no hubo la impresionable nota de haber perdido la vida un compañero, casi en la arena de la Plaza.

El tristemente célebre *Estudiante* fué pasado por Rafael de muleta con el cuidado que su condición requería, aunque siempre cerca y en la misma cara, y, en cuanto le juntó las manos, arrancó á matar, perfilándose un poquito más fuera de lo que él acostumbra, pero sin desviarse de la recta, y en esa forma dió media estocada superior, que refrendó con un certero descabello á la primera.

Los cinco toros restantes fueron más bravos que

el primero, y menos el cuarto y sexto, que adelantaban y desarmaban en banderillas, y que llegaron de algún cuidado á la muerte, todos los demás resultaron tan nobles como bravos.

Entre seis y ocho puyazos tomaron cada uno de los ibarreños, dando lugar á igual número de quites, que ejecutó solamente Machaquito (pues no quiso que ningún peón le ayudara) con una voluntad, una sangre torera y un arte que es imposible recordar, sin estremecerse de entusiasmo. Si uno era hecho por medias verónicas, el segundo se hacía con una artística larga, de puro abolengo cordobés; el tercero, abanicando por las afueras; otro, á medio capote y toreando por bajo; el quinto, en un ceñidísimo recorte, á cuyo final corría la montera con parsimonia, desde el nacimiento de las astas hasta el hocico de la res. Y así en uno y en otro, y en otro, y cada vez más valiente, más torero y más incansable, á pesar de llevar vendado el muslo derecho desde la rodilla á la ingle, por encontrarse aún abierta, en un trayecto de más de cuatro centímetros, la herida que con una banderilla se produjo toreando en Bilbao. Para colmar la medida, en el sexto, que no tenía condiciones para ello, pidió espontáneamente banderillas, que el público quiso obligarle á que dejara, y no permitiendo el toro la entrada para el cuarteo, puso un superior par al relance.

Desde el toro tercero en adelante, cuando Machaco llegaba á los estoques para empuñar los trastos, se reanudaba la atronadora ovación que un

momento antes, en el último quite, se interrumpiera, y esa ovación entusiástica ya no cesó en ninguna de las cinco apretadísimas faenas, en todos los emocionantes pases de pecho y por bajo, sujetando á los toros con la pierna contraria; y llegaban al paroxismo cuando las reses caían, como cayeron todas, colosalmente heridas por las agujas, y tres de ellas rodando como pelotas y elevando al aire las cuatro patas.

Dió siete estocadas magníficas, menos la primera del sexto toro, que tuvo el defecto de ser perpendicular; pero que, sin embargo, hubiese bastado, al querer que se le diese un poco de faena por los peones; pero esta tarde no hubo que dar un capotazo con ese objeto, y Machaquito prefirió más bien dar de propina otra gran estocada, que terminó de producir el delirio en los espectadores, de los cuales, en su mayoría, tuvo que librarse á puñetazos, para evitar que lo tomasen en hombros y lo estropearan, herido como estaba.

Como detalle curioso, le manifestaré que terminada la asombrosa faena y colosal muerte que dió al quinto de la corrida, y concedida la oreja (como en todos los demás), el mono-sabio encargado de la operación, sintiéndose invadido por el general entusiasmo, hizo que le ayudasen los mulilleros, y levantando la cabeza del toro, cortó también la segunda oreja, después de haber separado la primera, y ofreció ambas á Rafael, para que las arrojara á la enardecida multitud.

Numeroso público siguió al coche en que iba

el bravo matador, y durante todo el recorrido, hasta llegar á la fonda, no cesaron los aplausos y calurosas ovaciones.

¡Qué lástima que usted no haya presenciado esta trágica y heroica fiesta, para que, con las galas de su pluma, dejase perdurable memoria de ella!

Mil perdones por la molestia que le he proporcionado, y disponga siempre á su antojo, de su buen amigo,

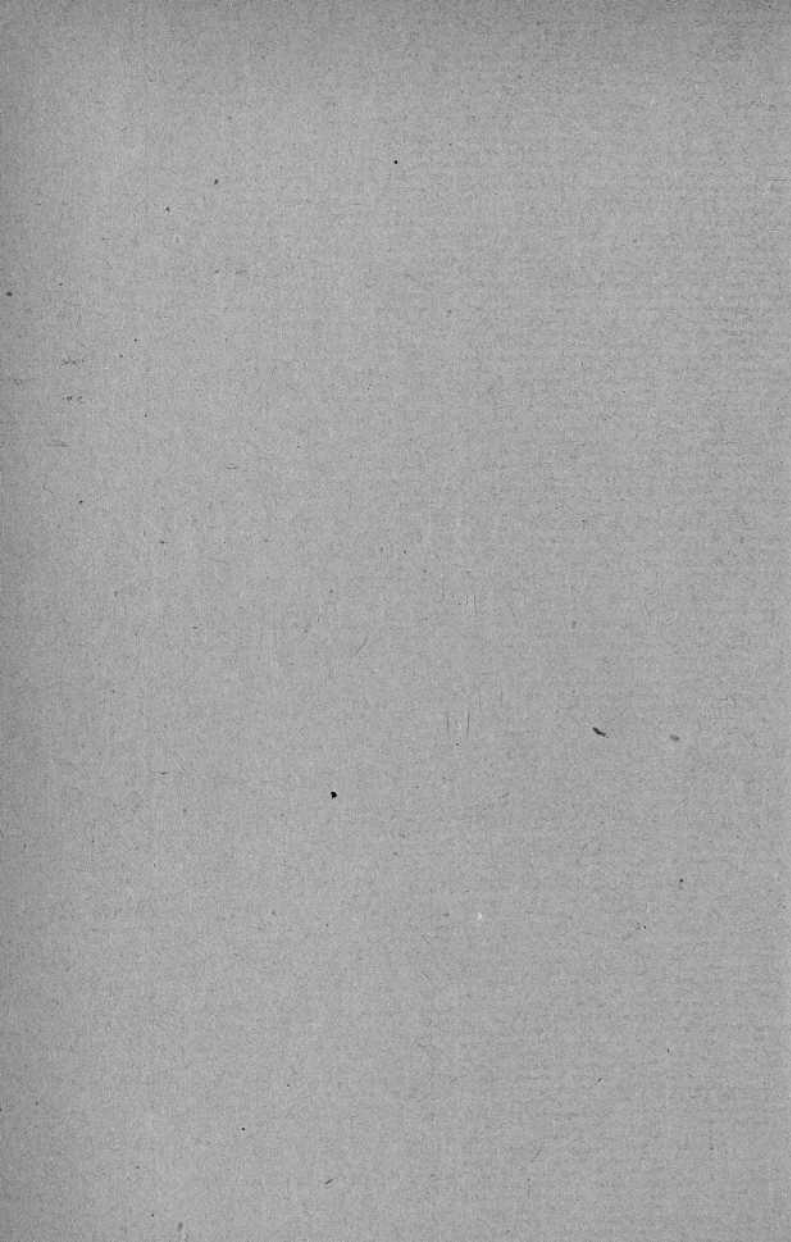
ANTONIO P. SANTAMARINA.



Machaquito, lo he dicho antes y lo repito ahora, para que no se olvide, es un «caso clínico» de vergüenza torera, del que no hay ejemplo en la historia de la tauromaquia.

Rafael Gómez

(Gallito)



Rafael Gómez "Gallito,"

El hijo de Fernando

Los que admiran á Gallito, sin condiciones; los que ponen su labor de torero por encima de todo lo que existe y ha existido en el arte; los que creen que el «clasicismo» de Rafael Gómez es suma y compendio de cuanto se ha inventado en la lidia, no han conocido, seguramente, al padre del héroe, y es lamentable de que sea así, porque no se hallarán en el mundo dos cosas más parecidas, casi idénticas. ¡Dos gotas de agua!

De no haber existido Fernando Gómez, sentiríamos la necesidad de inventarle, para esto precisamente. Para ser padre de Rafael.

El que conozca la historia del padre no necesita conocer la del hijo. Basta saber lo que es éste, en el toreo contemporáneo, para saber de memoria, lo que fué en sus tiempos, Fernando Gómez.

Yo le recuerdo perfectamente. Yo presencié sus triunfos y sus descabros en la Plaza de Madrid; yo le ví mantenerse junto á Lagartijo y Frascuelo, ocupando el tercer lugar en los carteles, no una, sino varias temporadas seguidas.

Nunca compitió con ellos. A nadie se le ocu-

rrió jamás, discutir el toreo de Fernando frente al toreo de Rafael. Y, sin embargo, mi memoria aún trae á mis felices recuerdos, faenas de muleta de eminentísimo valor, notables por su elegancia y maestría, que quizás no superó nunca Lagartijo.

Gallito inventó el cambio de rodillas; Gallito banderilleaba con suprema habilidad; Gallito, de tarde en tarde, hería á los toros en las agujas, consumando el volapié como el mismísimo Costillares.

Pero Gallito no era Lagartijo. Ni él mismo alimentó nunca la idea de colocarse al nivel del gran maestro de Córdoba.

Hoy se hila más delgado. Hoy su hijo Rafael abre cátedra de toreo con un cornúpeto sencillo, bravo y manejable. Hoy su hijo Rafael quiebra á un toro de rodillas con la misma precisión y serenidad que su difunto padre. Hoy su hijo Rafael agarra un gran par de banderillas... y ya tenéis á Periquito hecho fraile. Es más torero que Bombita y mejor matador de toros que Machaco. Es el primero, el único, el indiscutible. ¡Insensatos!

Yo pido á los ardientes defensores de Rafael que paren un poco la jaca y que enfrenen esos pueriles entusiasmos que á nada práctico conducen. Sus manoteos y sus destempladas voces no hallarán eco en parte ninguna. No tiene más razón el que más grita. La verdad es una, y por muchos esfuerzos que se hagan para torcerla ó destruirla, concluye siempre por imponerse.

Bajemos un poco la voz para que no se entere el vecino de nuestros pleitos, y digamos quedo, pero con firmeza, lo que seguramente piensan los buenos aficionados, los que ven y distinguen.

—El Gallo de hoy es á Bombita, lo que el Gallo de ayer era al gran Lagartijo.

Ni más, ni menos. Ni menos, ni más.

Ese mismo toreo de muleta que enloquece á las multitudes, porque es imposible encontrar nada más bonito, nada más artístico y elegante, tiene sólo un relativo mérito, y al menos sensato en estas arduas cuestiones, no se le puede ocultar su verdadero valor.

Gallito, para realizar una de estas asombrosas faenas, necesita un «toro ideal», hecho de encargo y á la medida. Un toro que se empape en el engaño como el agua en una esponja, que no tenga el más ligero defecto y que se toree solo, para que permita al diestro adornarse, juntar los pies y jugar los brazos, con movimientos de aristocrática coquetería.

El cornúpeto reservón, el avisado, el huído, el manso, el aplomado, el que se acuesta del izquierdo ó del derecho, el tocado de la vista, cualquiera que presente la más insignificante dificultad, no es de la comunión de Gallito, y el gran torero, el clásico, el inconmensurable, se convierte en un novillero ignorante y ruín, ayuno de pundonor y vergüenza torera.

Con toros á la medida no tiene rival el hijo de Fernando; y al hacer esta afirmación no me

olvido de Bomba, ni de Bienvenida, ni de Gordito, ni de otros muchos, que también «hacen lo suyo» cuando cogen un bicho así.

¿Quién no recuerda la faena de Vicente Pastor, con un toro de Valle, la tarde de San Juan de 1909? ; Y á Pastor no se le cita como modelo de elegancia y clasicismo con la muleta!

Y no quiero traer á cuento lo que hacía Lagartijo con toros de esta especie, porque mi modesta pluma no conseguiría reflejar en todo su color, sublimidades que pasaron para no volver nunca.

Pero el toreo no es esto, precisamente. El buen torero debe tener recursos para contender con toda clase de toros. Enmendar los defectos y preparar al bicho para la muerte es la misión de la muleta. El diestro que sólo la usa para adornos y florituras, que no sabe mandar con ella, y que cuando los cornúpetos son difíciles más le sirve de estorbo que de ayuda, no diré yo que deba ser fusilado por la espalda; pero sí que nosotros, al juzgar sus trabajos con los toros de mazapán, seamos prudentes, enfrenemos un poco nuestros entusiasmos y pongamos sordina á nuestros palmo-teos.

Y como de la mano vengo á dar en la llamada competencia Bomba-Gallito, iniciada y sostenida por unos cuantos ilusos, mejor inflúaos por sus antipatías contra Ricardo que por sus amores por Rafael.

En Sevilla y Valencia es donde, según mis

noticias, tiene el gallismo mayor número de mantenedores. En el resto de España son pocos los que se atreven á mentar á Gallito cuando se discute á Bombita. Aun en aquellas capitales amengua por momentos el montón de aficionados que defiende al torero Rafael Gómez, contra el torero Ricardo Torres.

No hay competencia posible. No puede haberla. Con toros de azúcar los dos, entusiasmarán á la muchedumbre, y puede que Rafael más que Ricardo.

Pero, en general, con bichos de respeto, defectuosos y de peligro—que son los más que se lidian—, Gallito no puede competir con nadie. Ni con Ricardo, que es el número uno, ni con otros muchos, colocados á gran distancia de Bombita.

¿Cómo se puede mantener una competencia en estas condiciones?

De diez toros estoqueados por Gallito, le veremos admirable, colosal, en uno; bien en dos, y mal, rematadamente mal, en los siete restantes.

Ricardo matará muy bien seis toros, en tres hará faenas laboriosas, aplaudidas por los inteligentes, y en uno se le silbará con verdadera saña. Y estoy cierto que en éste, no llegará nunca al lastimoso estado de Gallito con los siete de marras.

Una breve excursión por la historia torera de estos dos lidiadores en estos últimos años, comprobará la proporción apuntada, sin género ninguno de dudas.

¿Cómo se puede discutir en serio que Bombita es inferior á Gallito en el redondel? Yo, cuando oigo semejante disparate, miro atentamente al rostro del que lo dice, y se me antoja un guasón de tomo y lomo, ó un infeliz sin dos adarmes de meollo. En broma, ó para pasar el rato, se puede sostener tamaña herejía. En serio, no.

Es posible que exista; pero yo no le conozco.

Si un doctor cualquiera descubriese un suero que al ser inyectado produjese en la sangre volcánica revolución, y al prudente le tornase en temerario y al cobarde en atrevido, tendríamos á Gallito en camino de la inmortalidad, porque el valentísimo torero acudiría «ipso facto» al laboratorio del sabio para que le inoculase unos cuantos gramos del milagroso virus. Y entonces, sí. Entonces Bombita tendría que apretarse mucho «los machos» para contender con Gallito, y éste, por razón de sus méritos, no igualados por ningún otro lidiador, ocuparía la silla gestatoria, el solio pontificio que ocupa hoy, por derecho propio, el gran torero de Tomares.

La cosa es clara como el agua, y no creo que á nadie pueda ofrecerle la más pequeña duda.

Gallito no es un torero valiente.

Gallito sale al redondel con buenos deseos y excelentísima voluntad; pero sobre aquéllos y ésta, flota viva una resolución definitiva é inquebrantable: «la de echar fuera la corrida, sea como fuere».

Cuando torea con Bombita, va á la Plaza dis-

puesto á todo. El procurará eclipsar el brillo del astro, ya que sus admiradores le han colocado á su misma altura. El se llevará las palmas y los entusiasmos de la multitud, porque pisa el anillo resuelto á jugarse la vida en la pelea. ¡No faltaba más!

Pero Gallito propone y el toro dispone. Todos aquellos buenos propósitos se disipan como el humo, y vemos al diestro, presa de horrible pánico, tirar al suelo muleta y estoque y arrojarse de cabeza en el callejón, cuando el cornúpeto alarga el cuello, escarba la arena, humilla ó se defiende, ó cuando el aire dificulta el manejo de la muleta.

El valor y la vergüenza torera no entran en la jurisdicción de Gallito, cuando en el ambiente se dibuja la silueta de la enfermería. Esto es humano y muy disculpable; pero no puede admitirse como cualidad digna de tenerse en cuenta, en unos ejercicios de oposición al primer puesto.

Exactamente lo mismo que su difunto padre. Un gran torero. Un torero eminentísimo, de soberana inteligencia; pero... ¡si los toros no hicieran daño!

Yo he visto á Lagartijo y Frascuelo «crecerse al peligro», hasta un punto inconcebible. Rafael, en un momento de locura, tiró el capote y se echó ante la cara del toro...

Frascuelo dió una gran estocada, teniendo en el costado un enorme boquete, por donde le cabía el puño...

El valor cegó mil veces en el ruedo á Reverte, á Espartero, á Bomba, á Machaco, y al mismo Guerra, que no era un fenómeno de valor, ni mucho menos, y en aquel minuto de fiebre, hicieron cosas tan tremendas, que sólo el recordarlas empavorecen el ánimo y hielan la sangre.

Gallito, no. Gallito es un filósofo, y sabe que, en definitiva, á nada práctico conducen tamañas barbaridades.

A mí me parece muy bien la manera de pensar de Gallito, y hasta aplaudo su prudente reserva.

Pero el que aspira á ceñirse la faja de general, para ponerse al frente de un ejército de operaciones; el que pretende asumir el mando supremo de las aguerridas tropas debe, en el momento crítico de la gran batalla, olvidarse de sí mismo y jugarse bonitamente la cabeza, si las circunstancias lo exigen.

Un general que se encorva y alarga el brazo, que cuartea al herir y busca un sitio seguro, á cubierto de las balas, cuando el enemigo amenaza con arrollarlo todo, estará bien y será de mucho efecto en una opereta bufa, pero no en una fiesta de toros, donde, por su carácter dramático, son indispensables los auxilios del médico y del sacerdote.

Yo no sé si me explico bien. Quisiera ser claro como la luz meridiana, para que los apasionados gallistas viesan en mis juicios, un fiel reflejo de la santa verdad.

En muchas corridas, cuando la nobleza de los toros lo permitan, veréis á Gallito crecerse de un modo tremendo y tocar con la cabeza en las mismas narices de la luna. Sus faenas causarán en nuestro espíritu honda y satisfactoria impresión. Palmotearemos con indecible júbilo, y habrá momento en que las lágrimas del entusiasmo, imposibles de sujetar, rodarán, silenciosas, por nuestros congestionados carrillos... ¡Qué admirable artista!

Pero la decoración cambiará en seguida, rápida y brutalmente. Ese mismo Gallo, con su calva, lívida por el miedo, vacilante y tembloroso, arrojará los chismes de torear en la arena y de cabeza se meterá en el callejón. ¿Por qué? Porque el bicho no es una «pera en dulce»; porque el «hule» se dibuja en el ambiente. Estas excen-tricidades—de alguna manera las hemos de llamar—del hijo de Fernando, hacen gracia á la gente y se le toleran, y hasta se las celebran.

¿Pueden entrar los catecúmenos en la iglesia?

—Por mí, que entren.

—Pues por mí... que salgan.

Pero de esto á discutir en serio la competencia Bomba-Gallo, media un abismo. No hay competencia. No puede haberla.

Ricardo tiene más inteligencia, indomable pasión por su arte, mayores facultades y muchísimo valor.

Gallito puede que sea más bonito en determinadas circunstancias; pero nada más.

Y si la belleza en esta peligrosa profesión, es cualidad digna de tenerse en cuenta, no es, reconocámoslo desinteresadamente, de una absoluta necesidad.

Inteligencia, valor y vergüenza torera. De ellas posee Ricardo un caudal enorme.

Rafael apenas si sabe de qué color son.

Del Gallo se recuerdan doce ó catorce faenas de belleza imponderable—algunas menciono en este libro—que enloquecieron á las masas. De Bomba se podrían citar á cientos, tan bonitas, tan artísticas como esas, pero de mayor cantidad de torero.

No nos hagamos ilusiones, ni saquemos por capricho las cosas de quicio. La realidad se impone, y es preciso darla cuartel, aun cuando nos cueste algún trabajo.

El Gallo «tiene ángel». Su simpática fisonomía y su carácter gracioso, bondadoso y jovial, se llevan de calle á la gente. Es muy simpático, y «hay que quererle», como dicen las hijas del barrio de Lavapiés.

Pero es un torero muy corto, que ni con telescopio puede llegar á Bombita.

Los dos encerrados en el ruedo, con una corrida grande y difícil, arrancarán palmas á la afición por su arte y su sabiduría; pero la ciencia, las facultades y el valor de Bombita concluirán por arrollar al Gallo, con sus magistrales faenas de muleta y con su soberana elegancia de capote.

Lo dije al empezar, y lo repito ahora. Rafael

es, á Ricardo, lo que su padre fué á Lagartijo el Grande.

Y que lo miren ustedes por un lado ó que lo miren por otro, esta verdad, más grande que el monasterio de San Lorenzo y más clara que el agua de la sierra, concluirá por imponerse, vibrante y robusta, porque las cosas son como son, y no como nuestro capricho quiere que sean.

Después de Bombita... el caos, y después del caos... Gallito.

¡¡ Ha resucitado

Cayetano Sanz!!^o

El divino Gallito

No encuentro adjetivo que exprese con mayor elocuencia la intensidad del supremo espasmo que produjo en las masas el hijo de Fernando Gómez, muleteando al primero y quinto Olea de la tarde. En el quinto, especialmente.

¡Qué cuatro medios pases en redondo, sobre la izquierda y corriendo la mano, con inteligencia y arte soberanos!

¡Qué dos pases ayudados, barriendo los lomos con los vuelos de la bandera y empinándose con los pies juntos, para dar salida al cornúpeto!

¡Qué seis muletazos, en la suerte natural, aguantando mecha de firme y librándose del tremendo embroque con un artístico movimiento de brazos!

No recuerdo faena tan completa, tan hermosa ni tan emocionante.

Si Paquiro Montes hubiera conseguido en una instantánea brega semejante, seguro estoy que en

(1) Corrida celebrada en la Plaza de Vista-Alegre el 26 de Julio de 1908.

su «Doctrinal Taurómaco» la hubiese puesto, encabezando el capítulo «Suerte de muleta». No puede darse nada más perfecto.

¡Y sólo presenciarnos AQUELLO un par de docenas de aficionados!

Cayeron al ruedo sombreros y chaquetas. Gallito se entusiasmó también y le vimos jugar entre los pitones como un temerario principiante.

Pinchó bien la primera vez.

Luego, á vuelta de superiores telonazos, se fué al de Olea sobre tablas y salió prendido de una manga y fué derribado en la arena.

Se levantó con el rostro contraído por el dolor. Creíamos que llevaba una cornada en el vientre. En el callejón, y en brazos de las asistencias que le conducían á la enfermería, perdió el sentido.

Afortunadamente, no fué más que el susto.

Siempre impresiona y entristece la cogida de un torero. Pero cuando el torero es herido después de realizar una faena como la que realizó ayer el Gallo, la impresión triste se convierte en verdadera desolación.

Y lo mismo sucede en todos los órdenes de la vida.

Cuando leemos una obra inmortal, cuando vemos un cuadro de Velázquez ó Goya, cuando oímos una sinfonía de Beethoven, sin decirlo, pensamos en aquel instante supremo de admiración:

—Hombres así no debían morir nunca.

Por eso, la cogida del Gallo causó en mi ánimo

sensación amarga y honda. «Volví en sí»—como escribe un personaje político—cuando supe que Gallito había marchado á Tudela, para torear esta tarde.

¡Qué bien hice en ir á Vista Alegre!

Eso es torear, amigos míos. Así se pasa de muleta, así se castiga á los toros. Eso es lo que ha hecho célebre en la historia de la tauromaquia á Cayetano Sanz.

¡Sólo cincuenta dichosos mortales hemos visto AQUELLO! ¡Oh, fatalidad!

Otro matador

Serranito, que confirmó ayer su alternativa de matador de toros, no es nadie todavía.

Hay figura, facultades y su poco de conocimiento. Si el valor no abunda, tampoco escasea.

Domina á los cornúpetos por su estatura, y más siendo chicos, como eran los Oleas de ayer tarde, y entra á matar con valentía y mirando al morrillo.

Pero es preciso afinar más, elegantizar algo las distintas suertes del toreo. Dejar que apunte algo el arte, porque á puñetazo limpio los toros pueden siempre más que los toreros.

Serranito fué aplaudido en la muerte de sus tres bichos, á los que tumbó de profundas estocadas, cerca todas del morrillo.

—¿Qué es una escupidera?—preguntaron á un chico en la escuela.

—Un receptáculo de barro ó metal, «alrededor del cual» se tiran las cerillas, después de apagarlas, y las puntas de los cigarros.

Serranito, como estoqueador, toma el morrillo como una escupidera. Siempre pincha «alrededor».

Para llegar donde llegan los buenos, debe apuntar mejor y dar en el blanco.

Necesita escupir dentro.



Al llegar á la Cibeles, me tropecé con un desgraciado amigo que había tenido el buen humor de ir á la novillada, por conocer á Reverte II.

—¿Qué tal?—le pregunté.

—Nunca segundas partes fueron buenas. ¿Y en Carabanchel?

—¡Admirable!

—Hombre, ha circulado la noticia de que á Gallito le había matado un toro. Supongo exagerada la especie.

—No se ha matado á nadie. Lo que sí ha habido hoy en Vista Alegre ha sido una resurrección.

—¡Caracoles! ¿Y quién ha resucitado?

—¡¡Cayetano Sanz!!

¡Un toro al corral!⁽¹⁾

¡Con lentes ahumados!

Seguimos sin ver nada. Absolutamente nada.

A mí, la lidia de ahora me causa un efecto muy raro. Ni me entretiene, ni me emociona, ni me llega á cansar. A ratos me aburro—los más—y á ratos me distraigo. Pero no veo nada que me saque de mis casillas, como me sacaban no hace mucho, tal ó cual lance, con destreza y con valentía ejecutado.

Ahora parece que al sentarme en mi barrera me calo sobre la nariz sendos lentes ahumados, que empiezan por teñirme la atmósfera de un color gris terroso, y á tal me sabe cuanto veo realizar en la arena á estos toreros terrosos y grises.

Oigo aplausos, veo que las manos se juntan con estrépito, y uno de los espadas recorre el anillo, saludando y devolviendo prendas de vestir.

¿Pero es que esa faena, la que acaba de ejecutar el diestro, despierta tan férvido entusiasmo?

Pues francamente, me ha parecido muy me-

(1) Corrida celebrada en Madrid el 4 de Octubre de 1909.

diana y acreedora si acaso á un piadoso silencio.

¡Malditos lentes ahumados!

Me explico que cuando la cosa lo merezca, se abra la espita de la alegría, se palmotee hasta caer sin fuerzas sobre el asiento y se peque por carta de más. Tan hechos estamos á lo censurable, que ese momento de respiro le debemos aprovechar como se pueda.

Pero aclamar á un diestro, que larga hábilmente una puñalada contraria y de travesía á un borregote inofensivo; á otro, porque ya perfilado fuera del pitón, hace el bicho por él más de lo que se figuraba, y se lleva éste el estoque metido hasta el puño en el lado de allá, muy ido—porque no podía ser de otra manera—creo que es el colmo de la filantropía ó de blandura de corazón.

Comprendería que se aplaudiera al toro; pero al torero, ¿por qué?

Y allá, en lo íntimo, me alegro mucho de que tan benévolo se muestre el público con ellos...

Después de todo... ¡qué más da!

Los hombres se van á su casa tan contentos, se descienen la taleguilla, tosen fuerte y le dicen al mozo de espadas:

—Oye, Juan. Si viniesen á preguntar por mí las sombras de Lagartijo y Frascuelo, diles que no recibo.

Y puede que el equivocado sea yo, y que estas estupendas hazañas, que tanto se aplauden hoy, sean cosa nunca vista en el curso de los tiempos.

Ni me distraigo, ni me emociono, ni me abu-

rro. Veo pasar los acontecimientos taurinos, como á las golondrinas, en el más indiferente de los estados psicológicos.

Golondrinas de verano que pasan y repasan por delante de mi balcón, que se van hoy para volver mañana. Las otras, aquellas que aprendieron nuestros nombres,

¡esas no volverán!

Gallito, enfermo y desgraciado ¡Un toro al corral!

He dicho que ahora no me emociono en la Plaza y he mentido como un bellaco.

Ayer me emocioné profundamente. Ni soy sensible, ni tengo el saco de las lágrimas en la primera caja, para abrirle al menor pretexto. Pero la majestad caída me impresiona en lo hondo, y á veces el llanto humedece mis párpados.

Vino aquí el Gallo, ignorado de todo el mundo. Unas cuantas faenas de torero clásico, incomparable, único, le abrieron de par en par las puertas de la popularidad y la gloria. El que se vestía de luces por una mezquina suma, llegó á pedir, en poco más de un año, cantidades considerables. Empresas y aficionados le mimaban y aplaudían. Tuvo amigos y periódicos á su devoción. Uno de éstos se fundó exclusivamente para jalearse al Gallo... y para «meterse conmigo». Con-

migo, que fuí el que, entusiasmado con el arte de Rafael, escribió un día: «¡Cayetano Sanz ha resucitado!»

Se le comparó con Bombita. D. Indalecio doblegóse á las exigencias del clásico torero. Fué á América y triunfó también. Y al volver á España, halló, con la suerte de cara, feliz y única ocasión de hacerse el amo del cotarro, á poquito que quisiera apretar.

Bomba y Machaquito, por diferencias con la empresa, no torearían en Madrid. Además, el público se había molestado con ellos por la llamada cuestión de los miuras.

Se necesitaba uno que ocupase el puesto de los dos ausentes.

Vicente Pastor, Regaterín... cualquiera.

¿Quién en mejores condiciones que el Gallo?

Pero el Gallo enfermó. No quiso, tal vez porque sus intereses no se lo permitieron, retirarse de los toros una temporada para ponerse en cura, y de tropezón en tropezón, caído, apático, acobardado, logró destruir la dorada leyenda, sumiéndose en el ignorado abismo, de donde había brotado.

Aún ayer pudo colocarse otra vez; pero el imposible no se realiza nunca, aunque la voluntad sea de bronce y la necesidad inapelable.

Salió á torear sin poder. Aún no restablecido de sus dolencias. Y ocurrió lo que forzosamente tenía que ocurrir.

Una gran catástrofe para su reputación, ya

que, por milagro, no tuvimos que dolernos de una mayor desgracia.

Si el manso que le correspondió en quinto lugar, no hubiese sido totalmente inofensivo, es muy posible que á estas horas, no heridas en el amor propio, sino otras más sensibles, tuviéramos que lamentar.

Y yo confieso que, al ver á Gallito, el ídolo de hace un año, caminar entre barreras, pálido como un muerto, derrengado y llorando, hacia la enfermería, mientras el buey entraba en los corrales con los cabestros, sentí una emoción profunda, y hasta creo que dos lágrimas indiscretas mojaron mis ojos.

Y algunos aplaudían, á su paso por el callejón. Yo aplaudí también.

¡Paso á la desgraciada majestad caída!

¿Que Robespierre reía al mirar sobre la carreta de la guillotina al rey Luis y á María Antonieta?

Pues Robespierre era un solemnísimo bárbaro. Créanme á mí.



El caso de Gallito merece generosa disculpa. Ignoramos qué razones impulsarían al diestro á vestirse la taleguilla sin encontrarse en el completo dominio de sus facultades.

Muy poderosas deben haber sido, y, por tanto, respetables y dignas de consideración.

Pero el público es el público, y paga. Y ante él deben posponerse todos los intereses.

Estas «costaladas», si de momento no producen contusión sensible, porque la muchedumbre es caritativa y perdona, á la larga dejan profunda huella en la fama, y ya es sabido que de la fama se vive hoy, especialmente en esta profesión peligrosa é intrépida, que tiene por lema, de indiscutible verdad, la frase «Los toros dan y quitan».

Celebraré sinceramente que el bueno del Gallo encuentre este invierno la salud perdida, y vuelva con su clásico toreo á enloquecernos á todos.

«Lo de ayer» es un punto negro que puede borrarse pronto con uno de esos sublimes muletazos suyos, como aquel famoso que me hizo escribir en estas mismas columnas:

«¡Cayetano Sanz ha resucitado!»



Se quemaron dos toros, y uno fué retirado, entre ruidosas protestas, por insignificante. El sustituto tampoco era cosa mayor.

La tarde, buena. La entrada, aceptable.

La corrida, en conjunto, gris. Ni emocionante, ni deprimente.

Hubo aplausos para todos, y aclamaciones inmotivadas para algunos.

¿Serán mis lentes ahumados los que no me

permiten apreciar tamañas proezas, en su verdadero valor?

¿Será que el recuerdo de otros lances y otras edades empequeñece á mis ojos lo que, en definitiva, parece ser grande, estupendo?

Lo dicho, señores:

Al Rastro voy á bajar
á comprarme una memoria,
que no se acuerde de «ná».

Una carta de Gallito ⁽¹⁾

Sr. D. José de la Loma.

Madrid.

Muy señor mío: Me dirijo hoy á usted para darle las más expresivas gracias, por las consideraciones que se ha servido dispensarme, al hacer la reseña de la última corrida que toreé en esa y por la cual le quedo sumamente reconocido.

Siento mucho no despedirme personalmente de usted; pero lo delicado de mi estado y la prescripción facultativa que con motivo de él observo, me obligaron á salir aquella misma noche para ésta, donde me tiene á su disposición.

Sin otro particular, quedo suyo afectísimo seguro servidor, q. s. m. b., Rafael Gómez, «Gallito».

Cádiz, 6 de Octubre de 1909.

(1) A los tres días de publicada mi revista [UN TORO AL CORRAL], recibí una carta de Gallito, que copio á continuación.

¡¡ Gallito!!⁽¹⁾

En esa hora de la verdad, de que les venía á ustedes hablando, ví yo á Gallito realizar una faena de muleta tan asombrosa, tan artística, tan grande como la que todos le vimos hacer ayer en el cuarto toro.

En el silencio de la campiña, siguiendo perezoso con la vista el volar de una mariposuela, hizo alto mi imaginación en una labor de torero tan hermosísima, que momentáneamente el sol enturbióse, cesaron de correr los arroyos, los pájaros se acogieron, temerosos, en las ramas de los árboles, y hasta la brisa tenue y olorosa que acariciaba mi rostro, paróse en seco. La misma Naturaleza hizo también un alto en su carrera, para contemplar aquel emporio de gallardía, de arte y de guapeza...

¿Duró un segundo aquel éxtasis? ¿Un minuto? ¿Una hora? No se sabe. Nadie paró la atención en el tiempo. Largo ó corto, breve ó prolijo, aquello..., «aquello» fué un punto de descanso en la gloria. Un sorbo de agua, tras penosísima jornada por el arenal abrasador.

¡Gallito!... Luego..., ¡el cielo!

(1) Corrida celebrada en Madrid el 25 de Septiembre de 1910.

Pero el arrobamiento trocóse súbitamente en malestar, en congoja, en frío.

La Naturaleza emprendió su marcha, con todo el repertorio de que dispone. Volvió á salir el sol. Y en su carota de fuego dibujábase una estúpida, una irónica sonrisa. Parecía decirme:

—¡ Ah, tonto!...

Y vi reflejarse sobre el cristal del lago la figura de un diestro risible y ridículo, presa de horrible pánico, con la calva lívida y los pocos pelos de las sienes en punta, huir, encorvarse, volver la jeta y alargar el brazo, agujereando despiadadamente el pescuezo de la res.

Algunas lágrimas muy calientes humedecieron mis ojos. El triste espectáculo me causaba una pena infinita, grande, de plomo.

¡ Y era el mismo! El mismo torero.

¿ Cuál es la verdad, Dios mío?

Ni en la apacible serenidad de los campos pueden explicarse tan enormes contrastes. Cayetano Sanz y Frascuelo, y, á los dos minutos, el Enagüitas y Migas Calientes.

¿ Cuál es la verdad?

Ayer, en la catorce de abono, vimos á Gallito matar un toro de tan estupenda manera, que ni los que fueron ni los que son, podrían superar. ¡ Qué torerazo!

Y vimos también á Gallito, en el tercer toro, de un modo tan lamentable y lastimoso, que hasta la pluma se enrojece de vergüenza al recordar el «siniestro». ¡ Qué maleta!

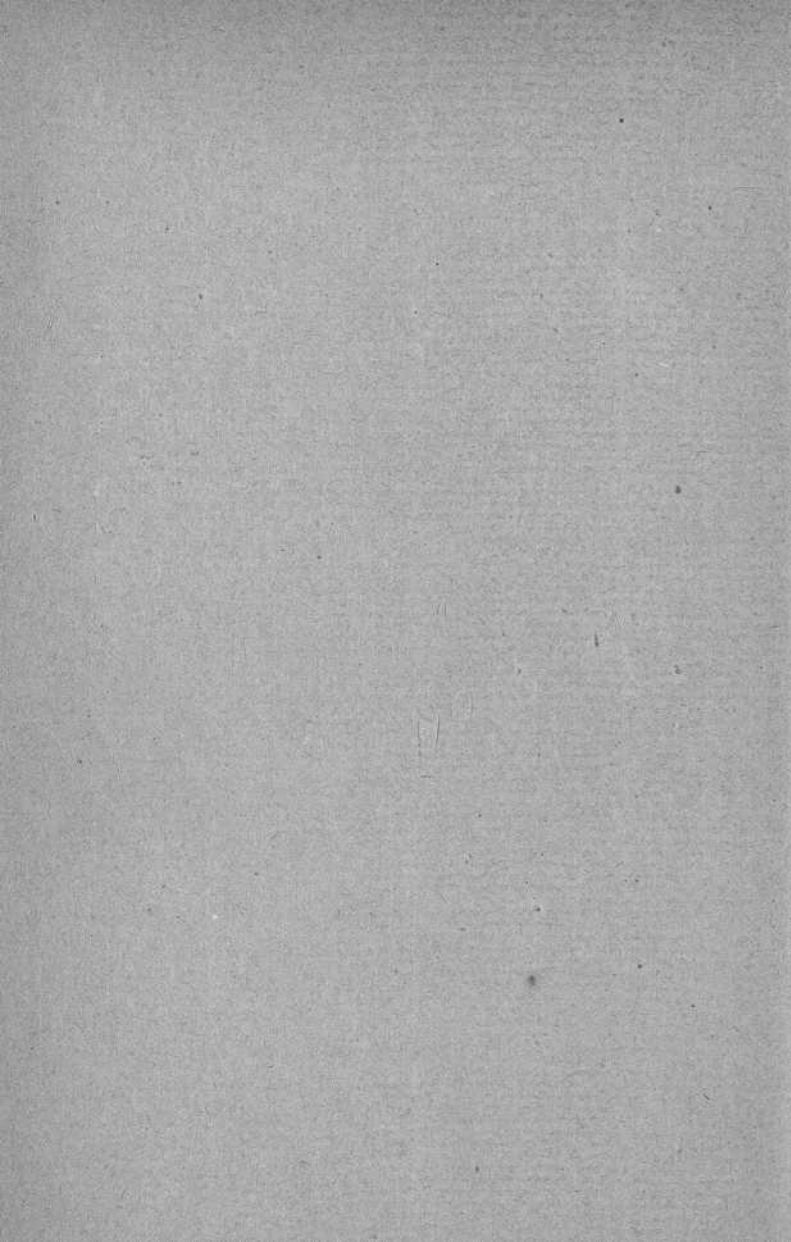
El público, siempre justo y siempre benévolo, hizo al Gallo una ovación estruendosa en el cuarto toro. Y le silbó mucho, pero no tanto como merecía, en el tercero.

Se puede estar mal en un toro—y lo han estado varias veces los grandes toreros—, pero nunca tan mal como estuvo ayer el Gallo. Una faena análoga cerraba antaño para mucho tiempo la Plaza de Madrid, al diestro que la realizaba. Recuerdo varios casos.

Pero es que ese mismo diestro, á la media hora escasa, hace una faena de muleta y estoque que, por lo magnífica y vistosa, supera á cuanto puede concebirse.

¿Qué hacemos con este hombre? Pues dejarlo.

¿Qué quieres que yo le haga?
¿Quieres que le saque al campo
y le dé una muerte mala?



Punto final

Errare humanum est

He concluído.

De todo lo expuesto en este libro habrán sacado los lectores mi opinión franca, leal y sincera acerca de ciertos extremos relacionados con el espectáculo taurino, en la actualidad.

Para ahorrar molestias y evitar trabajos imaginativos de reducción, quiero dejar sentadas, en base firme, las dos definitivas conclusiones que se desprenden de todo lo escrito por mí en páginas anteriores.

1.^a En mi opinión—sólidamente cimentada en argumentos irrefutables—, Bombita es el primero de los toreros del día, y Machaquito, el mejor matador de toros.

2.^a Ni antes, cuando Lagartijo y Frascuelo; ni después, en la época de Guerrita, se ha toreado tan cerca de los toros como lo hacen hoy Machaquito y Bombita.

Pudo haber entonces más cantidad de arte y

mayor suma de conocimientos; pero no hubo, ciertamente, ni tanto valor, ni tanta vergüenza torera.

Y á título de conclusiones de segundo orden, pueden anotarse las que siguen:

1.^a Guerrita ha sido el lidiador de reses bravas más completo que ha existido hasta el día.

2.^a Antonio Fuentes fué, en un corto número de años, la primera figura del toreo. No tuvo rivales de su altura con quien pelear, y escaló con facilidad asombrosa el primer puesto de la tauromaquia.

3.^a Bombita no ha llegado á la silla gestatoria de golpe y porrazo, empujado en la ascensión por los caprichosos devaneos de la diosa Fortuna. Ha llegado paso á paso, á costa de su sangre y devorando amarguras é ingratitudes, cien veces más dolorosas que las heridas que causan los toros.

4.^a Machaquito puede competir con Frascuelo, en valentía y pundonor. Puede, si ambas cosas pudieron pegarse, que le aventajara en amor propio. ¡Y aquél era en eso un fenómeno!

5.^a Gallito es un torero enorme con una enorme cantidad de «prudencia» que le impide colocarse en el lugar donde debiera estar. Hoy por hoy, su competencia con Bombita no puede tener serio fundamento ni ser objeto de discusión. Entre ambos media un abismo.

6.^a Vicente Pastor, rápidamente, inesperadamente, se nos presenta con tan admirables hechuras de torero y de matador de toros, que si no se detiene en la cuesta y continúa la marcha as-

cedente con la misma fuerza motriz, es posible que tengamos que rectificar algunos juicios respecto á quiénes pueden ostentar hoy con mejores derechos, el título de «primeros» en la lidia de reses bravas.

*

Y no va más.

Esta es mi opinión, sujeta á errores, naturalmente, pero tal y como la sustento y creo verdadera.

Los que me juzgan como «un agradecido» y suponen que mi pluma pueda estar nunca á la devoción de cualquiera, por alto que esté, me conocen poco.

Nada soy, pero nada debo á nadie.

Estoy en paz con todo el mundo.

Puedo equivocarme, me equivocaré seguramente, y tal vez carezca de las cualidades necesarias para ejercer el sagrado ministerio de la crítica.

Pero como todo ello es independiente de mi voluntad, debe absolverme la opinión pública, juzgándome con espíritu amable y generoso.

¡De hombres es el error!

Y lo diré en latín, para que resulte más bonito, sonoro y campanudo:

Errare humanum est.

Don Modesto.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Descorriendo el cerrojo.	v
El por qué de este libro.	1
DOS PALABRAS SOBRE EL GUERRA.	7
La gran corrida.	15
¡ Guerra !... ¡¡ Guerra !!	25
¡ Mejor están en Bombay !.	31
Yo, pecador.	41
La retirada de Guerrita.	45
¡¡ Ya no es !!	47
CUATRO PALABRAS SOBRE FUENTES.	49
Una gran tarde de Fuentes.	65
La cabeza de <i>Berberino</i>	73
La decadencia de Fuentes.	79
Despedida de Fuentes.	85
La última corrida de Fuentes.	89
BOMBITA.	97
La del día de la bomba.	119
Bombita, <i>vincitor</i>	125
La mala estrella de Bombita.	133
Despedida de Conejito.	139
Bombita, Sumo Pontífice.	149
MACHAQUITO.	159
La vergüenza do Machaquito.	173
Ocho miuras.	181
De cómo se saca una espina.	191
Una heroicidad de Machaquito.	205
RAFAEL GÓMEZ «GALLITO».	217
¡¡ Ha resucitado Cayetano Sanz !!	229
¡ Un toro al corral !.	233
Una carta de Gallito.	241
¡¡ Gallito !!	243
Punto final.	247

Puntazos leves

ERRATA DE NUMERACIÓN.—De la Página 192, salta á la 197. En nada afecta á la totalidad de la obra, pero resulta feo.

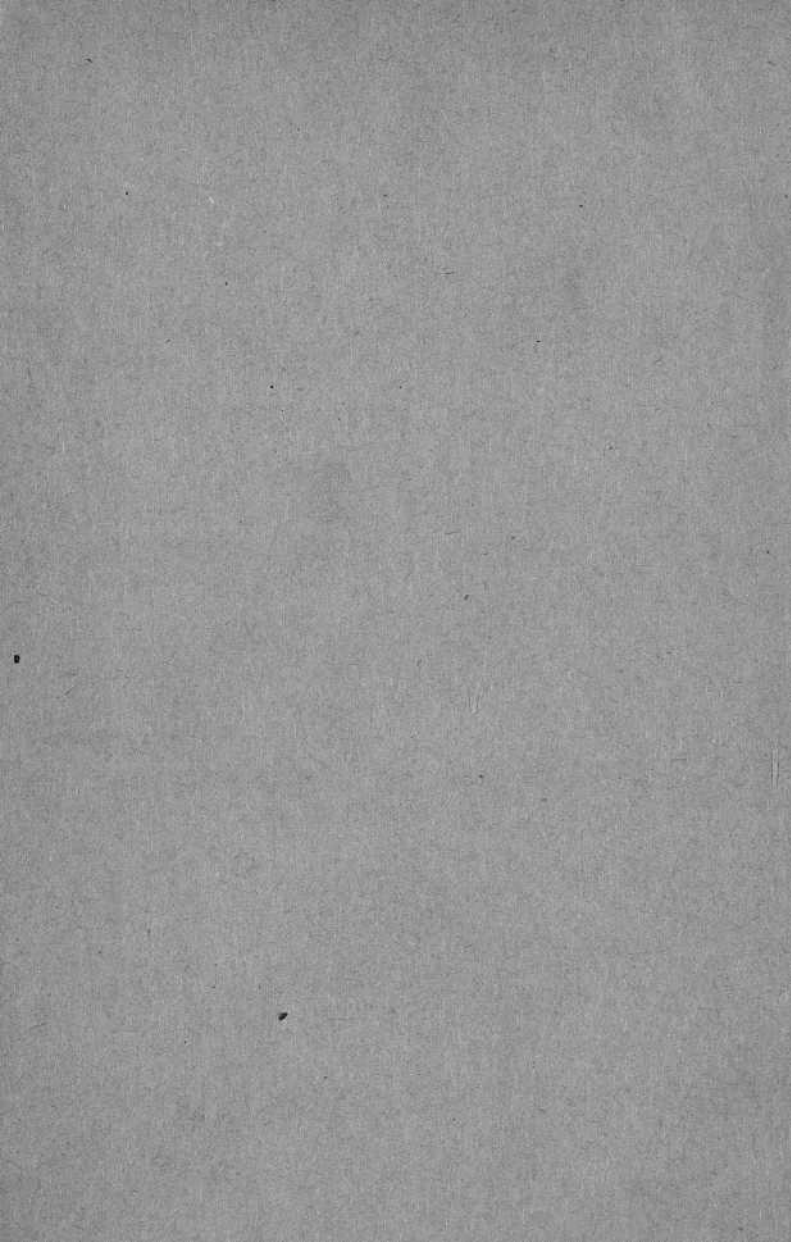
Pág. 41.—Línea 17.—Dice *alquiló*; debe decir ANIQUILÓ.

Pág. 248.—Idem 20.—Dice *pegarse*; debe decir PESARSE.

Pág. 249.—Idem 21.—Dice *esrítu*; debe decir ESPÍRITU.

Estas pequeñas *contusiones* son inevitables, y raro es el lidiador que acaba la corrida sin puntazos leves que rascar.

Un poco de árnica... y á vivir.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

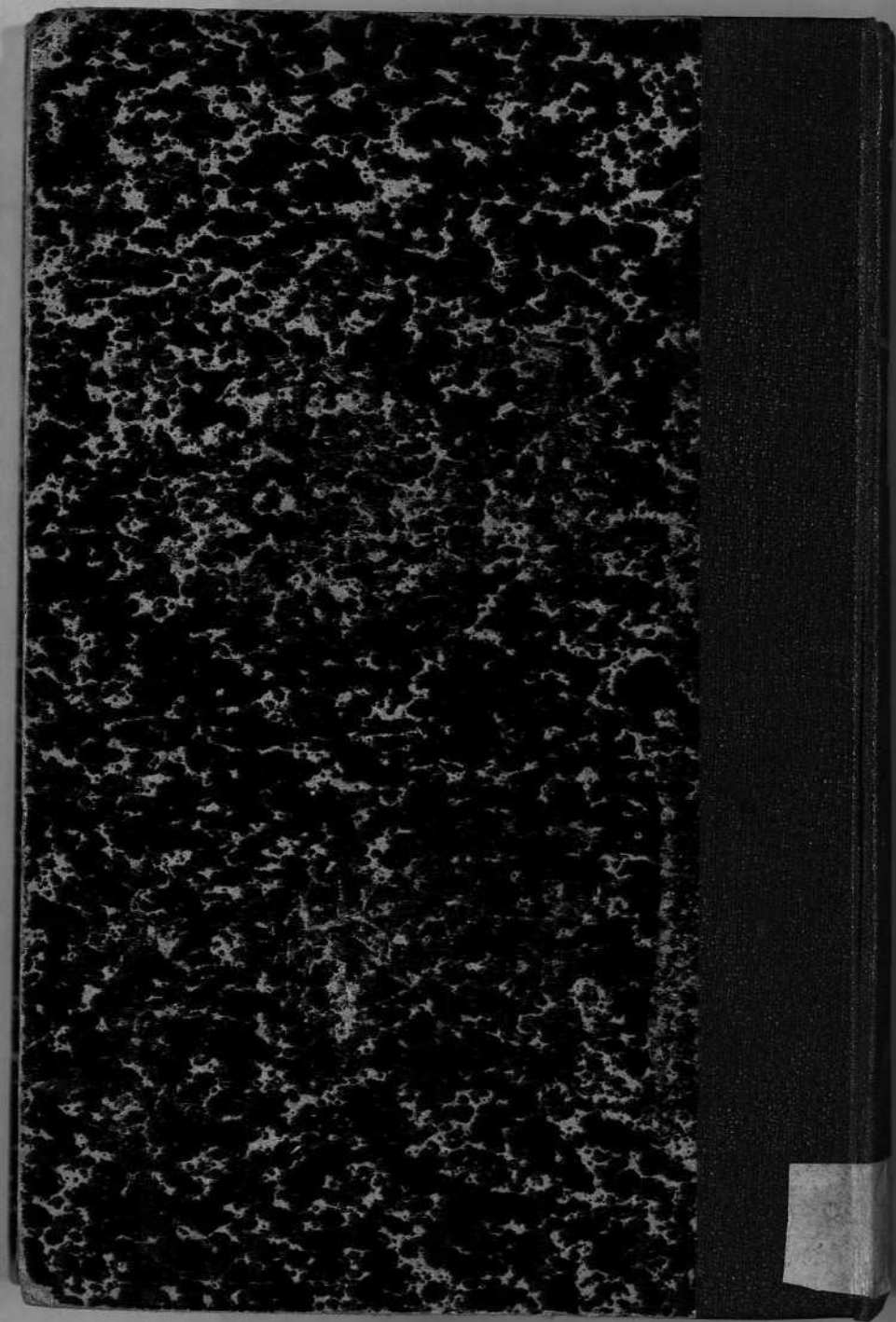
Pesetas.

Número... 66 Precio de la obra..... ..

Estante... 1 Precio de adquisición

Tabla 2 Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..



DON MOSES TO

WEST

LA

M. A. B. B. B. A.

66.